



# Luis Posada Carriles

## Un engendro incondicional de la CIA

●  
Percy Francisco Alvarado G.





**Luis Posada Carriles**  
**Un engendro**  
**incondicional**  
**de la CIA**

●  
**Percy Francisco Alvarado G.**



# Luis Posada Carriles: Un engendro incondicional de la CIA

*Percy Francisco Alvarado G.*

**Colección TILDE**

## **CORREO DEL ORINOCO**

Alcabal a Urapal, Edificio Dimase, La Candelaria, Caracas-Venezuela  
www.correodelorinoco.gob.ve

### **Corrección**

Iris Yglesias

### **Diseño y Diagramación**

Arturo Cazal

Ingrid Rodríguez

Depósito legal: lf2692011320610

Rif: G-20009059-6

Enero, 2011.

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela.

## | NOTA ACLARATORIA |

Al terminarse este libro se precipitaron algunos acontecimientos relacionados con Posada Carriles y sus cómplices.

Aún se realiza en El Paso, Texas, el bochornoso proceso contra este afamado terrorista, en el que solo se le juzga por mentir ante las autoridades migratorias norteamericanas sobre su ingreso ilegal a Estados Unidos. Poco se espera de esta farsa y es muy posible que la impunidad prevalezca otra vez. Su largo prontuario criminal, expuesto en este libro, será ignorado deliberadamente por la “justicia” estadounidense.

Posada ha burlado reiteradamente las condiciones de su libertad condicional, apareciendo públicamente con total desfachatez en actividades anticubanas. Nadie ha, ni siquiera, recriminado al terrorista por estas violaciones.

Uno de sus principales cómplices, Francisco Chávez Abarca, fue capturado en Venezuela y deportado hacia Cuba, donde fue juzgado por su participación en la oleada de atentados con bomba en Cuba durante el año 1997. Hoy purga una condena de 30 años de privación de libertad.

Por otra parte, Santiago Álvarez Fernández Magriñá, protector de Posada y quien facilitó su ingreso en Miami, ha sido excarcelado luego de cumplir una irrisoria condena por su posesión de un abundante arsenal de armas y explosivos, junto a Osvaldo Mitat.

Como apreciará el lector, la ceguera cómplice de las autoridades norteamericanas parece no tener en cuenta el pasado terrorista de estos malévolos engendros de la CIA.

## **Dedicatoria**

*A las víctimas y familiares de los crímenes de Luis Posada Carriles*

*A quienes como Gerardo, Antonio, Fernando, Ramón y René han entregado su vida por enfrentar a criminales como él*

*A mis hijos*

## **Agradecimientos**

*A Jean Guy Allard, Héctor Silva, Joel Cazal y muchos otros, por su ayuda incondicional*

## | DATOS SOBRE EL AUTOR |

Percy Francisco Alvarado Godoy nació en Escuintla, Guatemala, el 18 de julio de 1949. Fungió durante 22 años como colaborador secreto de los órganos de la Seguridad del Estado de la República de Cuba, recibiendo diversas felicitaciones, condecoraciones y reconocimientos de la jefatura por los logros en el enfrentamiento a servicios enemigos y a la contrarrevolución en Miami. Se infiltró en varias organizaciones terroristas radicadas en el exterior, estableciendo contacto directo con terroristas como Luis Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo, Francisco José Hernández Calvo, Arnaldo Monzón Plasencia, Luis Zúñiga Rey.

Contribuyó a desarticular decenas de planes terroristas contra Cuba, entre ellos la voladura del famoso cabaret Tropicana.

Es graduado en Ciencias Políticas en la Universidad de la Habana y ha cursado varios cursos de postgrado. Es profesor invitado en varias instituciones universitarias.

Actualmente labora como periodista, escribiendo más de cuatro centenares de artículos de análisis y denuncia en sitios alternativos como Rebelión, Cubadebate, Aporrea, Adital, Alainet, Visiones Alternativas y muchos otros, entre ellos varios órganos de la prensa cubana e internacional. Ha recibido diversas condecoraciones y reconocimientos por su labor como articulista.

Es miembro del consejo editorial del sitio web Cubadebate, del Grupo de Periodistas contra el Terrorismo y del Comité Internacional para la liberación de los Cinco Héroes.

Ha publicado los siguientes libros:

- *Confesiones de Fraile*: Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2003. (Traducida en Inglés e italiano. Se prepara su edición en griego).
- *Reflexiones de un antiterrorista*: Editorial Abril, La Habana, 2004
- *Cuando los dioses se volvieron Hombres*: Editorial Abril, 2005
- *De terroristas y canallas*: Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

Se encuentran en proceso de edición varias de sus obras, que incluyen:

- *15 Razones*, (poemario).
- *Sobreviviendo entre el dolor y la ternura*, novela.
- *Aquí las tardes son más grises*, novela.

Se encuentra en proceso de preparación:

- *Las batallas ideológicas en el siglo XXI*.
- *Historias de agentes*.



# Introducción

## INTRODUCCIÓN

Sudoroso e inseguro, temiendo enredarse en sus propias falacias, el actual director del FBI, Robert Mueller, dijo ante una comisión del Senado, el 20 de mayo 2004, que la Ley USA Patriot de 2001 es una herramienta antiterrorista vital que se necesita para proteger a los norteamericanos de futuros ataques terroristas. Trataba, de esta forma, de bendecir ante los congresistas un instrumento legal legítimamente vilipendiado como violatorio de los derechos humanos de los estadounidenses y darle un espaldarazo más al neomacartismo implementado por la administración Bush.

Más adelante, defendiendo la prolongación de la validez de esta ley por un nuevo año y, por ende, mantener un tiempo más este instrumento legal que reforzaba el papel de su organización dentro de los Estados Unidos, expresó ante un grupo de periodistas que lo asediaron al salir del Senado: “Muchos de nuestros éxitos contra el terrorismo, en realidad, son resultado directo de las disposiciones incluidas en la ley, varias de las cuales se vencen a finales del año próximo. Yo creo firmemente que es vital para nuestra seguridad nacional mantener intactas cada una de estas disposiciones”.

Paradójicamente, y demostrando las incongruencias de su aplicación en dependencia de las finalidades políticas de sus creadores, la Ley USA Patriot fue escandalosamente burlada unos meses después por dos hechos precedentes y contradictorios en este contexto, adoptados con claros fines reeleccionistas, y que distinguen las controvertidas posiciones de la Casa Blanca hacia el terrorismo. El primero de ellos lo fueron las medidas adoptadas por la agencia de Aduanas y Protección Fronteriza de Estados Unidos (CBP), una de las divisiones del omnipotente Departamento de Seguridad del

Territorio Nacional, para incrementar la vigilancia en la ya super protegida frontera sur, con el fin de impedir que los terroristas la usen como punto de entrada a los Estados Unidos. El otro hecho, contradictorio y cuestionable en grado sumo, que puso en tela de juicio al antiterrorismo norteamericano fue el ingreso ilegal por vía marítima de Luis Posada Carriles en marzo de 2005, apenas un año después de las declaraciones de Mueller. Para colmo, el 26 de agosto de 2004, tres meses más tarde de las declaraciones del director del FBI, entraron al territorio norteamericano tres terroristas de origen cubano excarcelados arbitrariamente por la ex presidenta panameña Mireya Moscoso. Protegidos por una oscura trama de complicidades, viejos compromisos y desvergonzada confabulación, Guillermo Novo Sampoll, Pedro Crispín Remón Rodríguez y Gaspar Jiménez Escobedo fueron recibidos como héroes en Miami, a pesar de su largo prontuario terrorista y de haber usado pasaportes falsos para llegar a esa ciudad.

Sin lugar a dudas, de esta tangible contradicción se desprendería que, para los Estados Unidos, el terrorismo contra Cuba seguiría siendo algo legítimo, algo admisible, algo que se seguirá practicando como norma por encima de cualquier discurso político, en irrespeto a la propia legislación goebbeliana impuesta a los estadounidenses. Lo que vale para todos no vale para los eternos protegidos del *stabilishment*. Lo que se impone a los supuestos terroristas de otros países es perdonable para los criminales de origen cubano.

Para desgracia de la humanidad actual, a qué negarlo, los Estados Unidos se han convertido, por obra y gracia de sus mandatos imperiales, en el principal impulsor del terrorismo en el mundo, promoviendo conspiraciones, armando a sus aliados y usándolos descontroladamente, realizando limpiezas éticas por doquier, bendiciendo magnicidios y desestabilizando a su antojo a Gobiernos democráticos y progresistas en diversos países. Latinoamérica ha sufrido en carne propia esta política en más de una ocasión, tal como ocurrió en la Guatemala democrática de 1944 a 1954 y, mucho después, contra la Nicaragua sandinista. Cuba, por su parte, ha sido un ejemplo más evidente y permanente de esta política durante más de cinco largas décadas. Venezuela y Bolivia parecen convertirse hoy

en otros casos más, sin que nadie en la gran nación levante un dedo condenatorio.

A Cuba, la eterna víctima, pero insolente en su permanente apuesta por un mundo mejor, la han afectado en todo este tiempo, promovidos desde los EEUU y aupados por sus administraciones, más de 1500 actos terroristas, sin contar los cerca de 700 planes de atentado contra Fidel y otros dirigentes cubanos. Los terroristas anticubanos radicados en Miami y New Jersey han recibido asilo, protección, entrenamiento, financiamiento, reconocimiento y apoyo durante todo este tiempo por los propios gobernantes norteamericanos, quienes se retratan con ellos y los reciben en los fastuosos salones de la Casa Blanca. No ha habido pudor al codearse y congraciarse con estos criminales, por el contrario, su imagen ha sido mediáticamente transfigurada y vendida, por obra y gracia de la conveniencia política, como “luchadores por la libertad”.

La componenda y el repugnante maridaje entre la nueva Roma y sus asesinos a sueldo, causantes de más de 3 mil víctimas mortales y más de 2 mil heridos en Cuba, cobran hoy notoriedad cuando las administraciones de George W. Bush y Barak Obama, sin el menor recato, buscan escandalosamente dar asilo político al architerrorista Luis Posada Carriles, comisor de múltiples actos terroristas y responsable de la muerte de 73 inocentes durante la voladura de un avión comercial cubano en pleno vuelo en octubre de 1976. La frágil solidaridad y el débil compromiso entre criminales, sin embargo, están puestos a prueba frente a la repulsa mundial ante la execrable intención.

Ante la impunidad y el descaro, la indolencia y la burla, dar a conocer los ocultos vínculos de los Estados Unidos y otros Gobiernos latinoamericanos con un reconocido terrorista como Luis Posada Carriles es el propósito de este libro. En él he tratado de explicar cómo la CIA ha sido la partera de tamaño monstruo, al que ha usado indistintamente para promover su guerra sucia contra Cuba, como para reprimir a los revolucionarios de otros países. Para ello, no les ha importado usarlo como terrorista y represor, como narcotraficante y asesino, como confabulador y magnicida. He desentrañado ocultas componendas, planes oscuros, así como infamias de todo tipo. Algu-

nos de estos hechos son conocidos plenamente por unos o menos conocidos por otros. Lo importante es abrir camino a la verdad.

También se tiene en cuenta en este libro una verdad que cae por su propio peso: si varios de los crímenes de Luis Posada Carriles no lograron total éxito, ha sido gracias a una pléyade de antiterroristas, hombres y mujeres sencillos a los que mueven el amor y la solidaridad, muchos de ellos fraternos con Cuba, que han entregado lo mejor de sí para neutralizar las actividades de estos criminales. A ese importante grupo de luchadores contra el terrorismo pertenecen hombres de la estatura de Antonio, Fernando, René, Gerardo y Ramón, los cinco héroes cubanos, quienes aún continúan siendo víctimas de la política norteamericana “contra el terrorismo”, encajados en condenable prisión

Sólo una vez, incluso dos o tres veces, podrá ser engañada la opinión pública norteamericana, quien ha comenzado a cuestionar el doble rasero de la concepción antiterrorista de sus gobernantes. En realidad, van comprendiendo los hombres y mujeres del Norte que no hay terroristas buenos, ni terroristas malos. Sólo hay un tipo de terrorismo, inconfundible y palpable, sufrible y detestable, que no debe ser ni tolerado, ni santificado perdonado por nadie. Hacerlo ni nos hace cómplices de quienes masacran, y tal cosa, irremisiblemente, es un ultraje contra las víctimas de esos criminales.

Posada Carriles es la mejor evidencia de un mal que hay que atajar. Es la expresión de una época que forzosamente debe terminar si el mundo quiere realmente vivir en paz y no temer que la suerte y el destino de sus hijos sea tronchado por una bomba, por un disparo o por la mano asesina de alguien sin escrúpulos. Es la hora de no callar y denunciar. Es la hora de nosotros.



## **Los oscuros orígenes de un terrorista**

## LOS OSCUROS ORÍGENES DE UN TERRORISTA

**H**aber nacido en la hermosa ciudad de Cienfuegos, el 15 de febrero de 1928, y vivir en ella los años de la infancia y de la juventud nunca fue significativo para Luis Clemente Faustino Posada Carriles. Tampoco guardó inolvidables recuerdos de la antigua casa en que nació y vivió en Tacón 195, ni almacenó en su memoria la remembranza de las estrechas calles desembocando en el largo Paseo del Prado que, como cuchillo imaginario, ha cortado para siempre a la ciudad en dos partes.

Por más que sus padres, Luis Faustino y Dolores, trataron de sembrarle en el alma sentimientos nobles y aprecio por lo bello de lo simple y cotidiano, nunca hubo en él momentos de disfrute al contemplar desde cualquier lugar el beso fogoso del sol sobre las quietas aguas de la bahía de su ciudad natal.

Su temperamento colérico y vivaz, unido al carácter intranquilo que siempre le ha acompañado a lo largo de sus 81 años de vida, no halló apenas espacio para la poesía y la bondad, para la solidaridad legítima para con los demás. Desde temprano mostró apego al insano ejercicio de lastimar y herir, de insultar y provocar al más débil e indefenso. Los méritos dudosos obtenidos tras una reyerta y el regodeo con el abuso mostraron, en más de una ocasión, su baja escala de valores y su potencial tendencia a la violencia. Travesuras rayanas en la tortura y asesinato de animales, provocaciones al más frágil, disfrute con el temor ajeno y bravuconerías a ultranza fueron los más notables atributos que mostró, convertidos sólo en malos recuerdos sobre su imagen ante los que lo trataron.

Ni los nobles jesuitas que fueron sus maestros, ni la educación primaria privilegiada de los maristas pudieron enderezarlo. Su

falta de escrúpulos y su enorme afán de protagonismo lo convirtieron en un ser indolente.

El año 1946 lo sorprendió trabajando en la destilería del antiguo ingenio azucarero San Agustín, ubicado en el municipio de Santa Isabel de las Lajas. Bravucón y busca pleitos, asustaba a sus coterráneos con un arma de fuego, siempre a la vista de todos como un mal presagio y fruto de su apego a la amenaza y a la total impunidad. Hacer sentir el miedo fue la mejor arma que encontró para esconder sus complejos y bajo nivel de socialización fue su mórbida pareja en horas de desenfreno y megalomaniaco transitar y de una juventud sin destino aparente.

Sus visitas al Cienfuegos Yatch Club, privilegiado centro ubicado en Punta Gorda, nunca fueron para practicar deportes y el disfrute del sano esparcimiento. Fueron la ocasión y el sitio ideal para sobresalir, para venderse sin remilgos ante los hijos de los burgueses y terratenientes, para codearse con el asesino uniformado y el politiquero corrupto, con el lumpen desvalorizado y sobre vividor. En más de una oportunidad se le vio haciendo del alarde su bandera, bravuconear su pertenencia al Buró de Represión a Actividades Comunistas (BRAC).

Para los 50, cuando los años caían sobre él advirtiéndole del adiós a su descontrolada adolescencia, Posada Carriles laboraba en una empresa nombrada CEFI y no cesaba de mostrar su abierta oposición al clamor ciudadano por cambiar la realidad política del país. Asociado a batistianos y represores, había escogido desde temprano el camino de la maldad y apostado por una ideología retrógrada y ajena a su pueblo. En esta hora de definiciones y tránsitos difíciles, de esperanzas nacientes y sueños redimidos, Posada Carriles negó al porvenir y prefirió al pasado.

Con la triunfante Revolución anunciando cambios incalculables, se trasladó, en 1959, a La Habana, temeroso y frustrado, huyendo de su ciudad natal ante el peligro de ser vinculado con los torturadores y batistianos de cuya amistad se pavoneó en más de una ocasión. Fue éste su primer temor y su primer gran descalabro, la puesta en duda de los valores que había defendido hasta el momento y el anuncio de que en Cuba no habría espacio para

gentes como él. Así se marchó en silencio y discreto, de Cienfuegos. Estaba claro que ese adiós sería el definitivo y no volvería nunca más a ver a su ciudad natal, a la que le temió alguna vez. Se fue, es cierto, pero no se llevó a Cienfuegos en el corazón. Se la arrancó de un solo tajo y para ella sólo guardó odio y animadversión, tal como lo hizo con su propia patria. Tal vez ésa sea la razón por la que nunca se le escuchó hablar de ella con nostalgia, ni la guardó en algún lugar del alma, como lo hacen los hombres buenos ante el desarraigo y el exilio alguna vez.

Los viejos e imborrables resentimientos le saldrían mucho después, envenenados por la frustración, cuando planificó, en más de una ocasión, atentados contra aquella hermosa ciudad donde la música diaria de las olas conversa con lo mejor del hombre. En su odio permanente, participarían con él los hermanos Lora Hernández y Enrique Basas, cienfuegueros de nacimiento, los que promovieron oscuras y dañinas correrías con tal de herir a los suyos, a los que se quedaron allí, conviviendo con la vida y construyendo un hermoso porvenir.

Ya en La Habana, dando rienda suelta a su frustración y a su desencanto, se unió a aquellos que conspiraban contra la alegría emergente de los cubanos. La esperanza de los demás le lastimó y quiso, sin piedad, convertirla en una mueca de amargura y dolor. La contrarrevolución le abrió sus puertas y le cifró sus esperanzas. Contactó sin remilgos con los contrarrevolucionarios recién salidos de Cuba, y los que aún quedaban en la isla, para quienes había acabado una época de privilegios no merecidos y de amasar impunemente mal habidas riquezas. Como todos ellos, conspiró, tejió crímenes y propuso tenebrosas acciones. Se regodeó con mal disimulada alegría por las acciones de aquellos que trataban de vengarse de los cubanos atacando embajadas y representaciones de la isla en el exterior, asesinar milicianos y maestros.

Muchos atentados se hicieron por aquellos años, por gente enfebrecida y revanchista, y mucho luto se sembró en los hogares aquellos primeros meses de 1959. Mucho llanto y mucho dolor se repartió sin distinciones contra el cubano humilde y esperanzado. Tan sólo tres hechos, acaecidos en junio de 1959, por citar algún

ejemplo, demuestran hasta dónde llegó el alcance del odio hacia la naciente Revolución:

- Elementos batistianos enardecidos atacaron impunemente al cónsul cubano en Miami, Adolfo Hidalgo Barrios (Bebo), ya fallecido, el 4 de junio de 1959.
- Un disparo dirigido contra la Embajada cubana en República Dominicana, el 5 de junio de 1959, provocó la muerte de un inocente niño dominicano de apenas 5 años de edad. Fue un doloroso precedente de los que le costaría a Latinoamérica su apego a la Revolución Cubana. Horas después, no contentos del daño perpetrado, varios elementos contrarrevolucionarios agredieron a dos diplomáticos cubanos, Juan José Díaz del Real y Mario Rivas Patterson, en las oficinas del Banco de Reservas de Santo Domingo, mientras realizaban gestiones en las mismas.
- Tres días después, fue ametrallado el automóvil del embajador cubano en Haití, Antonio Rodríguez Echazábal, resultando herido el chofer del mismo.

En agosto de 1959, fueron destruidos con explosivos cuatro aviones C-46 que habían sido comprados por el Gobierno de Fulgencio Batista y aún no habían sido entregados a Cuba, en un hangar de la Air International Corporation, en Miami. El costo del daño fue 500 mil pesos. La policía, por supuesto, no encontró a los responsables.

Ya para entonces se anunciaba que el poderoso vecino del norte había apostado por retrotraer la historia de los cubanos. Había que parar por cualquier medio a aquella irrespetuosa nación que pretendía obrar por sí sola en busca de su destino. Las autoridades cubanas detuvieron al sargento Stanley F. Wesson, acreditado como miembro del Servicio de Seguridad de la Embajada de Estados Unidos en La Habana, y a otra empleada de ésta, en una reunión de elementos contrarrevolucionarios con planes de invasión a Cuba. No estaban allí ni por casualidad ni a título personal. Eran parte de las primeras y oscuras maniobras tejidas en Langley contra la Revolución.

Por ese entonces, desde los lujosos y sórdidos salones de la Casa Blanca, el Gobierno norteamericano dio luz verde a la Agencia Central de Inteligencia para desarrollar un sinnúmero de planes dirigidos al asesinato de Fidel Castro, en muchos de los cuales participaría durante décadas Luis Posada Carriles. Uno de estos planes iniciales tuvo lugar en marzo de 1959, bajo la anuencia del jefe de la estación CIA en La Habana, James Arthur Noel, y del oficial de esta agencia nombrado David Morales. El fallido plan involucró al contrarrevolucionario Frank Sturgis, al traidor Pedro Luis Díaz Lanz y al norteamericano Patrick Gerry Hemmings, y consistió en la colocación de una bomba que explotaría cuando Fidel asistiera a una reunión con personal de la fuerza aérea. Las fuertes medidas de seguridad hicieron desistir a los complotados.

Meses después, en diciembre de 1959, con la anuencia de Allen Dulles, el entonces jefe de la CIA, se autorizó un nuevo plan a ejecutarse en febrero de 1960, el cual consistió en asesinar a Fidel durante una visita que realizaría a la casa del entonces jefe de la Seguridad cubana, comandante Ramiro Valdés. Los complotados, neutralizados por las autoridades cubanas por la penetración de agentes dentro del grupo, fueron el agregado militar de la Embajada norteamericana, mayor Robert van Horn, así como la norteamericana Geraldine Shammman y los nacionales Fernando López, Pablo Márquez y Homero Gutiérrez. Los nacientes órganos de la Seguridad cubana ponían a prueba la efectividad de su trabajo con su agentura.

En obcecada intención por destruir a la Revolución mediante el asesinato de su líder, doce nuevos planes de atentado serían preparados por la CIA en el transcurso del año 1960, entre los que se destacaron:

- Intento de asesinar a Fidel en la Universidad de La Habana en abril de 1960, por parte de Manuel Guillot Castellanos, Rafael Sinteiros Santiso y otros involucrados, bajo la dirección desde Miami de Manuel Artime Buesa.
- Plan de asesinato contra Fidel a su salida del Palacio Presidencial en agosto de 1960, intento que se fraguaría en varias oportunidades con posterioridad, como parte de un vasto plan de alzamiento, atentados y otras actividades contrarrevolucio-

narias, desarrollado por un grupo integrado por Galo Martínez Chapman, Fernando Mancheco, Alfredo Curí y otros.

- Intentos de asesinato contra Fidel por parte de la CIA y la mafia norteamericana durante la visita del mismo para asistir al 34º Período de Sesiones de la ONU. Los planes consistían en envenenar al dirigente cubano con puros infectados con botulina sintética, colocar sales de talio en sus zapatos, para provocar la pérdida total de su cabello y barba, así como hacerlo fumar un puro con la droga LSD. No contentos con la frustración de estos planes, decidieron asesinarlo mediante una bomba cuando asistiera a un mitin en el Central Park de Nueva York.
- En octubre de 1960, planificaron asesinar a Fidel dentro de un auto en marcha, para lo cual contrataron al asesino profesional Richard Cain, vinculado al crimen organizado en Estados Unidos.
- Ese mismo mes, se planificó otro intento de asesinar a Fidel a la salida del Palacio Presidencial por parte de cuatro contrarrevolucionarios nombrados Indalecio Pérez, Rafael Pérez, Carlos Rivero y Manuel Suárez.

Lo significativo de estos planes es que en algunos casos se hicieron mediante la infiltración de servidores de la CIA, provenientes de los Estados Unidos y colados mediante el uso del canal ilegal marítimo. En otros casos se realizaron de forma coordinada con la estación de la CIA, radicada en la Embajada de Estados Unidos en La Habana, empleando a contrarrevolucionarios internos. Significativa también fue la alianza de la CIA con el crimen organizado para provocar la muerte de Fidel Castro. Fue, sin lugar a dudas, una alianza entre dos mafias existentes en Estados Unidos: la mafia oscura y tenebrosa de las calles y la mafia de cuello blanco detentora del poder político.

Los planes de la CIA para asesinar a Fidel se incrementaron en 1961 con respecto al año anterior, estimulados por la frustración y el odio irracional, así como la desesperanza que les sembró la inutilidad de tanto plan macabro. En esta ocasión, entre los meses de enero a diciembre de 1961, fueron descubiertos 18 planes de atentado con-

tra el líder revolucionario, quien emergía para los cubanos como el legítimo sucesor de José Martí.

La historia caminaba con pasos firmes y seguros, dejando atrás viejos tiempos de oscura existencia. Es por ello que, cuando la administración norteamericana de Ike Eisenhower se percató del carácter verdaderamente revolucionario y transformador del proceso político que se experimentaba en Cuba, no vaciló en emprender una serie de acciones encaminadas a revertirlo lo más pronto posible. Estaba claro que Estados Unidos no podía permitir fenómenos de este tipo y magnitud en su traspatio latinoamericano, amenazadores de su tradicional hegemonía en el continente. Por ello, sin pensarlo dos veces, rabioso y prepotente, el Presidente norteamericano decretó de manera unilateral el rompimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, el 5 de enero de 1961. Era, sin lugar a dudas, no sólo una acción de distanciamiento y presión, sino un acto de guerra no declarado.

La ruptura de los vínculos diplomáticos entre ambos países no fue la única ni la primera de las acciones adoptadas por esta administración en su beligerancia hacia la isla. Unos meses antes, en marzo de 1960, a instancias de Dwight D. Eisenhower y de su vicepresidente Richard Nixon, la Agencia Central de Inteligencia se encargó de preparar un vasto plan encaminado a fomentar la guerra irregular contra la Revolución Cubana.

¿Qué acciones se proponía ejecutar la CIA contra Cuba para revertir el esperanzador proceso de cambios que en ella se vivía?

A grandes rasgos, realizando un escueto recuento, las principales acciones hostiles contra la isla por parte del Gobierno yanqui y su agencia terrorista consistieron en:

- La formación de organizaciones de corte terrorista en las principales ciudades cubanas, con vistas a la realización de acciones violentas, atentados y sabotajes, cuyo propósito sería sembrar el caos y la inestabilidad política. De esta forma, toda fábrica, cine, aglomeración de personas, escuela y granja se convertirían en potencial objetivo del terror.
- Intensificar la lucha ideológica contra la Revolución mediante la difusión de propaganda contrarrevolucionaria, falsas

acusaciones y azuzando al monstruo mediático contra este proceso histórico.

- Desarrollar focos guerrilleros en los principales centros montañosos del país con vistas a obstaculizar el desarrollo de las medidas revolucionarias que tenían lugar en el campo cubano; a la par crear un clima de terror y provocar, en consecuencia, la caída del Gobierno Revolucionario. La profusión del bandidismo y la cacería de simpatizantes al proceso revolucionario, así como el asesinato de maestros y milicianos, serían las opciones a seguir en esta guerra irregular no declarada contra el pueblo.
- Preparar una fuerza militar en el exterior con vistas a invadir la isla. Un enorme tinglado bélico se montó en Retalhuleu, Guatemala, para tales fines, y cuya culminación sería la frustrada invasión de Playa Girón. Esta opción sería manejada en varias oportunidades y siempre contó con la anuencia de la CIA.
- Aprobar amplios presupuestos destinados a subvencionar la guerra no declarada contra Cuba, como lo fueron los 13 millones de dólares desembolsados por el Gobierno norteamericano en marzo de 1960. Este dinero fue empleado para adiestrar, armar y sostener a los centenares de individuos involucrados en estos planes criminales. Tal fue la magnitud y proporciones de esta maquinaria bélica, que superaron los presupuestos iniciales en más de 237 millones de dólares. El dinero del contribuyente norteamericano se convertiría así, sin él conocerlo, en fuente de sostenimiento de actividades terroristas.
- Combinar esta guerra militar e ideológica contra Cuba con un conjunto de medidas paralelas en los órdenes económico, político y diplomático, capaces de crear un complejo sistema de agresiones de todo tipo y carácter, imposibles de ser enfrentadas. Sin embargo, la capacidad defensiva de la Revolución, en franca alianza con el pueblo, dieron al traste a la monstruosa componenda.

Las concepciones de la CIA, elaboradas por su máximo jefe, Allan Dulles, viejo conspirador y amigo de las confabulaciones desde hacía dos décadas, desembocarían a la larga en el archiconocido “Plan Plu-

to”, estrenado inicialmente como “Plan Escambray”. Se presagiaban inciertos peligros y nuevas amenazas para Cuba, para quien la suerte estaba echada de antemano, según los acólitos de la Casa Blanca.

Ya en los primeros meses posteriores a marzo de 1960, se comenzaron a observar los resultados de esta guerra implementada por la CIA en contra de la Revolución Cubana. Los objetivos de estas agresiones esclarecerían, con total diafanidad, el papel terrorista del Gobierno norteamericano y su agencia, así como el empleo descarado de la contrarrevolución externa e interna para alcanzar sus fines. Veamos algunos hechos de este tipo, ocurridos solamente en el mes de enero de estos años, para demostrar que no habría tapujos ni vacilaciones en el accionar anticubano de la administración norteamericana:

En los días correspondientes a enero de 1960, fueron afectados cañaverales de varias centrales azucareras como “Hersey”, “Corazón de Jesús” (hoy Mariana Grajales), “Santa Teresa” (hoy Héctor Rodríguez), las zonas cañeras de San Rafael y San Vicente, ubicadas en la antigua provincia de Las Villas. De la misma manera, las centrales “Adelaida” (hoy Enrique Varona), “Punta Alegre” (hoy Máximo Gómez), y varias más en diferentes provincias del país, padecieron ataques criminales. En casi todos los casos fueron afectadas viviendas de campesinos, llegando incluso a asesinar a un joven lugareño de 24 años de edad.

Fue bombardeada la zona este de la capital cubana por un avión tripulado por pilotos norteamericanos al servicio de la CIA, el 21 de enero de 1960. Cuatro bombas detonaron en las zonas de Cojimar y Regla durante esta criminal acción, sin que importaran a sus perpetradores las inocentes vidas de miles de personas.

El mismo día que Eisenhower rompió relaciones con Cuba, el 5 de enero de 1961, fueron asesinados en el Escambray el joven maestro voluntario Conrado Benítez y el campesino Heliodoro Rodríguez. Estos detestables crímenes fueron realizados por miembros de bandas terroristas.

Mientras estos hechos ocurrían, Posada Carriles se había trasladado a La Habana y comenzaba a laborar, en 1960, en Firestone, empresa norteamericana donde pudo establecer vínculos con oficiales

de los servicios secretos norteamericanos como David Atlee Phillips y David Sánchez Morales. Este último era uno de los principales operativos de la CIA en Cuba en esos momentos. Su alianza con estos hombres marcaría su vida ulterior y daría inicio a oscuras y venideras relaciones con ambos personajes, a quienes se vincularía como contrarrevolucionario y terrorista. No cabe dudas de que la puerta de la CIA abierta para Luis Posada Carriles, en correspondencia con sus cualidades como matón y vándalo, harían de este un soldado incondicional y duradero.

Ávido por sobresalir y hacerse notar dentro de los opositores a la Revolución, en 1960, trabó contactos con desafectos radicados en Miami, con los que coordinó el envío de armas para la contrarrevolución interna. Sin perder su apego a las balandronas habituales en él, en varias ocasiones alardeó de una supuesta fuga ante el G-2 cubano, cuando en uno de sus viajes entre Miami y La Habana fue detenido por éste y logró escabullirse de sus manos. Esta sospechosa historia no ha sido comprobada y puede quedar como una muestra más de su megalomanía.

Sus primeros contactos de la CIA permanecerán vigentes durante las décadas venideras como un compromiso incondicional entre ambos. El propio Atlee será unos de sus cabecillas operativos, primero como jefe de la “Operación 40”, desde 1960 hasta 1973 y, luego, como jefe de la División del Hemisferio Occidental de la CIA en 1975. La Agencia será su eterna empleadora y recurrirá a él sin dilación en cualquier momento en que le sea necesario un gatillo alegre y sin escrúpulos.

Por esos tiempos, en enero de 1961, varios hechos terroristas, enmarcados dentro de la estrategia de CIA, afectaron diversas ciudades cubanas, destacándose el asesinato del joven miliciano Carlos Manuel Calcines Pérez el 14 de enero de ese año, el incendio en la colchonería OK en La Habana cuatro días después, el incendio de un almacén de tabacos de la firma Rothshild Samuel Duiga, así como varias acciones ejecutadas en el exterior contra la embajada cubana en Honduras y el consulado cubano en Barranquilla, Colombia. Aunque Posada Carriles no participó en ellos, sus ejecutores serían sus nuevos socios de correrías terroristas de ahora en adelante.

Cuando cumplió 33 años de edad, se asiló en la embajada argentina en La Habana bajo el pretexto de ser perseguido por la naciente Revolución. Abandonó su patria para siempre, cargado de resentimiento, el 25 de febrero de 1961, y se trasladó a Miami, vía México. Unos días después, ya radicado en esa ciudad floridana y ávido por hacerse notar, encontró un espacio ideal en la abultada cantera de resentidos e inició su profesión como terrorista, al vincularse con aquellos que trataban por todos los medios de revertir el proceso revolucionario cubano.

Los caminos oscuros de este autoproclamado “guerrero” tuvieron lugar cuando se vinculó a grupos terroristas organizados por la CIA, integrando una célula denominada “Halcones Negros”, perteneciente a la organización Unidad Revolucionaria. En esa etapa se destacó por su destreza y puntería, ejercitada en su juventud ante animales indefensos como una cotorra de sus vecinos, lo que le mereció el apodo de “El Cazador”. Fue sospechosa su presencia en Dallas, Texas, unos años después, cuando fue asesinado el presidente John F. Kennedy, víctima de una conspiración urdida por la CIA, el crimen organizado y la mafia miamense. No es descartable, pues, que sus ansias magnicidas desarrolladas contra Fidel Castro hayan tenido sus oscuros inicios en noviembre de 1963.

Su odio *in crescendo* hacia los cubanos de la isla, amasado entre la impotencia y el desarraigo auto impuesto, lo llevaron a involucrarse en la frustrada invasión de Playa Girón. El 7 de marzo de 1961, según declaraciones de José Raúl de Varona, entonces jefe de Inteligencia de la Brigada 2506, fue enviado a la base de Retalhuleu, en Guatemala, sede de la fuerza invasora y a instancias del entonces jefe de la Inteligencia Civil de la misma, Raúl Sanjenis, junto a un grupo de 53 individuos encabezados por Vicente León. Este grupo, cuyo indicativo era “Operación 40”, tenía como misión operativa y autónoma dentro de la fuerza invasora operar en la retaguardia de la misma con el propósito de realizar labores de inteligencia y exterminio de las autoridades de las localidades capturadas por la fuerza mercenaria. Una rigurosa preparación en técnicas de tortura e interrogatorios, manejo de explosivos y otras, capacitó a Posada Carriles y a 36 de sus socios como oficiales operativos. Para él, se abría

la oportunidad esperada: volver para vengarse, que no significaba otra cosa que regresar para volver a herir y a lastimar a aquellos que lo hicieron irse una vez de Cuba. En las noches previas a la invasión, Posada miraba los atardeceres con la expectativa del tigre ante su presa potencial, sin inmutarse.

Su jefe de entonces, Raúl Sanjenis, organizaría, en enero de 1964, como oficial de las CIA, un atentado contra Fidel. Los realizarían varios contrarrevolucionarios en Cuba, entre los que se hallaban Bernardo Milanés López, Mario Salabarría, Roberto Sabater y otros elementos, quienes, al transitar la caravana de Fidel Castro por la Quinta Avenida, en el barrio habanero de Miramar, le dispararían con una ametralladora calibre 30 mm, desde un camión de la empresa telefónica.

No cabe duda de que la CIA se nucleó de gente diversa y de baja estofa para cumplir sus planes contra Cuba. No hubo demasiadas fronteras entre la repulsión y la aceptación, cuando los oficiales de la Agencia seleccionaron entre la pléyade de asesinos y lumpens a varios terroristas potenciales. Entre los más sobresalientes pupilos de la CIA, que serían posteriormente utilizados por ésta en sus planes agresivos contra Cuba, así como en la represión del movimiento revolucionario latinoamericano, se encontraban, junto a Posada Carriles, los contrarrevolucionarios Félix Rodríguez Mendigutía (El Gato), Orlando Bosch Ávila, Dionisio Suárez, Antonio Veciana, José Basulto y muchos más. Eran los cachorros de la División de Asuntos Domésticos en la ampliamente conocida Estación JM/Wave, radicada en Miami.

JM/Wave era un nido de halcones y ratas, conviviendo unidos sólo por una macabra finalidad. Entre los casi 400 oficiales de la Agencia empleados en JM/Wave, se encontraban nada menos que David Atlee Phillips y su tocayo David Sánchez Morales, viejos conocidos de Posada, así como otros oficiales de la CIA comprometidos con la actividad contrarrevolucionaria, como Frank Sturgis y Howard Hunt. Estos dos últimos se involucrarían años después en el escándalo Watergate.

Que fue la CIA el fabricante de estos terroristas encargados de defender, mediante la violencia y el crimen, a los intereses norteamericanos en América Latina, no queda la menor duda. Desde

principios de los 70, aún dentro de la estación de la Agencia en La Habana, criminales como Posada Carriles, Antonio Veciana y Ricardo Morales Navarrete fueron reclutados para agredir al inocente pueblo cubano y, posteriormente, para asesinar y reprimir al movimiento progresista latinoamericano. Basta con recordar que varios de ellos fueron enviados a diferentes países para cumplir tan repudiable misión: Félix Rodríguez Mendigutía y Antonio Veciana fueron enviados a Bolivia en 1966 para dirigir el aniquilamiento del movimiento guerrillero y propiciar la captura y asesinato del Guerrillero Heroico; Ricardo Morales Navarrete y Luis Posada Carriles fueron enviados a Venezuela para asesorar a los órganos policíacos y de inteligencia del Gobierno; así como Orlando Bosch, Virgilio Paz, Dionisio Suárez y otros, fueron enviados a Chile para instrumentar la represión en América del Sur.

Sospechosamente, como elemento para engrosar su abultado dossier criminal, hay quien ubicó a Posada Carriles en Dallas, Texas, durante los días del asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy. Previo al fatal suceso, Posada fue visto en una reunión efectuada en una casa de contactos de la CIA en la ciudad de Miami, en la que se encontraban Antonio Veciana, Lee Harvey Oswald, así como Ignacio y Guillermo Novo Sampoll. Luego fue visto junto a otros terroristas de origen cubano, deambulando alrededor del lugar en el que se cometió el magnicidio. Que Posada pudo haber sido uno de los tiradores durante el asesinato de Dallas no es una aseveración desechable, pues por una parte fue ubicado en esa ciudad el 20 de noviembre de 1963 y, por otra, fue uno de los mejores tiradores dentro de la Operación 40.

En ese año de 1963 también se le ubicó trabajando un corto período como miembro de la tripulación de uno de los buques madre de la CIA, nombrado Venus, desde donde participó en agresiones contra instalaciones cubanas y en el asesinato de personas inocentes.

Dotado ya de amplios conocimientos en el arte de la guerra sucia, participó Posada Carriles como instructor en el campamento de insurgencia José Martí, ubicado en Polk City y perteneciente a la Junta Revolucionaria Cubana (JURE), de amplia historia en la guerra sucia contra Cuba y aupada por la CIA, a fines de 1963 y parte de 1964. Allí

no tuvo reparo en enseñar a sus pupilos las más novedosas técnicas de tortura y subversión aprendidas de sus profesores de la CIA.

Durante el transcurso de este período, Posada Carriles completó su entrenamiento en Fort Benning como oficial de las fuerzas armadas norteamericanas con la matrícula de identificación C2312445 en marzo de 1964. Es en ese período, de acuerdo con documentos desclasificados en mayo de 2005, se sabe que Posada Carriles es captado por la CIA para desarrollar actividades contra el territorio nacional cubano y subvertir el orden constitucional en otras naciones del continente, lo que no tardaría en hacer cuando en 1965 se unió a Manuel Artime, como integrante del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR). Durante esta etapa se trasladó a Nicaragua, desde donde realizó varias acciones terroristas contra Cuba.

Ya Posada Carriles, totalmente identificado con la CIA y la contrarrevolución cubana, inició su meteórico ascenso como una de las más confiables bazas de triunfo con la que estas contarán en su obcecado intento por destruir a la Revolución Cubana. Consumado agente subversivo, experto en demolición y comunicaciones, hábil tirador, opositor ideológico a ultranza del proceso revolucionario, despiadado y cruel, contó con los avales necesarios para desempeñar el rol para el que fue adoctrinado por sus jefes de la Agencia. De ahora en adelante, el criminal tendría una sola misión en su vida: no defraudar a sus amos.



## **Los cachorros de la CIA**

## LOS CACHORROS DE LA CIA

Los primeros años de la década de los 60, vieron en Luis Posada Carriles ya a un experimentado agente de la CIA, al que esperaba un prometedor historial. Su preparación en explosivos, su destreza como tirador, su destacada asimilación de las técnicas de tortura, así como su incondicionalidad ideológica le permitieron ser uno de los hombres de confianza de sus oficiales, los que le reconocieron eufóricos sus potencialidades. No hubo, por tanto, una operación en la que no se valorara su participación. Sus jefes estaban dispuestos a involucrarlo en aquellas más oscuras conspiraciones de la CIA, sin temer la menor preocupación por faltas en su desempeño o por su fidelidad.

No era útil tan sólo en el constante arremeter contra Cuba. Podría, y así lo hizo, ser útil en cualquier lugar donde la Agencia operaba de manera solapada y encubierta. El 19 de abril de 1965 participó, dentro de Guatemala, en un intento para derrocar el Gobierno de ese país, dirigido por Roberto Alejos Arzú. Detrás de esta operación subversiva estaba la mano de las ultraderechas norteamericana y guatemalteca, así como de su instrumento de inteligencia y sedición: la Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Unos meses después, en julio de 1965, se vio implicado en un plan desarrollado por la organización terrorista Representación Cubana en el Exilio (RECE) para efectuar un sabotaje contra un barco cubano en la República de México, específicamente en el puerto de Veracruz. Lo acompañaron en esta aventura Jorge Mas Canosa y Ramón Escarda Rubio. Planeando ser el ejecutor del hundimiento del barco, recibió 5.000 dólares para el operativo criminal.

Contando ya con un amplio destacamento de terroristas, tal es

el desenfreno de las organizaciones contrarrevolucionarias por esa época, cuando se realizaron decenas de atentados, no solo en Cuba sino también en Canadá, Puerto Rico y Estados Unidos. Solo en julio de 1968, estos hechos alcanzaron la cifra de 21. Baste decir, para caracterizar este fenómeno, que la Revolución Cubana ha sufrido hasta el momento más de 1.500 actos terroristas desde su surgimiento en 1959.

Cuando Estados Unidos y las oligarquías nacionales del continente quisieron detener el auge revolucionario que se extendía por América Latina en esos años, la CIA fue la encargada de preparar una diversidad de operaciones encubiertas que contemplaban el asesinato político, las desapariciones forzosas y torturas, la represión selectiva para provocar el descabezamiento de los movimientos revolucionarios y progresistas, así como la internacionalización del miedo y la violencia. Para cumplir sus fines, contó con decenas de terroristas de origen cubano entrenados por ella, entre los que se encontraba Luis Posada Carriles.

Una parte considerable de nuestras naciones latinoamericanas padecieron durante los últimos tiempos un permanente desangramiento sin parangón en su historia, motivado por la profundización de la violencia y los conflictos internos. Las causas, en muchos casos aún latentes, fueron las graves condiciones de desigualdad y un incremento de la injusticia social. Las endebles democracias de América Latina, impuestas mediante elecciones plagadas de corruptelas, o bajo la anuencia y presiones de la Casa Blanca, resultaron ineficaces para controlar sus respectivos países. Washington encontró en las cúpulas castrenses la aparente solución: la dictadura militar. De esta forma, el poder castrense fue entronizándose en las naciones del continente: primero en Paraguay (1954); luego en Brasil (1964); y, posteriormente, en otras naciones del Cono Sur como Perú (1968), Uruguay (1972), Chile (1973), Argentina (1976) y Bolivia.

La macabra época de los generalatos, torturas y desapariciones, protagonizadas por hombres sin escrúpulos como Alfredo Stroessner, Rafael Videla, Augusto Pinochet, Hugo Banzer y el no menos cruel, aunque civil, José María Bordaberry, golpeó a los mejores hijos de Latinoamérica. Era tal la dependencia y la sumisión a Washington, que

varios Gobiernos, en apariencia democráticos, optaron por recurrir al patrocinio militar para enfrentar los justos reclamos populares. Así sucedió en Uruguay, Guatemala, El Salvador y Honduras.

La ideología de los generales, influida notablemente por el fascismo y las doctrinas de la ultraderecha conservadora norteamericana, tenía el doble propósito de detener, por un lado, a la legítima lucha de los pueblos y, por otro, incrementar los niveles de dependencia al capital extranjero. Toda esta amalgama ideológica, sustentada por la doctrina de la Seguridad Nacional, descansó en la defensa a ultranza del desarrollo de un capitalismo dependiente al capital foráneo y de las estrategias de desarrollo diseñadas por teóricos norteamericanos, así como en la represión y estigmatización de quienes propusieran otras alternativas de progreso. El ejemplo cubano fue excomulgado, censurado y perseguido, así como aquellos que le defendían como alternativa más viable para sus países.

El mal impuesto a nuestras naciones, aunque no fue eterno, fue desastroso. La humanidad entera se conmocionó ante tanto crimen y tamaña injusticia. Fueron largos años de reclamo, de denuncia, de combate y oposición, los que dieron al traste con esta página negra de nuestra historia. Muchas fueron las causas de su desaparición, pero la más válida fueron la resistencia denodada de los mejores hijos de nuestros pueblos y la creciente solidaridad del mundo hacia su lucha heroica. Influyeron también el desprestigio de estos regímenes a causa de la corrupción y su criminalidad, las contradicciones internas dentro de los mismos y la lucha de poder, el fracaso de los modelos económicos defendidos por ellos mediante el terror y, sobre todo, la pérdida del miedo por parte de los pueblos.

Mucho se trató de hacer por ocultar tanto crimen. Los culpables de las torturas, asesinatos y desapariciones, recurrieron a diversas artimañas para escapar del justo reclamo de justicia por parte de sus víctimas y familiares. Sin embargo, ni el olvido, ni la complacencia, pueden resguardar y perdonar al crimen y a la impunidad.

La Operación Cóndor fue la consumación de los planes norteamericanos para garantizarse un traspatio seguro en la región y representó la internacionalización del terror por parte de los militares latinoamericanos. Sin lugar a dudas, luego de haberse establecido en

un encuentro realizado a fines de noviembre de 1975, durante una reunión en Santiago de Chile y bajo la anuencia directa de Pinochet, en la que participaron represores de Chile, Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay, se crearon las condiciones organizativas, técnicas y financieras para llevar a cabo operaciones a gran escala, internacionalmente coordinadas, y encaminadas a reprimir de conjunto a las fuerzas progresistas de la región. Los argentinos, al igual que sus socios chilenos, paraguayos y uruguayos, desempeñaron un rol relevante en estos planes.

Los frutos de la nueva estrategia de terror diseñada en la Operación Cóndor no se hicieron esperar: militares argentinos y chilenos ejecutaron el asesinato en Buenos Aires del general Carlos Prats y de su esposa. Luego vendría el atentado a Bernardo Leighton, en Roma. Estos hechos evidenciaron que la Operación Cóndor, bendecida por la CIA e integrada también por represores y terroristas de origen cubano, pasó a ser una alianza castrense de tipo internacional, integrada al menos por represores de más de seis países.

En el año 1976, se incrementaron de las acciones represivas a nivel internacional como resultado de la alianza establecida entre la CIA, la mafia de Miami y los Gobiernos militares en la región. Decenas de luchadores progresistas fueron asesinados luego de ser capturados en complejos operativos. En la lista de estos crímenes sobresalen los líderes miristas chilenos Edgardo Enríquez, Patricio Biedma y Jorge Fuentes; dos jóvenes oficiales de seguridad de la embajada cubana en Argentina: Jesús Cejas Arias, de 22 años, y Crescencio Galañega, de 26, quienes habían sido capturados el 9 de agosto de 1976 en el barrio de Belgrano; el ex Presidente de Bolivia, general Juan José Torres; el dirigente del ERP argentino, Mario Roberto Santucho; así como el tupamaro William Whitelaw.

Cóndor también provocó el asesinato de los destacados políticos uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, así como el atentado que le costó la vida al ex canciller chileno Orlando Letelier y su secretaria, perpetrado en territorio norteamericano por terroristas chilenos y cubanos estrechamente vinculados a la CIA.

Ya no es un secreto que 100 militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, exilados en Argentina, fueron

brutalmente asesinados entre 1974 y 1975, en lo que se llamó Operación Colombo, cuyo artífice fue Pinochet.

Hoy tampoco resulta un secreto que una gran parte de los secuestrados y ulteriormente asesinados dentro de la Operación Cóndor, pasaron por una disimulada prisión ubicada en el barrio bonaerense de Floresta, conocida como Automotores Orletti, en la que fueron salvajemente torturados.

En Chile, por ejemplo, el baño de sangre que continuó al 11 de septiembre de 1973, lo sustituyó una férrea represión ejecutada inicialmente por distintos cuerpos de seguridad y, a partir de 1974, por la recién creada Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Todo ese despliegue de terror estuvo encaminado a consumir los planes represivos elaborados desde meses antes por los altos mandos militares chilenos, con el apoyo del Gobierno norteamericano, y que estaban dirigidos a hacer desaparecer a más de 3 mil altos dirigentes de izquierda y 20 mil cuadros de las organizaciones populares luego de la asonada militar. La represalia preelaborada por los golpistas apuntó también contra miembros de las fuerzas armadas opuestos a la sedición castrense.

Se conoce igualmente que la propia Central de Inteligencia de los Estados Unidos colaboró con los militares chilenos en la confección de estos listados y que, con posterioridad al golpe, continuó facilitando información a los golpistas sobre exilados chilenos residentes en otros países, información que sirvió de base para las operaciones de secuestro y asesinato perpetradas durante la Operación Cóndor. Estados Unidos y sus agencias gubernamentales, apoyándose en un grupo de terroristas cubanos, apuntaló las decenas de operativos realizados por la DINA en otros países latinoamericanos y en varias naciones europeas. Por tanto, no resulta absurdo presuponer que la CIA supervisó todo el proceso de montaje de la asonada golpista en Chile, colaborando con los militares chilenos en el diseño de la ulterior respuesta represiva contra las fuerzas de izquierda, lo que incluyó, desde luego, la desaparición física de Salvador Allende.

En los años siguientes, la colaboración entre los Estados Unidos y Pinochet se fortaleció a niveles sorprendentes. El propio Henry Kissinger santificó los asesinatos y la salvaje represión contra los

chilenos, cuando le expresó a Augusto Pinochet, durante un encuentro que ambos sostuvieron en junio de 1976: "... en Estados Unidos simpatizamos con lo que usted está tratando de hacer aquí".

Los cuantiosos recursos aportados por Estados Unidos para llevar a cabo el montaje de la Operación Cóndor incluyeron no sólo altas sumas de dinero, sino también un voluminoso intercambio de información, asesoramiento en técnicas de tortura y equipamiento provistos por la División de Servicios Técnicos de la CIA.

Como se ha destacado, los militares chilenos desempeñaron un papel descollante en la internacionalización del terror contra los movimientos progresistas y sus líderes en América Latina. Fueron operativos de la DINA, una organización de inteligencia subordinada directamente a Pinochet, los que persiguieron, secuestraron y ultimaron a destacadas personalidades democráticas chilenas en el exterior, con la confabulación de contrarrevolucionarios cubanos, entre las que sobresalieron los asesinatos del general Carlos Prats y de Orlando Letelier.

Durante la investigación llevada a cabo por el FBI sobre el asesinato de Orlando Letelier del Solar, un agente de esta organización federal, Robert Scherrer, quien fungía como agregado legal de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires desde el año 1972, informó a sus jefes en un cable fechado el 28 de septiembre de 1976:

Operación Cóndor es el nombre en código de la recopilación, intercambio y almacenamiento de datos de inteligencia [militar] sobre personas [calificadas de adversarios políticos], recientemente establecida entre los servicios que a ella cooperan con el fin de eliminar a [sus adversarios políticos] en estos países. Además, la Operación Cóndor lleva a cabo operaciones conjuntas contra sus blancos en los países miembros (...) Chile es el centro de la Operación Cóndor, e incluye también a Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Brasil también ha aceptado en principio aportar información a la Operación Cóndor.

Este sistema de terror provocó la desaparición de más de 30.000 personas, mientras que otras fuentes, como la OEA, la ONU y el

Consejo Mundial de Iglesias y el Parlamento Europeo, señalan como 45 mil los chilenos asesinados entre 1973 a 1990. Estas cuantiosas muertes por razones políticas se consumaron en la aciaga Caravana de la Muerte, mediante las nefastas operaciones Albania y Colombo, así como los deplorables hechos sucedidos en la Colonia Dignidad, el Buque Escuela Esmeralda y otros. Repudiables fueron también los asesinatos de Bachelet, Víctor Jara, Hoteiza, Pablo Neruda, José Toha, Bonilla, Lumi Videla, Marta Ugarte, Miguel Enríquez y Salvador Allende. Otros terribles hechos de sangre que conmovieron a Chile entero fueron los asesinatos cometidos durante las protestas de pobladores de las colonias José María Caro, La Victoria, La Villa Francia; al igual que las muertes ocurridas en los estadios Chile y Nacional; los crímenes cometidos en Chacabuco; Tejas Verdes y los Buques de Valparaíso y Talcahuano; en Ritoque; Tres y Cuatro Álamos; en la Villa Grimaldi; en Discotex; en el regimiento Tacna; el Buin; el Tarapaca; en el AGA; asesinatos como los de la Academia de guerra de la Fuerza Aérea y de la Armada; los del local del ex diario Clarín y en el sótano del viejo Congreso Nacional, entre otros detestables hechos de sangre cometidos por los militares chilenos.

Hoy es ampliamente conocido que la CIA empleó a varios contrarrevolucionarios de origen cubano en su criminal represión al pueblo chileno. A saber, estuvieron inmersos en estas actividades Orlando Bosch, Virgilio Paz, Dionisio Suárez y otros.



**Tras la huella  
del Cóndor**

## TRAS LA HUELLA DEL CÓNDOR

Los crímenes y la represión concebidos dentro de la Operación Cóndor alcanzaron todavía niveles más recrudescidos y amplios en Centroamérica y en otros países latinoamericanos. Parecía que la muerte y la desaparición campeando por sus respetos serían el único destino posible para aquellos opositores al *status quo* imperante. Todos temían y no pocos se escandalizaban pero, tristemente, pocas fueron las manos que se levantaron para detener la matanza. Sólo años después, cuando la humanidad conoció al detalle lo sucedido, el mundo pareció salir de su letargo y de su miedo, pareció abochornarse y clamar justicia.

En El Salvador hubo también desapariciones selectivas, torturas y confinamientos, represión y muerte, pero en mayor escala. Con el apoyo permanente de los Estados Unidos se llevó a cabo a partir de la década de los 60 una de las más abominables represiones sufridas por pueblo alguno. Hogares campesinos se vistieron de luto y la tristeza y la ausencia pulularon por cada calle y cada pueblo. La mirada cómplice del gigante de las siete leguas ignoraba las matanzas. Prueba de ese apoyo venido del Norte, como un viento gélido, lo representó la enorme ayuda militar recibida por los gobernantes salvadoreños, encaminada a reprimir y enfrentar la legítima lucha de este pueblo por su liberación. Algunos datos prueban que, recién elegido Reagan como Presidente, entregó al Gobierno salvadoreño la asombrosa cifra de 55 millones de dólares en ayuda militar de emergencia.

Hoy no es desconocida la confabulación de otros Gobiernos latinoamericanos para apoyar a los criminales gobernantes de ese país centroamericano. Por ejemplo, la CIA consiguió que el Gobierno venezolano, de Herrera Campins, perteneciente a Copei, entregara

armas y otros abastecimientos a Napoleón Duarte, probado títere de Estados Unidos y de la CIA, precisamente cuando Posada Carriles fungía como uno de sus cercanos asesores.

Para ocultar vanamente la participación del Gobierno y de sus Fuerzas Armadas en los frecuentes asesinatos de tipo político, en El Salvador, fue creado, en 1967, un grupo paramilitar conocido como Organización Democrática Nacional (Orden), coincidiendo con la aparición de estos escuadrones de la muerte en la vecina Guatemala. Otros grupos paramilitares, dependientes del Ejército como la autodenominada Brigada Anti-Comunista “Maximiliano Hernández Martínez” y el Ejército Secreto Anticomunista (ESA), cometieron también abominables crímenes.

El empleo directo de Orden por el ejército, en 1970, causó tal repudio que, en 1979, fue disuelto en apariencia, aunque continuó realizado macabros crímenes por todo el país con 150 mil civiles armados dentro de su estructura.

Orden se mantuvo ejerciendo su represión a pesar de su formal desaparición. Colaboró con el ejército en cuanto a búsqueda de información y aniquilación de potenciales enemigos. Ya para 1985, había participado en la ejecución de más de 7 mil salvadoreños. En este contexto se ubicaron los asesinatos de los seis sacerdotes jesuitas y sus dos acompañantes en 1989, ocurridos en el Centro Pastoral de la Universidad Centroamericana. Este hecho, ocurrido el 16 de noviembre de 1989, tuvo lugar cuando efectivos militares asesinaron a mansalva a los padres jesuitas de la UCA: Ignacio Ellacuría (rector de la Universidad), Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Armando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, al igual que a la trabajadora doméstica Elba Ramos y a su hija de 15 años, Celina Ramos. El irrespeto a la Iglesia y a los religiosos aún conmociona a los salvadoreños, quienes reclaman se abra una verdadera investigación para esclarecer los hechos.

La mano de la CIA y de sus pupilos no descansó por esos años en El Salvador. Otros terribles crímenes políticos se cometieron, estremeciendo a la nación centroamericana. A saber, fueron el asesinato de los dirigentes del Frente Democrático Revolucionario (FDR) Víctor Manuel Quintanilla, Santiago Hernández Jiménez (secretario general

del FUSS y desaparecido desde el 25 de septiembre), José Antonio García Vásquez y la doctora. Dora Muñoz Castillo, ocurrido el 7 de octubre de 1983, cuyos autores fueron miembros de la Brigada Anti-Comunista Maximiliano Hernández Martínez. Un tiempo antes, entre el 12 y 15 de agosto de 1980, fueron asesinados 129 simpatizantes de esta organización al ser reprimido un paro convocado por el FDR. Otros siete dirigentes del FDR, entre los que se encontraba Álvarez Córdoba, fueron torturados y asesinados.

La mano asesina también alcanzó a numerosas religiosas norteamericanas y a periodistas holandeses.

Gran conmoción causaron en esos años las agresiones contra miembros de organismos de derechos humanos como el Fenastas y Comadres, así como contra sindicatos de trabajadores. Sólo entre enero y junio de 1981 fueron asesinados 136 profesores agrupados en la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (Andes). Por su parte, el día 4 de diciembre de 1981, fue secuestrado y posteriormente asesinado el director de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (Cdhes-NG), Carlos Eduardo Vides; en agosto de 1982, ocurrió lo mismo con América Perdomo, directora de Relaciones Públicas de esa entidad; y, posteriormente, el 16 de marzo de 1983, fue asesinada Marianela García Villas, presidenta del Cdhes-NG, por una patrulla militar.

Las masacres de campesinos por miembros del Ejército, como ocurrió en las aldeas del Mozote, Río Sumpul y El Calabozo, fueron otras de las modalidades del terrorismo de Estado en El Salvador. Un grupo de más de 200 campesinos fue asesinado o desaparecido el 17 de marzo de 1981, cuando un millar de estos intentaba cruzar el río Lempa, rumbo Honduras. Meses después, en octubre de ese año y en el mismo lugar, fueron asesinados 147 campesinos, entre ellos 44 menores de edad. En noviembre de ese mismo año, una patrulla militar asesinó entre 50 y 100 campesinos en el departamento de Cabañas.

Fueron también miembros del Ejército quienes cometieron uno de los más repugnantes y condenados crímenes consumados en El Salvador: el de monseñor Óscar Arnulfo Romero, quien se había dirigido al presidente norteamericano Jimmy Carter, en 1980, reca-

bando que los Estados Unidos cesara su apoyo al Gobierno de su país. El crimen tuvo lugar el 24 de marzo de ese mismo año, mientras oficiaba misa monseñor Romero en la capilla del hospital La Divina Providencia. El ejecutor directo del crimen fue un francotirador, pero los autores intelectuales fueron varios y había que localizarlos en las altas esferas del Gobierno y en Washington. El día anterior, Romero había declarado en su homilía dominical: “En nombre de Dios, en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, que cese la represión”.

El acto de horror cometido contra Romero se completó en sus funerales, cuando grupos paramilitares hicieron estallar una bomba entre la multitud que acudió al sepelio, frente a la Catedral de San Salvador. A la detonación, siguió el ametrallamiento de los asistentes. El costo de esta criminal acción fue el de 27 a 40 muertos y más de 200 heridos.

Convertidos El Salvador y toda Centroamérica en campo de pruebas de la guerra “antissubversiva” de los Estados Unidos, recibieron el apoyo logístico del Pentágono y de la CIA, así como la participación de asesores y expertos en contrainsurgencia, entre los que se destacaron contrarrevolucionarios cubanos como Félix Rodríguez y Luis Posada Carriles. Esta injerencia provocó la muerte de más de 250 mil centroamericanos.

Hoy se manejan con horror las cifras de asesinados en El Salvador. Sólo entre los años 1980 y 1982, estos fueron varios miles, tal como se puede apreciar en la siguiente tabla:

Año	Total de víctimas
1980	11.903
1981	16.266
1982	5.962

Por su parte, la organización Socorro Jurídico Cristiano denunció que sólo entre enero y agosto de 1982, se cometieron 3.059 asesinatos

políticos en esa nación. El informe del enviado especial a la Comisión de DDHH, en su página 21, expresa que sólo en el año 1982 fueron asesinados 5.962 salvadoreños. El ritmo de asesinatos cometidos fue de 300 por mes. Tal fue la magnitud de este genocidio, cuyo cómplice principal fue el Gobierno de los Estados Unidos.

En Bolivia, participaron varios contrarrevolucionarios de origen cubano en la represión contra el movimiento revolucionario. Entre ellos, se destacaron Félix Rodríguez Mendigutía, Antonio Veciana y Gustavo Villoldo. Fueron 18 años de dictaduras militares las que sufrió el pueblo boliviano entre 1965 y 1982. Solo con el golpe militar de Hugo Banzer Suárez, en agosto de 1971, y de acuerdo al Comité Impulsor del Juicio contra García Meza, se produjeron más de 14 mil detenciones ilegales, de estas personas fueron, en la mayoría de los casos, sometidas a crueles torturas y asesinato. La represión en esos momentos provocó el exilio de 6 mil bolivianos. Con Banzer fueron desaparecidas más de 70 personas, según cifras bastante conservadoras.

Luego del período de Banzer, sobrevino la dictadura de 16 días del coronel Alberto Natusch Busch, breve período en que fueron asesinadas 76 personas en La Paz y desaparecieron 140 bolivianos.

La dictadura de García Meza fue responsable de la desaparición de 22 personas y del asesinato de otras 52, entre ellas el diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz. Un cuadro de la aterradora represión lo ofreció la Asociación de Familiares de Desaparecidos cuando denunció, en mayo de 1990, la desaparición de 156 personas. Como ya señalamos, 76 correspondieron a la etapa banzeriana, 34 al período del general Alfredo Ovando, 28 al de García Meza, 14 al de Alberto Natusch y cuatro al período de René Barrientos.

Aún los bolivianos recuerdan conmocionados el asesinato del Guerrillero Heroico en octubre de 1967, por indicaciones expresas de la CIA norteamericana. Éste fue uno de los crímenes más atroces de los cometidos por los militares bolivianos.

Otros asesinatos políticos que levantaron la repulsa popular y la condena internacional fueron el ya señalado del diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz, el de los ocho dirigentes del MOR y el del sacerdote Luis Espinal. La organización de los escuadrones de la muerte

fue directamente ordenada y ejecutada por que altos miembros del mismo Ejército boliviano, empleándolos para asesinar líderes políticos, cometer atentados terroristas, lanzar bombas contra manifestantes, atacar sedes de organismos políticos, religiosos y culturales, etc. La macabra conspiración terrorista de los militares bolivianos planeó el asesinato de otras personalidades, incluidas en una lista negra, en la que se encontraban el sacerdote Luis Espinal Camps, el diputado socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, el ex Presidente Walter Guevara Arce, el líder sindical Juan Lechín Oquendo, y el ex ministro Eduardo Pérez Iribarne, entre otros.

Paraguay también conoció la presencia de la CIA y de sus asalarados de origen cubano. La anuencia de Estados Unidos hacia los crímenes de la dictadura paraguaya se puso de manifiesto cuando el propio presidente norteamericano Richard Nixon le manifestó a Stroessner, durante una visita a ese país, realizada el 4 de mayo de 1968: “En el campo de los asuntos internacionales, no conozco otra nación que se haya levantado más fuerte que la suya en contra de la amenaza del comunismo”.

Operación Cóndor tuvo en Asunción la sede de los archivos del terror. Los militares paraguayos fueron artífices de desapariciones de ciudadanos argentinos, uruguayos, chilenos, bolivianos y de otras nacionalidades, los que eran secuestrados y enviados hacia sus respectivos países para ser inmediatamente torturados y asesinados. En pago por estos favores, los militares argentinos, por ejemplo, asesinaron a 54 paraguayos exilados en ese país. Investigaciones posteriores han indicado que los militares paraguayos se incorporaron a las actividades de Cóndor a partir de julio de 1976, a través del coronel Benito Guanes Serrano, jefe de los Servicios de Inteligencia del Ejército.

Tal fue el nivel de represión desatada por Stroessner, que 360 mil personas, de un total de 3 millones de habitantes, pasaron por las prisiones, siendo salvajemente vejadas y torturadas. Por otra parte, casi 50 % de los paraguayos tuvieron que exilarse para escapar de la represión.

El descubrimiento de los llamados Archivos del terror, aparecidos casualmente en la estación de policía de Lambaré, un barrio de Asunción, ofreció, en 1993, la documentación suficiente para demostrar

cómo funcionó el aparato de pavor implementado por los militares paraguayos en complicidad con sus iguales en otros países del Cono Sur. Las desapariciones forzadas aparecieron en su real magnitud y se pudo descubrir el fatal destino de miles de personas de diversos países, esbozando el método principal de control político y social en Paraguay, basado en la impunidad y la violación descarada de los derechos humanos. Los Archivos del terror contienen registros documentales de unas 50 mil personas asesinadas, 30 mil desaparecidas y 400 mil encarceladas. Lo pavoroso es que 3 mil niños fueron desaparecidos y asesinados durante la Operación Cóndor.

Casos como el Gustavo Edison Inzaurrealde, quien en 1973 huyó a Paraguay tras ser detenido y torturado por sus actividades revolucionarias en Uruguay, arrestado el 28 de marzo de 1977 y posteriormente asesinado por militares argentinos, ilustran la criminal madeja desenterrada por Martín Almada al descubrir los Archivos del terror. Junto con Inzaurrealde, fueron entregados a los torturadores argentinos el uruguayo Nelson Rodolfo Santana y otros tres ciudadanos argentinos.

Otro sonado caso de colaboración de los militares paraguayos con sus homólogos del Cono Sur fue el Jorge Isaac Fuentes Alarcón, militante del Ejército Revolucionario del Pueblo, arrestado por la policía paraguaya al cruzar la frontera desde Argentina. Entregado a los agentes de la DINA, fue enviado a Santiago de Chile, donde desapareció en Villa Grimaldi. A Fuentes Alarcón lo interrogaron torturadores de varios países, incluso norteamericanos adscritos a la embajada yanqui en Argentina.

Los sicarios paraguayos asesinaron a los hermanos Benjamín y Rodolfo Ramírez, acusados de pertenecer a un grupo guerrillero conocido como Organización Política Militar. El propio jefe de investigaciones de la policía paraguaya, Pastor Coronel, participó en estos asesinatos y en el del doctor Agustín Goyburú, dirigente del Movimiento Popular Colorado de Paraguay.

Otras cinco personas arrestadas en Paraguay fueron entregadas a funcionarios de las inteligencias de Argentina y Uruguay. Ellos fueron los uruguayos Gustavo Edison Inzaurrealde y Nelson Rodolfo Santana Scotto, y los argentinos Alejandro Logoluso Dio Martino,

José Boll y Dora Landi Gill, quienes luego desaparecieron, y cuyo caso ya mencionamos con anterioridad. El pueblo paraguayo aún reclama justicia por estos crímenes.

La dictadura cívico-militar que desgobernó al Uruguay entre 1973 y 1984 desató también una represión a gran escala, pero con una modalidad muy sui géneris: fue una represión sofisticada y selectiva.

Los militares y el Gobierno clasificaron a los ciudadanos del país en tres categorías (A, B y C), en correspondencia con el grado de peligrosidad que les suponía. Mediante un “Certificado de fe democrática” se regulaba el destino de cada uruguayo y su propia suerte.

La ideología dominante en los círculos de poder uruguayos, la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), abarcó tanto la estructura orgánica del país como su dependencia al control de los militares. Convertida en filosofía reinante, esta doctrina dominó la vida pública del país.

La actividad solapada y selectiva de los torturadores uruguayos provocó, sin embargo, crímenes condenables como el de los ocho militantes del Partido Comunista, perpetrado en abril de 1972. Otro hecho siniestro fue el secuestro en Buenos Aires de cinco ciudadanos uruguayos y su ulterior asesinato en 1975, ya en Uruguay.

Gran repudio causaron los asesinatos de dos legisladores uruguayos en 1976: Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, en unión de William Whithelaw Blanco y Rosario Barredo. Otro hecho repudiable fue el envenenamiento de Celia Fontana de Heber, esposa de un dirigente político uruguayo.

La dictadura cívico-militar ocultó estos hechos y su complicidad en ellos. Hubo, sin embargo, un hecho en que se vieron desnudados, como fue el caso de la maestra Elena Quinteros, secuestrada en junio de 1976, en el propio predio de la embajada de Venezuela en Uruguay.

El asesinato del maestro y pedagogo Julio Castro, secuestrado en plena vía pública y luego asesinado, también causó gran conmoción en todo el país.

Ese trágico año de 1976 vio con impotencia cómo, dentro del marco de la Operación Cóndor, fueron secuestrados en la Argentina 62 uruguayos y conducidos posteriormente a su país, donde fueron salvajemente torturados y la mayoría de ellos desaparecidos.

El caso más sorprendente de la represión en Uruguay fue la desaparición del niño Simón Antonio Riquelo, quien fue arrebatado de los brazos de su madre cuando sólo tenía 20 días de nacido.

Entre 1977 y 1979, continuaron los secuestros y desapariciones de uruguayos en Argentina. En Paraguay capturaron y desaparecieron a dos ciudadanos uruguayos, los que fueron trasladados a Argentina y posteriormente ultimados.

En Uruguay, la CIA fue la responsable y tutora directa de los escuadrones de la muerte. La estación de la CIA en Montevideo elaboró listados y ejerció permanente control sobre los más destacados activistas y opositores al Gobierno de turno. Fue la CIA la que facilitó las coordinaciones entre los militares uruguayos y sus similares de Chile y Argentina, dando lugar a las ya analizadas operaciones conjugadas entre ellos que estaban previstas en la Operación Cóndor. Como ejemplo, puede destacarse que un numeroso grupo de 32 uruguayos y argentinos, detenidos en la cárcel secreta de “Automotoras Orletti”, fue enviado al Uruguay en octubre de 1976 y allí posteriormente ultimados. Varios torturadores de origen cubano fueron vistos en esa instalación en diversas ocasiones, como es el caso de Gaspar Jiménez Escobedo, socio de correrías de Luis Posada Carriles.

Guatemala fue otra muestra evidente del asesinato político benedecido por la CIA norteamericana, teniendo en cuenta que varios terroristas de origen cubano como Luis Posada Carriles, Luis Orlando Rodríguez y Mario Delamico han actuado en ese país como asesores de diferentes Gobiernos en las últimas décadas.

A partir de 1962, se fortaleció aún más en Guatemala el proceso de militarización del Estado y, en consecuencia, un incremento de la violación de los derechos humanos. Ya habían ocurrido las Jornadas de marzo-abril de 1962, cuando el estudiantado y otros sectores de la población protestaron por la represión que provocó la muerte a tres estudiantes de Derecho. Como resultado de la represión fueron muertas 50 personas, 500 fueron heridas y más de mil detenidas. La imposibilidad de Miguel Ydígoras Fuentes de controlar el descontento popular provocó que el ejército se hiciera cargo de la situación, preparándose de facto las condiciones para el golpe militar de 1963.

Ésa era la forma en que los militares guatemaltecos y los grupos de poder interpretaron la Doctrina de Seguridad Nacional, concebida por Estados Unidos para su traspaso latinoamericano.

Con el golpe de Estado producido el 30 de marzo 1963, los militares guatemaltecos hacían suya esta doctrina, la que lograría aún más plenitud durante el período gubernamental de Julio César Méndez Montenegro, ejercido entre 1966 y 1970. Al estilo de sus homólogos uruguayos, un pacto entre militares y civiles beatificaría este nuevo modelo de contrainsurgencia. El golpe, que colocó a la cabeza del régimen a Enrique Peralta Azurdía, hasta ese momento ministro de la Defensa, durante mil días de terror y represión contra las fuerzas progresistas del país.

Apoyados por Estados Unidos, los militares incorporaron el despliegue de un terror a gran escala como modalidad de su estrategia contrainsurgente. La CIA y el Pentágono ayudaron a perfeccionar los órganos represivos guatemaltecos y a preparar a sus miembros con las últimas técnicas de tortura y represión. A la acelerada modernización del Ejército, la difusión de la Doctrina de Seguridad Nacional, el perfeccionamiento de los servicios de inteligencia militar y el incremento de la ayuda militar norteamericana, dio paso un modelo contrainsurgente basado en el terror. Todo ese tinglado de abusos y violación de la democracia se beatificó con leyes como la llamada Ley de Defensa de las Instituciones Democráticas, el decreto 9, de abierto carácter antidemocrático.

En marzo de 1966, se decidió el traspaso del Gobierno al abogado Julio César Méndez Montenegro. Para evidenciar que este cambio era sólo de forma y que la represión continuaría, fueron capturados y desaparecidos 28 dirigentes políticos y populares. Luego se esclareció que habían sido capturados por órdenes del entonces ministro de la defensa, el coronel Rafael Arriaga Bosque. Sus cuerpos jamás aparecieron, pues fueron salvajemente torturados y arrojados al mar desde aviones de la Fuerza Aérea. Con la desaparición de los 28 se daba paso a una práctica que se haría común en Latinoamérica.

La complicidad norteamericana quedó esclarecida cuando se comprobó que asesores yanquis participaron en los interrogatorios.

En ese mismo año aparecieron los “escuadrones de la muerte”, alcanzando la alarmante cifra de 15 grupos de este tipo creados en

un solo año. Luego aparecerían otras 20 organizaciones paramilitares para ejecutar los crímenes contra los opositores al Gobierno. Los crímenes cometidos entre 1966 y 1970 provocaron más de 3.000 víctimas.

El modelo represivo ensayado en Guatemala, apoyado en la asociación entre políticos, empresarios y militares, se extendió a la década de los 70. El dominio del Ejército sobre la vida pública, manejando todos los hilos del poder, limitó al mínimo la participación de los partidos de derecha.

Los Gobiernos militares que sucedieron, Méndez Montenegro, el del coronel Carlos Manuel Arana Osorio (1970-1974) y del general Kjell Eugenio Laugerud García (1974-1978), mantuvieron una brutal represión: el abogado Julio Camey Herrera fue ametrallado el 26 de noviembre de 1970. Dos meses después fue ultimado el diputado Adolfo Mijangos López.

La persecución de los comunistas provocó la captura y muerte, el 26 de septiembre de 1972, de seis miembros del Buró Político del PGT y una trabajadora doméstica que se encontraba en el lugar. Luego, en 1974, resultó vilmente asesinado el secretario general del PGT, Huberto Alvarado, y, posteriormente, en 1976, otro destacado líder comunista: Bernardo Alvarado Monzón.

La represión selectiva recurrió al aumento del número de escuadrones de la muerte, a los que se incorporan el Ojo por Ojo y la Organización CERO. Fue precisamente Ojo por Ojo la ejecutora del ex diputado del PGT César Montenegro Paniagua, en abril de 1970.

Otro caso de asesinato selectivo fue el perpetrado el 8 de junio de 1977 contra el abogado laborista Mario López Larrave, ex decano de la Facultad de Derecho y miembro del Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos (USAC). Por esa misma razón, el 30 de junio de 1978, día en que finalizaba del Gobierno de Kjell Eugenio Laugerud, resultó muerto el sacerdote Hermógenes López Coarchita, párroco de San José Pinula.

Los campesinos también sufrieron una feroz represión en la década de los 70. Prueba de ello fue el ataque contra una manifestación campesina en Panzós, Alta Verapaz, en mayo de 1978, siendo asesinados 53 campesinos de la etnia ketchí y más de 40 resultaron

heridos. Otro golpe contra el campesinado resultó el asesinato de Tereso de Jesús Oliva, secretario general del Movimiento Campesino Independiente, el 20 de enero de 1971. En el departamento de El Quiché fueron asesinados, entre febrero de 1976 y noviembre de 1977, 68 líderes de cooperativas del Ixcán, cerca de 40 en Chajul, 28 más en Cotzal y 32 en Nebaj.

Los trabajadores de la ciudad también sufrieron en carne propia el asesinato de sus dirigentes. Así sucedió con Vicente Mérida Mendoza y César Enrique Morataya, líderes de los trabajadores en la Empresa Autobuses Alianza Capitalina y Compañía Industrial del Atlántico S.A. (Cidasa), respectivamente, en 1972.

La represión selectiva también cobró la vida de Mario Mujía Córdoba, principal asesor de los mineros de Ixtahuacán, el 20 de julio de 1978.

En los últimos años de la década de los 70 fueron ultimados sin piedad doce dirigentes sindicales y trabajadores, entre los que se hallaban tres secretarios generales: Pedro Quevedo y Quevedo, Manuel Francisco López Balam y Marlon Rodolfo Mendizábal.

Los Gobiernos de los generales Romeo Lucas García y Efraín Ríos Montt representaron un aumento en la escalada terrorista contra el pueblo guatemalteco. Su estrategia contrainsurgente se encaminó a destruir al movimiento social, tanto en las ciudades como en el campo, implementando una estrategia de tierra arrasada. Cientos de aldeas fueron quemadas y sus moradores asesinados y perseguidos, provocando el desplazamiento masivo de la población. Fue la época de las patrullas de autodefensa civil (PAC), empleadas como soporte de los militares para controlar aún más a la población y evitar su apoyo a la insurgencia.

El Gobierno del general Humberto Mejía Vítores (1983-85) dio continuidad a tal modelo represivo.

En los años 80 fueron asesinados centenares de jueces y abogados, supeditando al poder judicial mediante el terror.

Las protestas de octubre de 1978, por el aumento del pasaje del transporte público, fueron reprimidos salvajemente en la capital, provocando la muerte de 40 personas, 300 heridos y más de 1.500 detenidos.

Uno de los destacados líderes estudiantiles, Oliverio Castañeda de León, secretario general de la Asociación de Estudiantes Universitarios, fue asesinado ese mismo mes. No sería el único: a partir de 1977, más de 100 estudiantes y profesores de la USAC fueron asesinados por militares y escuadrones de la muerte.

El Frente Unido de la Revolución (FUR) padeció la muerte de su líder, Manuel Colom Argueta y, entre 1978 y 1981, otros 19 dirigentes de esa organización fueron ultimados por escuadrones de la muerte.

Tal vez el hecho que causó mayor repercusión internacional lo fue la masacre de la embajada de España, ocurrida el 31 de enero de 1980, cuando fue incendiada la misma por fuerzas militares, muriendo 37 de sus ocupantes. El único sobreviviente de los campesinos fue asesinado luego de ser secuestrado del hospital en que se encontraba convaleciente.

El 1º de mayo de 1980 fueron secuestrados 32 participantes de las protestas de ese día y luego aparecieron los cadáveres de 28 de ellos.

La sucesión de Gobiernos, como el de Vinicio Cerezo, Arévalo, Serrano Elías (1991-1993), Ramiro De León Carpio (1993-1995) y Álvaro Arzú Irigoyen, no terminaron con la represión. Guatemala ha sufrido, por tanto, dolorosas páginas de horror, implementadas por los militares y sus cómplices en Washington. Este cuadro de terror provocó la muerte de 45 mil guatemaltecos y la desaparición de cerca de 150 mil.

Cabe destacar que Luis Posada Carriles fue asesor del presidente Vinicio Cerezo y estableció fuertes lazos de compromiso con los militares guatemaltecos, tal como lo haría en Honduras y El Salvador.

¿Qué papel desempeñó Posada Carriles en esta maquinaria de muerte internacionalizada por la CIA norteamericana en América Latina?

Posada Carriles arribó a Venezuela a fines de 1966 y comenzó a laborar por instrucciones de la CIA en una Sección de Inteligencia y Servicios Especiales del Minrex de Venezuela. Un breve tiempo después, por instrucciones de la CIA, se trasladó a la Digepol fun-

giendo como asesor. Cuando después ésta se convierte en la Disip, continuó sus labores en la misma hasta 1974.

Desde su privilegiada posición dentro del Gobierno venezolano, Posada Carriles contribuyó, como analizaremos más adelante, al desarrollo del Plan Cóndor y al mantenimiento de la guerra sucia contra Cuba. Sus socios de correrías, entrenados por la CIA, estaban ya distribuidos por todo el continente, asociados a represores nacionales, y contando con desmedidos recursos y sofisticado equipamiento. Fueron los enviados de la CIA y del Gobierno norteamericano para detener el auge revolucionario en nuestro continente. Y cumplieron su papel con creces, sin remordimientos y complejos de tipo alguno. Eran los cachorros de la CIA y los hijos preferidos del Cóndor.



## **El capítulo venezolano de un terrorista**

## EL CAPÍTULO VENEZOLANO DE UN TERRORISTA

**D**urante las décadas de los años 60 y 70, la CIA mantuvo como principal prioridad el asesinato político dirigido contra personalidades de la izquierda latinoamericana y, particularmente, contra la persona de Fidel Castro. En las súper secretas e infranqueables oficinas de Langley, siempre existía un hervidero cada vez que llegaba la información de un posible viaje del líder cubano al exterior o cuando algunos de sus acólitos, deseoso de protagonismo, ofrecía una solución magnicida al problema cubano. Baste decir, que en ese tiempo se intentaron realizar cerca de 143 atentados contra Fidel, tanto en Cuba como en el exterior.

Uno de los jefes de Luis Posada Carriles en la CIA, David Atlee Phillips, abochornado por los innumerables fracasos, planificó un nuevo atentado contra Fidel, a realizarse en octubre de 1968, mientras éste asistiera al acto por el Centenario de las Guerras de Independencia, el 10 de ese mes, en Manzanillo, antigua provincia de Oriente. Dicho plan, elaborado por el propio Atlee Phillips, contemplaba la infiltración de un grupo de terroristas por la Base Naval de Guantánamo. Todo lo tuvo en cuenta el obcecado oficial de la CIA, menos las contingencias ocasionales.

Es en este período que Luis Posada Carriles, autonombado como “el Comisario Basilio”, desempeñó tareas represivas y de asesoramiento en torturas a sus *partners* venezolanos. La bella ciudad caraqueña le vio deambulando con sus frecuentes huéspedes provenientes de la Florida. Otras veces, acompañado de esbirros y torturadores, recorrió los barrios de Caracas, en persecución de revolucionarios y gente progresista. Muchas denuncias obran hoy en manos del actual Gobierno de Venezuela sobre la participación de Posada Carriles en el asesinato y caza de luchadores de esa nación

durante ese período, entre ellos Pancho Alegría, Noel Rodríguez, Ramón Antonio Álvarez, Rafael Botini Marín y muchos más.

Nunca actuó solo en sus correrías, pues para gente como él es necesario tener compañía para que se le aplauda y reconozca. Por ello, ni lerdo ni perezoso, se codeó con un grupo de sus amigos de Miami, enviados unos por la CIA y otros seleccionados por él, y otros nacidos en Venezuela como Ricardo Morales Navarrete, Nelsy Ignacio Castro Matos, Joaquín Chaffardet, Orlando García Vázquez, Rafael Rivas y Hermes Rojas. Este último lo acompañó luego a El Salvador, donde se convirtió en uno de sus colaboradores más cercanos durante el Gobierno de Napoleón Duarte.

Acostumbrado a sobresalir por cualquier medio, alcanzó un papel prominente dentro de la Disip, que le permitió realizar labores de apoyo dentro del Plan Cóndor, llevando a cabo una fuerte persecución de revolucionarios de otros países exiliados en Venezuela y continuar participando en los planes terroristas contra Cuba. Es interesante destacar que diversas fuentes señalaron a Posada en ese momento como uno de los abastecedores de armas del crimen organizado en Estados Unidos, particularmente de la familia de Santos Trafficante, así como estuvo vinculado también al traslado de cocaína colombiana hacia EEUU a través de Venezuela. Estas actividades delictivas las realizó con pleno conocimiento de sus jefes de la CIA y de la Disip.

Grande fue la sorpresa de Posada Carriles y de sus jefes en la Agencia cuando una de las avionetas operadas por la CIA, dentro del marco de la Operación 40, se precipitó a tierra en 1970, cargada de heroína y coca, lo que destapó a la luz pública los vínculos de estos operativos de la agencia, dentro de los que se encontraba Posada Carriles y los hermanos Novo Sampoll, con el narcotráfico. Posada, a pesar de la sorpresa, no se inmutó por el inesperado hecho: sabía que su puesto en la Disip estaba bendecido por la CIA y por el Gobierno venezolano en ese entonces.

Incansable en su enfebrecida obsesión por asesinar a Fidel Castro, Posada Carriles preparó cuatro planes de atentado contra Fidel Castro en 1971, a raíz de su visita a Chile, invitado por el Gobierno de la Unidad Popular. Con él, se encontraron involucrados, en una complicada madeja de opciones criminales, David Atlee Phillips y Antonio Veciana. El primero de estos planes se realizaría en los momentos en que Fidel se asomara a un balcón del Palacio de La Moneda. Un francotirador

dispararía un fusil de mira telescópica desde un habitación del hotel Carreras Hilton, aledaño a la casa presidencial.

De fallar el primero, el segundo atentado tendría lugar en el momento en que Fidel ofreciera una conferencia de prensa y dos contrarrevolucionarios de origen cubano, Marcos Rodríguez y Diego Medina, acreditados legalmente como periodistas de la cadena de televisión "Venevisión", de Venezuela, dispararían dos armas de fuego ocultas entre sus cámaras de televisión. El general de los carabineros chilenos José María Sepúlveda, implicado también en el plan de la CIA, sería quien facilitaría a los asesinos el acceso al lugar.

Los otros dos atentados contra Fidel en esa ocasión se trataron de realizar en Lima, Perú, y en Quito, Ecuador, durante el periplo de regreso del gobernante cubano. En el primer caso, el plan contemplaba el lanzamiento de explosivos desde la terraza del aeropuerto por parte de tres contrarrevolucionarios, entre los que se encontraban Eusebio Ojeda, ex capitán del Segundo Frente Nacional del Escambray.

El otro plan, a realizarse en Ecuador, preveía el empleo de un fusil de mira telescópica para asesinar a Fidel, disparándole desde un avión parqueado en una zona aledaña al suyo, perteneciente a los hermanos Guillermo y Roberto Verdaguer. El propio Luis Posada Carriles, en unión de Osiel González, dispararía contra el mandatario. Todos fracasaron por diversos motivos, fundamentalmente por el miedo de sus ejecutores a perder la vida en el intento.

Estas cuatro operaciones fueron inicialmente preparadas en una reunión realizada en una casa de seguridad de la CIA, en Miami, en la que participaron, entre otros, David Atlee Phillips, Luis Posada Carriles, Antonio Veciana, Frank Sturgis, Joaquín Sanjenis, Ricardo Morales Navarrete y Orlando Bosch Ávila.

Unos días antes de la visita de Fidel a Chile, se reunieron en Caracas varios de los anteriormente mencionados, a los que se sumó Gerry Hemmings, para ultimar los detalles del macabro plan. No cabe duda de que Posada Carriles supo hacer uso adecuado de su cargo dentro de la Disip y de su posición privilegiada en Venezuela, para hacer de este país una base segura de operaciones contra Cuba.

Salió de la Disip venezolana en 1974, un poco cansado de su relativa dependencia, y creó la Agencia de Investigaciones Industriales y

Comerciales, pantalla de una estación operacional de la CIA, dirigida a implementar los asesinatos, secuestros y desapariciones de revolucionarios latinoamericanos acordados dentro de la Operación Cóndor. Otra vez se sintió directamente apoyado por sus jefes de la Agencia y estuvo dispuesto a mejorar su imagen dentro de ella.

El paso de Posada Carriles a la AIIC no fue un hecho aislado ni fruto exclusivo de su voluntad personal. Ese año 1975 fue el punto de partida de la internacionalización del terror contra la Revolución Cubana y era necesario disponer de una pantalla operativa que les permitiera moverse con impunidad. Los lazos establecidos por Posada con la Disip y el Gobierno venezolano asegurarían protección e impunidad. Mientras tanto, su socios de correrías se mantenían cumplimentando las operaciones previstas por la Operación Cóndor. Prueba de ello lo representa el capítulo borinqueño del terrorismo contra simpatizantes hacia la Isla y otras personas progresistas de Puerto Rico.

El 25 de abril de 1975 se realizó en San Juan una reunión de contrarrevolucionarios de origen cubano para preparar una escalada de atentados contra dirigentes del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP) y personas solidarias con Cuba. En ella se encontraban, alborozados y ávidos de sangre, Frank Castro, Reynol Rodríguez y otros. Una de las primeras acciones previstas por ellos fue un intento de asesinato contra el dirigente independentista Juan Mari Bras, en noviembre de ese año, cuando éste era candidato a la Gobernación de Puerto Rico para las elecciones de 1976. Unos meses después, en marzo de 1976, asesinaron impunemente al hijo del líder progresista puertorriqueño, Santiago “Chagui” Mari Pesquera. Aunque Henry Coira Story, asesino confeso del joven, fue condenado a 10 años de prisión, sus jefes del Frente Nacional de Liberación de Cuba (FLNC), adscrito al CORU, quedaron impunes. Nunca se molestó a Reynol Rodríguez por estos hechos y supo que la impunidad tenía brazos demasiados largos para protegerle.

En un documento desclasificado por el FBI, fechado en enero de 1978, se explica que las supuestas organizaciones terroristas denominadas indistintamente como Cóndor, Comando Pedro Luis Boitel, el FLNC y Comando Cero, fueron diversas fachadas empleadas por la CORU, con el doble propósito de confundir y de magnificar su rol dentro de la contrarrevolución cubana.

Uno de los integrantes de la CORU, Frank Castro, fundador de la misma junto a Posada Carriles, Orlando Bosch y otros, el 11 de junio de 1976, en Bonaó, República Dominicana, continuó viviendo en República Dominicana donde ha participado en actividades terroristas a lo largo de estos años, por ejemplo, en uno de los intentos de atentado contra Fidel en ese país en 1998.

Otro de los crímenes de esta mafia anticubana en Puerto Rico fue el asesinato del joven Carlos Muñiz Varela, en abril de 1979, cuya única culpa era reencontrarse con la patria. En este abominable hecho, cometido a mansalva, participó un grupo de criminales autodenominado “Los Amigos de la Democracia”, integrado por los ya fallecidos Julio Labatut Escarra, Waldo Pimental Amesto y José “Pepe” Canosa Rodríguez, así como Reynol Rodríguez González, José Dionisio Suárez Esquivel y Pedro Crispín Remón Rodríguez. Uno de estos tres últimos fue el ejecutor material del asesinato del joven integrante de la Brigada Antonio Maceo.

Con independencia de que el FBI en San Juan tuvo conocimiento con anterioridad sobre estos hechos, tal como lo corrobora la información de una de sus fuentes contenida en FBI - 105-22478, que recoge e identifica a Frank Castro y Reynol Rodríguez como involucrados en planes de asesinato contra la familia Bras, nunca se tomó medida cautelar alguna contra los futuros comisores de estos delitos. La tolerancia de esta agencia federal norteamericana llegó al extremo de que, habiendo también dispuesto de informaciones sobre la existencia de un abundante arsenal de armas en manos de Frank Castro y Reynol Rodríguez, tampoco hizo nada al respecto.

Posada fundó el CORU, es decir, la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias Unidas, junto a Orlando Bosch, Frank Castro, Roberto Carballo, Guillermo Novo Sampoll y otros, en junio de 1976. Reunidos en República Dominicana, pusieron en claro sus pretensiones de internacionalizar el terror no sólo contra objetivos cubanos dentro y fuera de la Isla, sino contra personalidades de la izquierda latinoamericana. La montañas de Bonaó fueron testigos exclusivos de esta conspiración. Allí planearon barbaridades tales como el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffit, y el crimen de Barbados contra una aeronave cubana. No hubo preocupación por las víctimas en sus sádicos acuerdos y confabulaciones, sólo un macabro regocijo por el daño a propinar.

Para bochorno de sus promotores, todos estos integrantes del CORU fueron bendecidos por sus crímenes. Jamás pagaron enteramente sus culpas. Luis Posada Carriles, luego de ser detenido en Venezuela, logró escapar con la ayuda de la CIA y de la FNCA. El propio Jorge Mas Canosa desembolsó 26.000 dólares para propiciar su fuga. Por su parte, Dionisio Suárez y Virgilio Paz escaparon de la justicia norteamericana por su participación en el asesinato de Letelier y Ronni Moffit, ocurrido el 21 de septiembre de 1976 en la céntrica Massachusetts Avenue, en Washington. Capturados años después, fueron indultados por George W. Bush en 2001, saliendo de su centro de detención con total impunidad. Otro de ellos, el propio Orlando Bosch Ávila, fue liberado en 1988, cuando el entonces embajador norteamericano en Caracas, Otto Reich, presionó al Gobierno venezolano, bajo la bendición de George Bush padre, entonces Presidente de Estados Unidos.

El caso de Otto Reich es una muestra evidente de cómo las autoridades norteamericanas, dentro del Departamento de Estado, han ayudado a los terroristas de origen cubano en reiteradas oportunidades.

Nacido el 16 de octubre como resultado de la unión de un austriaco y de una cubana, emigró junto a su familia a Estados Unidos en 1960. A los 21 años se graduó como licenciado en Estudios Internacionales de la Universidad de Chapel Hill, en North Carolina. En 1967 se enlistó en las fuerzas aerotransportadas del Army de Estados Unidos, permaneciendo dos años en el Canal de Panamá. En 1969, ya desmovilizado, pasó a trabajar como asistente legislativo en la Cámara de Representantes del Congreso norteamericano. Cuatro años después, obtuvo la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Georgetown.

Entre 1976 y 1981, laboró como director de Operaciones del Consejo para las Américas y, posteriormente, dentro de la Usaid, conocida institución al servicio de la CIA. En 1983, fue nombrado consejero especial para la Diplomacia Pública, subordinado directamente al secretario de Estado de EEUU. Para ese entonces estuvo vinculado a varias operaciones de la CIA, entre ellas las actividades destapadas en el escándalo Irán-Contras. El día 15 de julio de 1987, fue citado a declarar sobre este suceso ante el Comité Selecto del Senado norteamericano. Sin embargo, como premio a su vinculación a los sectores de ultraderecha de EEUU, fue nombrado embajador de ese país en Venezuela entre 1986 y 1989, ocasión en que gestiona la liberación de Orlando Bosch.

Entre 1991 y 1992, ocupó el cargo de representante alterno de Estados Unidos ante la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra. Ése fue su teatro idóneo para atacar a Cuba. No contento con ponerse al servicio de la ultraderecha norteamericana desde sus posiciones diplomáticas, en 1995 ayudó a elaborar la criminal Ley Helms-Burton.

Luego de permanecer como consultor privado durante algunos años, fue propuesto por George W. Bush, el 26 de octubre de 2001, como subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, ocasión en que el Congreso rechaza dicha propuesta debido a los oscuros antecedentes de este personaje. Impedido de colocarlo en este puesto, aunque logró hacerlo brevemente en 2002, mientras esta institución se encontraba en receso. No le quedó más remedio que nombrarlo como enviado especial para Iniciativas en el Hemisferio Occidental, subordinado directamente a la secretaria de Estado Condoleezza Rice, el 8 de enero de 2003.

Ha sido uno de los promotores del ALCA y de la Iniciativa para una Nueva Cuba.

Apenas dos meses después de la fundación de la CORU y unas semanas antes de que se llevara a cabo el atroz atentado contra un avión de Cubana de Aviación en Barbados, Orlando Bosch llegó a Caracas, luego de efectuar un amplio periplo por Chile, República Dominicana y Nicaragua. Esta visita estaba relacionada con la participación suya y de Posada Carriles en un atentado contra Fidel durante su visita a Angola, en septiembre de 1976. Dicho plan fue neutralizado por la Seguridad cubana en la fase de preparación. Otra vez se quedarían con las ganas, confusos y frustrados.

Está comprobado que desde la Agencia de Investigaciones Industriales y Comerciales, ubicada en la avenida Libertador, piso 7 del Edificio Majestic, en Caracas, se planificaron, como ya señalamos, tanto el asesinato de Orlando Letelier como varios atentados contra aeronaves cubanas y otros objetivos de la Isla en el exterior. Prueba de ello fue la participación de sus futuros cómplices en la voladura de un DC-8 de Cubana de Aviación, en octubre de 1976, Freddy Lugo y Hernán Ricardo, unos meses antes de este hecho, en tres atentados contra representaciones e intereses cubanos en Panamá. Posada Carriles los reclutó a ambos y les ofreció pingües ganancias por su participación.

Uno de los atentados encomendados por Luis Posada Carriles a Hernán Ricardo Lozano y a otro de sus cómplices, nombrado Oleg Guetón Rodríguez de la Sierra Tetriakoff, se realizó entre los días 16 y 18 de agosto de 1976 y consistió en la colocación de dos bombas en Panamá: una en las oficinas de de la aerolínea Cubana de Aviación en el aeropuerto de Tocumen y otra en las oficinas de la propia línea aérea en Ciudad Panamá.

Antonio Veciana Blanch, socio de Posada Carriles en los frustrados atentados contra Fidel en 1971, preparó un nuevo atentado contra éste en octubre de 1979, en unión del jefe de Alpha 66, Andrés Nazario Sargent. El plan magnicida consistía en lanzar una pelota de softball, que escondía una bomba de contacto, contra el auto del dignatario cubano que asistió 34<sup>vo</sup> Período de Sesiones de la ONU. Fue éste uno de los pocos planes contra Fidel neutralizado por el FBI.

La voladura de una aeronave de Cubana de Aviación, el 6 de octubre de 1976, constituyó una de las más abominables acciones terroristas contra Cuba. En este hecho perecieron 73 personas, entre ellos 54 ciudadanos de origen cubano. Sus ejecutores fueron Freddy Lugo y Hernán Ricardo, asociados a Posada y a Bosch en acciones terroristas anteriores.

Al día siguiente, 7 de octubre, fue detenido Luis Posada Carriles en compañía de su eterno socio de correrías Orlando Bosch Ávila. El registro realizado por la policía puso al descubierto que en sus oficinas de la Agencia de Investigaciones Industriales y Comerciales se habían planificado otros hechos terroristas como el asesinato del ex canciller chileno Orlando Letelier.

La prisión le atormentaba y fraguó incontables planes de fuga, buscando cómplices y reclamando a Miami dinero para sobornar a sus carceleros. El 8 de agosto de 1982, Posada Carriles logró fugarse de su prisión y tuvo éxito en introducirse en la embajada chilena en Venezuela. Sin embargo, fue recapturado y devuelto a prisión. Dos años después, el 4 de noviembre de 1984, fracasó nuevamente en otro intento de fuga.

Todo parecía indicar en ese entonces que la suerte de Luis Posada Carriles estaba echada y tendría que pagar por los crímenes cometidos. Sin embargo, la mano tenebrosa de sus cómplices fraguaba entre telones su fuga definitiva.



## BREVE ANTIHISTORIA DE UN TERRORISTA

Orlando Bosch Ávila nació el 18 de agosto de 1926, fruto de la unión de Miguel Ángel Bosch y Rosa Ávila, en la antigua provincia de Las Villas. Nunca imaginaron sus padres que el pequeño Orlandito se convertiría, a lo largo de los años, en un desalmado terrorista, cuyo odio acérrimo a su patria lo llevó a enlutar decenas de hogares cubanos. Marcaron su carácter un profundo afán de protagonismo y tendencias al egocentrismo. Mitómano empedernido, Bosch Ávila siempre mostró una baja estima hacia el dolor ajeno y un odio acérrimo hacia la Revolución Cubana.

Comenzó a conspirar contra el proceso revolucionario a partir de 1959, luego de una pálida participación en la lucha contra Batista, a consecuencia de no encontrar espacios idóneos que satisficieran sus ansias de poder personal. En unión de un grupo de contrarrevolucionarios y traidores al proceso, entre los que se encontraban Rolando Pérez de Alejo, Julián Hernández, Jesús Jaramillo y otros, conspiró y planificó actos de muerte, urdió sabotajes y peligrosas conspiraciones. Laboraba por ese entonces en los laboratorios Koster de la ciudad de Santa Clara.

Incorporado brevemente a la lucha de los bandidos en la zona del Escambray, logró viajar a Miami con el fin de recaudar fondos para la sedición contrarrevolucionaria en las montañas cubanas. Ya en La Florida, olvidó sus propósitos y no regresó. Estaba claro que su personalidad, ajena al riesgo innecesario, lo compulsaba a consumir sus crímenes desde la distancia y sintiéndose protegido por ésta.

El 31 de agosto de 1960, fue nombrado como representante del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR) en Miami. Un tiempo después, en 1961, se dedicó a organizar varias infiltraciones para apoyar la actividad contrarrevolucionaria en la Isla, aunque en realidad sólo una

de ellas logró arribar a Cuba, para ser capturada por las fuerzas revolucionarias. En esta infiltración llevada a cabo por Playa Herradura, en la costa norte de Pinar del Río, participaron seis terroristas encabezados por Marciano Bello Martínez, y estaba integrada por Gilberto Betancourt, Eligio Surí, Francisco García Guadarrama y el norteamericano August Kelly Mc Nair, quien fungía como radiotelegrafista del team de infiltración.

Varias fueron las acciones terroristas que dirigió Orlando Bosch contra Cuba y que fueron fruto de su obcecado odio hacia la patria. Entre ellas se pueden citar:

**30 de julio de 1963.** Se inician las acciones marítimas del MRR contra la Isla.

**15 de agosto de 1963.** Ataque contra una central azucarera en Morón, provincia de Camagüey.

**16 de agosto de 1963.** Ataque contra la refinería Níco López.

**9 de septiembre de 1963.** Ataque contra la central Jaronú.

**16 de junio de 1964.** Bombardeo de la central Marcelo Salado, en Villa Clara, por parte del MRR. Fue derribado.

**17 de enero de 1965.** Lanzamiento de napalm y fósforo vivo sobre la central Niágara, en Pinar del Río, y sus cañaverales por parte de un avión del MRR.

Orlando Bosch fue encausado por las autoridades norteamericanas en junio de 1965, fue detenido en Tampa junto a José Díaz Morejón, Marcos Rodríguez Ramos y Gervelio Gutiérrez, así como los norteamericanos William J. Johnson y Frank Bafferty, acusados de violar la Ley de Neutralidad. Les fueron decomisadas 18 bombas, dos ametralladoras calibre 50, 32 ametralladoras de 45 y 9 mm, más de 200 granadas y 300 libras de C-4.

Su participación en actividades terroristas continuó de manera desfachatada, negándose a pagar la fianza impuesta por la justicia norteamericana y alardeando en el tribunal que continuaría las agresiones contra Cuba. Guapetón e insolente, no sería la primera vez que mostraba irrespeto y desprecio por sus amos.

Para burlar los controles del FBI, Bosch cambió el nombre de su organización a Poder Cubano en 1968. El largo sumario de acciones

terroristas realizadas por Bosch ascendió a 78, cometidas muchas dentro de Estados Unidos y contra objetivos de terceros países, entre las que se destacaron:

**8 de enero de 1968.** Envío de una bomba a Cuba que explotó en los almacenes del Ministerio de Comunicaciones de la República de Cuba.

**21 de enero de 1968.** Atentado con explosivos contra un avión B-25 en el Aeropuerto de Internacional Miami.

**8 de febrero de 1968.** Colocación de una bomba en la residencia del cónsul inglés en Miami, Francis Pelly.

**1 de marzo de 1968.** Provocó un ataque contra el barco cubano 26 de Julio.

**30 de mayo de 1968.** Dinamitó el barco japonés Asaka Maru, en Tampa, Florida.

**11 de julio de 1968.** Atacó al barco japonés Mikagesan, en Texas.

**1 al 30 de julio de 1968.** Ataques dinamiteros contra el barco inglés Lancastrian Prince, Morton Textil Company, de Montreal, Canadá, así como el barco cubano Río Damují.

**3 de agosto de 1968.** Atentado dinamitero en el puerto de Miami contra el barco inglés Caribbean Venture.

**13 de septiembre de 1968.** Fue dinamitado el buque español Coromoto, en Puerto Rico.

**16 de septiembre de 1968.** Fue atacado el barco polaco Polianica por Orlando Bosch con un cañón de 57 mm., en la Isla Dodge, Estados Unidos.

Ante la peligrosidad de este terrorista, el Gobierno norteamericano se vio obligado a detenerlo el 10 de octubre de 1968, en unión de varios de sus cómplices. Fue sentenciado hasta 18 años de prisión, siendo liberado de forma irracional el 15 de diciembre de 1972, luego de haber cumplido dos años de prisión. Hoy se conoce que cambió nuevamente el nombre de su organización por Acción Cubana, aparentando dejar atrás su nefasta historia dentro del MRR y Poder Cubano. Fue, sin lugar a dudas, una burda mascarada.

El Gobierno norteamericano, cansado de tolerar la actividad terrorista de la contrarrevolución cubana en y desde su territorio, realizó un solapado arreglo con Bosch y sus cómplices de liberarlos con la condición de que operaran en el exterior. De esta forma, se trataba de “proteger” la Ley de Neutralidad.

Orlando Bosch Ávila escapó de los Estados Unidos y se trasladó a Chile en junio de 1974. En este país, donde imperaba el Gobierno militar de Pinochet, luego de derrocar el Gobierno legítimo de Salvador Allende mediante un golpe de Estado, se asoció a los servicios de inteligencia chilenos para ayudar a la represión contra el movimiento revolucionario de ese país a cambio de apoyo material y otras facilidades para desarrollar su campaña de internacionalización del terror. Dios los hace y el diablo los junta, se podía expresar al conocer estos vínculos.

En julio de 1974, viajó a República Dominicana, donde obtuvo fraudulentamente un apócrifo pasaporte diplomático dominicano a nombre de Pedro Antonio Peña. Utilizando dicho documento viajó a Caracas el 18 de julio de 1974 para encontrarse con Luis Posada Carriles. Bosch estaba seguro de que allí estaría a salvo y podría dar rienda suelta a su desenfreno terrorista.

Irrespetuoso con la autoridad y con un bajo nivel de aceptación de la fidelidad, Orlando Bosch transgredió las normas impuestas por sus socios dentro de la Disip y el Gobierno de Venezuela, así como los compromisos establecidos con la CIA, colocando una bomba en la Embajada panameña en Caracas, el 11 de septiembre de 1974. Fue su manera original de celebrar sus simpatías con la dictadura chilena. Días después, el 31 de octubre de ese mismo año, colocó una bomba en el Instituto Venezolano Cubano de Amistad.

En diciembre de 1974, se reunió, en Curazao, con Guillermo Novo Sampoll y José Dionisio Suárez Esquivel, acordando integrarse a actividades en apoyo a la DINA chilena. El día 5 de diciembre llegaron los tres a Santiago de Chile. Unos días después, Bosch Ávila se trasladó a la República Argentina, donde estableció contactos con representantes de los servicios de inteligencia del Gobierno y de la organización ultraderechista conocida como la Triple A.

La estancia de Bosch en la Argentina le permitió ensayar sus habilidades como terrorista, realizando diversos crímenes contra personalidades de izquierda en ese país. No hay uno de los atentados realizados en ese período en Buenos Aires en que no haya estado presente, de alguna forma, la mano de Bosch. Por ejemplo, hizo explotar una bomba en la Embajada de México, en Buenos Aires, el 9 de diciembre de 1975.

Recibiendo instrucciones de sus socios de la DINA chilena, Bosch se trasladó a Costa Rica el 30 de diciembre de 1975, para asesinar a los revolucionarios Pascal Allende y Mary Ann Beausire, integrantes del MIR, residentes en San José. Previamente, había hecho tránsito en El Salvador para ultimar detalles sobre el asesinato con Gaspar Jiménez Escobedo.

Si grande fue su sorpresa cuando fue detenido por las autoridades ticas quienes le decomisaron el apócrifo pasaporte diplomático que empleó durante este tiempo, no menor sería su sorpresa al ser liberado días después y expulsado del país, dotándolo de un pasaporte legal costarricense a nombre Carlos Luis Paniagua Méndez. Otra vez la complicidad de la CIA volvió a realizar un milagro.

Luego de regresar a República Dominicana, fundó junto a varios terroristas de origen cubano la CORU, integrada por representantes de Omega 7, Brigada 2506, Movimiento Insurreccional Cubano, Alianza Cubana de Organizaciones Revolucionarias, los comandos Pedro Luis Boitel, el Movimiento La Estrella Solitaria de Ramón Saúl Sánchez Rizo y el Frente Revolucionario. Esto tuvo lugar en julio de 1976, en Banao.

En la mente de Orlando Bosch ya existe la idea de realizar una acción terrorista en gran escala desde hace algún tiempo y, particularmente, la voladura de un avión cubano en pleno vuelo. Antecedentes directos de este hecho son:

**30 de noviembre de 1975.** Bosch se responsabilizó con la colocación de dos bombas en un avión de Bahamas Air con destino a EEUU. Las mismas fueron detectadas oportunamente.

**9 de julio de 1976.** Una bomba estalló en una de las valijas que transportaría un vuelo de Cubana de Aviación desde Kingston, Jamaica, hacia La Habana.

**10 de julio de 1976.** Atentado contra la representación de la línea aérea Cubana de Aviación en Barbados.

Al fin, el sueño ansiado por él llegó: el 6 de octubre de 1976, explotó en pleno vuelo un DC-8 de Cubana de Aviación en Barbados. Su implicación en el hecho fue evidente, al ser capturado al día siguiente junto a Luis Posada Carriles.

Muchos años después, ya en Miami, Bosch no se cansa de ufanarse públicamente de sus crímenes, sobre todo el cometido contra el avión de Cubana de Aviación. El *Diario de las Américas*, de Miami, publicó un artículo suyo, el 28 de mayo de 2007, titulado: Los “pasajeros” del avión cubano de Barbados. Sin pudor declaró en el citado artículo:

En el año 1976, el presidente Carlos Andrés Pérez, por medio de su hombre de confianza y ministro consejero para Asuntos de Seguridad, en realidad jefe de la policía política venezolana, Disip, Orlando García Vázquez, a quien consideraba mi amigo, me invita en varias ocasiones a que fuese a Venezuela donde iba a ser recibido oficialmente por el mandatario para abordar temas que tenían que ver con la causa de la democratización de Cuba.

Luego continúa su macabro relato:

Viajé a Venezuela. Fui recibido en el Salón de Protocolos del aeropuerto por funcionarios de la DISIP, se me entregó una pistola y documentos que me acreditaban como oficial del cuerpo de inteligencia y me alojaron en un hotel en habitaciones que tenía reservadas esa institución. La fecha de la entrevista con el presidente Pérez fue fijada para el 10 de octubre, en el 108 aniversario de nuestro Grito de Yara. (...) Según la información que me facilitó Orlando García, en la nave viajaban 6 espías de Corea del Norte, 6 especialistas en entrenamiento subversivo de origen guyanés, cuyas fotos aparecieron en el Granma, 12 mujeres que dirigían en Cuba, comités de Defensa de la Revolución (chivatas) siendo la jefa de esa delegación la señora Edma Gutiérrez, tres importantes oficiales de la Seguridad del Estado de Cuba, entre ellos el

coronel Abelardo Ruiz, dos destacados líderes del comunismo cubano, uno de apellido Álvarez y el otro se llamaba Domingo Alzugaray. En Barbados, habían abordado el avión otros diez tripulantes de aviones que volaban a Angola para asuntos relacionados con la guerra.

Finalmente, para justificar su crimen, relataría:

También se encontraba Argelio del Toro, jefe de los comunistas del municipio de Regla y la persona a cargo de las aeromozas era la esposa de uno de los cuerpos de espionaje y subversión más importante del régimen, el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, ICAP y heridos y miembros del G-2 de la criminal guerra de Angola.

La abierta confesión de Bosch explica la descarada confabulación en el crimen de Barbados por parte del Gobierno venezolano, quien, presionado por las denuncias cubanas y de otros países, no tuvo más remedio que encarcelar a sus dos protegidos estelares: Luis Posada Carriles y Orlando Bosch Ávila el 7 de octubre de 1976.

Orlando García Vázquez, quien fuera uno de los que abrió las puertas a Bosch ante el Gobierno de Carlos Andrés Pérez, fue el jefe de la Disip y socio de Posada Carriles. Murió en Miami, el 24 de julio de 2005, sin avergonzarse de sus culpas. Era cubano por nacimiento, pero tenía ciudadanía venezolana.

Luego de permanecer en prisión durante algunos años, fue liberado el 7 de agosto de 1987 por una corte militar de Venezuela. El nombramiento de Otto Reich como embajador norteamericano en Caracas facilitó que este terrorista se viera obligado a permanecer en Venezuela en espera de la apelación de la Fiscalía y saliera del país a fines de 1987 con total impunidad.

Después vendría otra página escandalosa de la infamia. Después de intentar varias veces su admisión en los Estados Unidos, país del que había escapado en 1974, Bosch fue aceptado, e ingresó el 16 de febrero de 1988, pero con la condición de ser detenido por violación de la libertad bajo palabra en esa fecha. Detenido en Miami, hasta que

se aclarara su situación, se estableció por la Secretaría de Justicia que debía ser deportado por sus antecedentes terroristas. Esto ocurrió el 23 de junio de 1989.

El 9 de junio de 1990, Orlando Bosch Ávila fue liberado por la Secretaría de Justicia de Estados Unidos, dando un espaldarazo a su pasado criminal, estableciéndole varias condiciones que el terrorista reconoció como “ridículas” más adelante. La liberación de Bosch fue el resultado de las gestiones realizadas por los congresistas Ileana Ross Lehtinen y Lincoln Díaz Balart, el propio hijo del presidente, Jeff Bush, y otros grupos de poder de Miami.

Orlando Bosch Ávila fue perdonado por la justicia norteamericana, tratando de borrar de la memoria histórica el centenar de crímenes en los que ha participado, sin tener en cuenta que la sangre derramada por Bernardo Leighton y el general Carlos Prats todavía reclaman justicia.

Hoy vive en una cómoda casa en el 1777 SW 21 Avenue, en Miami, sin ser molestado. A pesar de sus 83 años de edad, continúa fraguando planes terroristas contra la Revolución Cubana. Recientemente fue visitado por su socio Luis Posada Carriles, liberado también con impunidad y complicidad por una corte norteamericana.

En su oficina del Partido Protagonista del Pueblo, situada en el 6850 Coral Way, en Miami, recuerda que la vida le ha sido provechosa: hizo todo el daño del mundo sin recibir castigo alguno.



## CUANDO UN PUEBLO ENÉRGICO Y VIRIL LLORA

Mucho sufrió el pueblo norteamericano aquel nefasto 11 de septiembre de 2001, es cierto, y con él el mundo entero. Sólo entonces se tomó plena conciencia del dañino y tenebroso flagelo del terrorismo, monstruo capaz de desarraigar de nosotros, al menos físicamente, a nuestros seres más queridos. Tenía que ocurrir ese ingrato holocausto, herir el corazón mismo de la gran metrópoli, para que dentro de ella se conociera el verdadero daño de la violencia irracional. El impacto recibido por las muertes del humilde hombre laborioso, por los oficinistas tempraneros y por quienes trataron de enfrentar el daño *in crescendo* con un hacha y una manguera hizo que el norteamericano simple comprendiera la necesidad de acabar con aquellos que hacen del terror un *modus vivendi*. Fue sin lugar a dudas un paso inicial, aunque todavía no se haya tomado plena conciencia de sus verdaderas causas y de quiénes son realmente sus verdaderos promotores.

A fuer de ser sincero, y respetando el luto legítimo de estas gentes, hay que reconocer que el terrorismo no sólo ha dañado al norteamericano sencillo, ni a los hogares de Washington y Nueva York. Cuba lo ha sufrido permanentemente en un martirologio indeseado y lacerante, y han sido pocos los que han levantado un dedo para condenarlo. Unas veces ha sido porque la desinformación mediática ha discriminado el dolor de nosotros y no ha habido un lamento general que reconozca nuestro sufrimiento. Otras veces porque se trata de escamotear la verdad de los acontecimientos haciendo que el sufrimiento se vea lejano e intrascendente. Es por ello que da mucha pena que sólo se lamente el mundo por unas víctimas y discrimine a las otras, que se reclame venganza y justicia para unos muertos y se

soslaye la pena de tantas familias cubanas que han sufrido de forma cotidiana permanente. Tal parece que la exclusividad del dolor le pertenece a unos pocos y el de los otros, los marginados por estrechos raseros ideológicos del poder mediático, es ignorado.

Para los cubanos no solamente ha habido un solo 11 de septiembre, muchos han sido los nefastos acontecimientos que los han hecho crispas los puños con rabia e indignación, sacando a flote su energía y virilidad. Los miles de muertos y heridos ocasionados por el terrorismo en la Isla, paradójicamente financiado o permitido por los Estados Unidos, han sido las víctimas en cada año, en cada mes, en cada día. Por eso es difícil para mí no dejar de solidarizarme con aquellos a los que septiembre les arrebató los sueños y la esperanza.

Cuando se recuerda, pues, a nuestros muertos, en el obligado entretimiento del que continúa viviendo a pesar del dolor, los vacíos crecen, las caricias se marchitan con el peso de la ausencia permanente y el tierno beso se disuelve en el recuerdo eterno de sus presencias. Nos duele en lo más hondo este presente de ausencias, de flores y sueños desgarrados, de ilusiones y promesas arrancadas, de suspiros y emociones que se marcharon con ellos. Sólo nos queda, entonces, continuar viviendo con el justo reclamo de la justicia que algún día llegará.

Quien se imagine que aquel 6 de octubre de 1976 solamente se dañó, cuando se hizo explotar un avión DC- 8 en pleno vuelo, a sus 73 ocupantes, 57 de ellos cubanos, 11 guyaneses y cinco norcoreanos, se equivoca. El daño afectó a centenares de cubanos, norcoreanos y guyaneses cuyos familiares sufrieron con impotencia las irreparables pérdidas. Muchas fueron las víctimas de este crimen y algunos viven hoy con las heridas sin restañar.

Carlos Alberto Cremata Malberti goza hoy del respeto y admiración por su labor con los niños del grupo “La Colmenita” y por ser un renombrado artista cubano. ¿Quién sabe si el amor a la dramaturgia y a la niñez no es acaso el resultado de esa dolorosa orfandad; de la nostalgia por el padre ausente y de la triste resignación de no poder verlo más? Su corazón de hombre le puso al dolor una inmensa ternura por escudo, aunque sabe que “ha tratado de desterrar el odio y buscar refugio en el trabajo con los niños, pero lamentablemente ese sentimiento sigue ahí”.

Carlos Alberto esperó en vano el regreso de su padre, uno de los tripulantes del fatídico vuelo CU 455 de Cubana de Aviación. Supo durante años del dolor callado y atormentado de su madre, Iraida, sin tener la oportunidad de compartir con su padre las inmensas páginas del amor que edifica. Él es, a qué negarlo, una víctima más del crimen de Barbados, uno de los tantos huérfanos que el terror le dejó a la patria.

La mano asesina de Hernán Ricardo y Freddy Lugo, así como el odio irracional de Posada Carriles y Orlando Bosch, también convirtieron a Xiomara Peláez González en otra de las víctimas del crimen de Barbados. La muerte le arrancó para siempre la sonrisa de su hermana Milagros, le privó de la compañía de su compañera de sueños y juegos infantiles, ya consumada esgrimista a los 19 años de edad. Convertida en madre tempranamente, apoyó a la inquieta y soñadora Milagros y, junto a sus hermanos Solángel, Noelia y Osvaldo, se regocijaron de sus triunfos. Ya Xiomara nunca pudo traer una medalla dorada al hogar. La casa de sus padres está vacía sin ella, se extrañan sus travesuras, y sienten no sólo el dolor de su ausencia, sino una legítima sed de justicia.

Josefina Ileana Alfonso fue otra niña que sufrió en carne propia por la mano asesina de los terroristas en Barbados. Todavía no se repone del golpe recibido. Un día, inexplicablemente para su edad en ese entonces, perdió la compañía de su padre, Demetrio, uno de los asesinados en el vuelo CU 455. Creció sin que su progenitor pudiera ver sus momentos más especiales en la vida de una mujer. Sólo unas viejas fotos le han acompañado en esa vida, para encontrar en ellas la mirada cariñosa y el aliciente imprescindible para combatir la tristeza y el dolor. El crimen atroz la empujó a la orfandad hiriente, haciéndola otra víctima del crimen de Barbados.

Belkis Bermúdez tampoco pudo ver la alegría retratada en el rostro de su padre, jefe de la delegación integrada por el Equipo Juvenil de Esgrima, por la honrosa cosecha de medallas lograda en Caracas por sus muchachos. De no haber sido asesinado, Belkis hubiera podido escuchar de sus labios todo el orgullo que era capaz de rebozar cuando hablaba de los triunfos cubanos. Sin embargo, la sala de su casa permaneció silenciosa, la alegría se trocó en dolor punzante y la nostalgia se apoderó de su corazón de niña. Su padre

no la pudo ver crecer, ni conoció a sus hijos. Ella ha sido otra de las víctimas de la mano asesina de Posada Carriles.

Una madre cubana, Martha Hernández, perdió a su hijo aquel triste 6 de octubre de 1976. Carlos Manuel, con apenas 20 años de edad, viajaba en la nave sabotada y regresaba a la patria con la alegría de reencontrarse con el regazo maternal, con la casa acogedora y los amigos entrañables de su barrio. La mano criminal le segó la vida y hundió a los suyos en el dolor y el luto. Le barrieron de golpe tanto sueño, que la justicia debiera sentirse abochornada por la impunidad de que gozan sus asesinos. Martha es y será otra víctima más del crimen de Barbados.

Camilo Rojo, mi hermano Camilo, también sufrió la pérdida dolorosa de un ser querido: su padre. Aún recuerdo su voz quebrada, denunciando el crimen y la dolorosa orfandad en el Encuentro contra el Terrorismo y ante el Tribunal Antiimperialista en Caracas. Aún recuerdo sus ansias de justicia, su reclamo terco e insistente para que las leyes de los hombres juzguen a las bestias que le arrebataron a él y a sus hermanos, Mario y Jesús, la compañía de su padre.

Camilo sufrió al progenitor ausente. Sus 5 años no pudieron explicar cómo, de repente, aquel repartidor de caricias y sonrisas se fue de su lado para no regresar. Para Camilo, es cierto, la vida nunca fue igual: no hubo un padre que lo esperara al salir de la escuela, que compartiera con él sus puros sueños de la adolescencia, que lo viera triunfar ante los retos de su existencia y que le acompañara en los momentos maravillosos que ocurren cuando uno se casa o le nacen los hijos.

Hoy aquellos aciagos hechos pueden examinarse, sin disipar del todo la indignación y el dolor: Cuando el vuelo CU 455 de Cubana de Aviación, que acababa de despegar del aeropuerto de Barbados, reportó una explosión, exactamente a las 13.45 horas del 6 de octubre de 1976, hace ya 29 años, no sólo se incorporaban 57 nuevas víctimas al martirologio de los cubanos, costo doloroso por su lucha para alcanzar un mundo mejor, sino se dejaba a decenas de niños sin padres, a esposas y esposos sumidos en una dolorosa viudez, y a hombres y mujeres cubanas sin la presencia amada de sus hijos. Todos ellos también fueron víctimas en el crimen de Barbados.

Me reconforta que, mientras Orlando Bosch vive en Estados Unidos vanagloriándose de sus crímenes y a Posada Carriles se le ampara desfachatadamente en ese país, los familiares de sus víctimas sigan luchando para que un día imperen la justicia y la razón. Mientras las voces de ellos no cesen; mientras se mantenga su reclamo, en el Encuentro contra el Terrorismo y en el Tribunal Antiimperialista, desde el Comité de Familiares de las Víctimas de Barbados, y mañana en cada foro de denuncia, nos habremos ganado el derecho de ver a nuestros mártires con orgullo.

Freddy Lugo, uno de los victimarios de los pasajeros del avión de Cubana de Aviación aquel aciago 6 de octubre de 1976, admitió en julio de 2007, aherrojado por los tristes recuerdos de su criminal acción y luego de purgar 17 de los 20 años de prisión a los que se le condenó, que fue “un peón en las maquinaciones de exilados cubanos”.

Nunca supo que el crimen se planificó tres meses antes, en una reunión celebrada por Posada Carriles y sus cómplices de fechorías en una casa del pequeño pueblo de Bonaio, en República Dominicana. De la misma manera no conoció que varios de los terroristas ya habían decidido de antemano el objetivo y el lugar de la acción violenta en las oficinas de la agencia de detectives de Luis Posada Carriles.

Hoy reconoce que fue Hernán Ricardo Lozano, quien laboraba en ese entonces en la agencia de Posada como fotógrafo, quien lo reclutó para cometer el crimen. Sabe que para ellos, independientemente de los 16.000 dólares con los que se premió a Ricardo y los 8.000 que él recibió, no hubo favorecimientos adicionales, mientras que Posada y Bosch fueron excarcelados por distintas componendas, a él le tocó purgar una larga condena.

Días antes del sabotaje contra el avión en Barbados y luego del asesinato de Orlando Letelier el 21 de septiembre de 1976, mientras se regodeaban entre ellos por el éxito inicial de sus propósitos, varias personas escucharon de boca de Luis Posada Carriles y de Orlando Bosch sus planes de atentado contra una aeronave cubana en pleno vuelo. En una cena llevada a cabo en Caracas por esos días, celebrada en la casa del contrarrevolucionario cubano Hildo Folgar, donde se encontraban además de Posada y Bosch, Orlando García, Ricardo

Morales Navarrete y otras personas, entre tragos y carcajadas, hicieron el anuncio de su próximo crimen. Ni uno solo de los asistentes se sonrojó. Alguno de los presentes, vinculado a la CIA, informó a sus oficiales, pero la Agencia se cruzó de brazos en una cómplice aceptación de los hechos por desarrollarse.

Hoy se conoce con lujo de detalles la sucia componenda para asesinar a 73 personas en uno de los crímenes más repudiables cometidos contra los cubanos:

El día anterior, la nave de Cubana de Aviación que arribó al aeropuerto de Timehri, en Guyana, y luego de varias horas partió hacia Trinidad y Tobago, no sin antes esperar unos minutos para recoger a una delegación gubernamental de la República Popular Democrática de Corea, llegó en horas de la mañana del día 6 de octubre de 1976 al aeropuerto de Piarco, en Puerto España. En Trinidad y Tobago ascendieron a la nave los más de veinte integrantes de la delegación deportiva cubana, ganadores de todas las medallas de oro en el recientemente finalizado Campeonato Centroamericano y del Caribe de Esgrima, que tuvo lugar en Venezuela.

Luego de arribar a Trinidad y Tobago, procedentes de Caracas, el puñado de jóvenes deportistas ascendió al avión, deseoso de retornar a la patria y reencontrarse con sus familiares y amigos.

Posada y Bosch lo sabían de antemano: en el aeropuerto de Piarco se tomarían algunas medidas de seguridad, pero la carencia de aparatos para detectar explosivos propiciaría el ingreso a la nave de los explosivos que introducirían Hernán Ricardo y Freddy Lugo. Sobre las 3:50 de la tarde, el vuelo CU-455 emprendió su destino hacia el aeropuerto de Seawell, en Barbados, sin suponer que sus horas estaban contadas.

Varios pasajeros descendieron del avión, luego que éste aterrizara en Seawell sobre las 4:20 de la tarde. Entre ellos, nerviosos y tensos, lo hicieron los terroristas de origen venezolano. Hernán Ricardo lo hacía con una identidad falsa a nombre de José Vázquez García.

Apenas casi tres horas después, sobre la 5:15 de la tarde, el avión despegó con destino a Jamaica. Ni los deportistas cubanos y sus entrenadores, ni los jóvenes guyaneses que venían a estudiar y cumplir

sus anhelados sueños de ser médicos, ni los funcionarios coreanos y tampoco los diez miembros de la tripulación podrían suponer que terminarían sus vidas en el límpido y azulado cielo caribeño.

La conmoción afectó a todos cuando una poderosa explosión sacudió a la aeronave sobre las 5:23 de la tarde. De estos tristes hechos sólo quedó la voz angustiada del capitán Wilfredo Pérez, avisado sobre la contingencia. Luego vendría una segunda explosión y, después, hubo un largo silencio.

Horas después serían rescatados algunos cuerpos destrozados y varios pedazos del fuselaje del avión. El mar tragó todo lo demás.

Dos días después se tuvo la certeza de que no había sobrevivientes. Toda Cuba se enlutó de repente y cada hogar sintió como propia la muerte dolorosa de estos hombres y mujeres.

Las pesquisas policíacas lograron la detención de Ricardo Lugo en Trinidad y Tobago, el día siguiente. Ese mismo día 7 de agosto, la Disip venezolana anunció la detención en Caracas de Orlando Bosch y Luis Posada Carriles. También allana la oficina de Investigaciones Comerciales e Industriales C.A. (ICICA), propiedad de Posada Carriles, donde se encuentran pruebas y equipos relacionados con el acto terrorista.

Mientras la CORU se atribuía con aire triunfalista y sin mostrar menor remordimiento el criminal sabotaje, llegaban a la Cuba, consternada, los pocos restos de sus hijos que pudieron ser rescatados de la voracidad del mar. Expuestos en la base del Monumento al Apóstol, José Martí, fueron velados por millares de sus compatriotas.

Al día siguiente, se efectuó el entierro y despedida de las víctimas. Nunca antes se había visto a Fidel tan consternado y dolido cuando exclamó, el 15 de octubre de 1976, aquella frase que recogía el sentir de cada cubano: "Cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla".

El dilatado y confuso proceso penal contra los terroristas comenzó casi tres meses después con el rechazo del juez noveno penal de Venezuela, Alberto Martínez Moncada, de la solicitud de *habeas corpus* a favor de Luis Posada Carriles. Al día siguiente, 22 de octubre de 1976, los principales encartados prestaron sus

declaraciones. Días después, el 2 de noviembre de 1976, la jueza Delia Estava Moreno reconoció la autoría intelectual en el sabotaje de Orlando Bosch y Posada Carriles y dictó autos de detención por homicidio calificado contra estos y contra Freddy Lugo y Hernán Ricardo.

Luego de complejos y amañados recursos de la defensa por lograr su exculpación, que obligan el traslado del proceso a la justicia militar, donde los terroristas son acusados el 23 de agosto de 1977 de la siguiente manera: Posada Carriles, Freddy Lugo y Hernán Ricardo, por traición a la patria, así como Orlando Bosch por los delitos de rebelión militar y homicidio.

Las maniobras realizadas por los cómplices de los terroristas, de gran influencia dentro de las esferas gobernantes de Venezuela, así como ocultos manejos de la CIA y otras instituciones del Gobierno norteamericano, empezaron a manifestarse abiertamente cuando se llegó al colmo de que el propio fiscal militar solicitara la absolución de los detenidos en el Cuartel San Carlos.

La dilatación del juicio a Luis Posada Carriles y a Orlando Bosch tenía el claro objetivo de no dar un veredicto final que los arrojara por largo tiempo a la cárcel, mientras se tejían diversos planes para su liberación.

Durante tres largos años, la periodista venezolana Alicia Herrera visitó a los implicados en su centro de detención temporal y en ese período se ganó la confianza de los mismos. Sin temor a las consecuencias, esta valiente periodista venezolana dio a conocer las confesiones de Orlando Bosch y Freddy Lugo sobre su participación en el sabotaje de Barbados.

Una vez que la Corte Marcial anuló procedimientos anteriores realizados contra Posada Carriles, el Juzgado Superior decimocuarto del Distrito Federal del estado Miranda, un tribunal civil de Venezuela, retomó el caso en 1984. El 8 de agosto de 1985, cuando Posada Carriles se encontraba en espera de su condena, se fugó de la Penitenciaría General de Venezuela, en San Juan de los Morros. Dolorosamente, la oscura trama de la CIA, del Gobierno norteamericano y de la mafia contrarrevolucionaria de Miami ya se había echado a andar: Luis Posada Carriles estaba fuera de la prisión

en 1985 y Orlando Bosch fue excarcelado en 1988. Hoy ambos viven tranquilamente en los Estados Unidos.

Al conocer estos hechos y la presencia en territorio norteamericano de estos dos criminales, causan estupor y rechazo las palabras pronunciadas por el entonces presidente George W. Bush, en un discurso pronunciado el 21 de septiembre de 2004, durante la apertura de la 59<sup>na</sup> Asamblea General de las Naciones Unidas, cuando dijo con su habitual desvergüenza: “Estamos decididos a destruir las redes terroristas dondequiera que operen”. Previamente había sorprendido al auditorio mundial allí presente con otra cínica frase: “Sabemos que los Gobiernos opresivos respaldan el terrorismo, mientras que los Gobiernos libres combaten a los terroristas entre ellos”.

Sobran los comentarios.



**El capítulo  
centroamericano  
de drogas y terror**

## EL CAPÍTULO CENTROAMERICANO DE DROGAS Y TERROR

Con su evasión de la prisión venezolana de San Juan de los Morros en la medianoche del 18 agosto de 1985, Luis Posada Carriles iniciaría el capítulo centroamericano de las drogas y el terror. De inmediato, se trasladó a Coro, luego a Vela y, posteriormente, a Aruba, luego de recibir un revólver Smith & Wesson y cerca de 4.700 dólares. Este último intento de fuga vio coronado sus esfuerzos y el de sus cómplices, luego de haber fracasado en dos oportunidades anteriores. Al fin se sintió nuevamente libre el criminal, libre y lleno de expectativas sobre el uso venidero que le darían sus jefes de la CIA en los próximos tiempos. Esta vez, sin embargo, sería más cuidadoso, pensó.

Su arribo a El Salvador ocurrió unos días después, luego de haber entrado en contacto con la CIA, la que le facilita una avioneta bimotor del tipo Cessna 310, con la que realizó breves escalas en Panamá y Costa Rica. La aeronave era tripulada por el capitán Roberto Leyva, subordinado a Félix Rodríguez Mendigutía, antiguo socio de correrías en Fort Benning y en las actividades de la CIA. En el Cessna recibió del piloto las identificaciones necesarias para penetrar a territorio salvadoreño con la identidad de Ramón Medina Rodríguez, la que también usaría posteriormente en varias ocasiones para ejecutar sus fechorías. La CIA le facilitó este documento a nombre de Ramón Medina Rodríguez, suplantando fraudulentamente el número de identidad de una salvadoreña nombrada Mercedes Flores Funes. Con una nueva identidad y protegido por la Agencia, su eterna hada madrina en las horas buenas y malas, Posada Carriles se sentía renacido, eufórico y, sobre todo, intocable. Su destino, estaba seguro, sería un largo

camino de méritos y bonanzas, de éxitos y reconocimientos. Él había nacido para triunfar, pensó, mientras observaba los verdes campos salvadoreños desde el cielo azulado, un poco antes de descender.

La historia de Félix Ismael Rodríguez Mendigutía, quien esperaba en Ilopango al recién llegado, no difería mucho de sus socios de correrías terroristas. Tal como lo han hecho Posada Carriles, Orlando Bosch y Frank Sturgis, por citar sólo algunos ejemplos, ha recurrido al uso de diversas identidades para burlar a la justicia y/o solapar sus acciones criminales. Por ello, Rodríguez ha sido indistintamente, durante estos años, según su conveniencia, Félix Ramos Medina y Max Gómez. No importa esconderse detrás de una falsa identidad engañando a los demás, cambiar de color ante la amenaza o para solaparse, ser otro cuando en realidad se es uno mismo; lo importante es hacer lo que uno se propone, pudo haber pensado Mendigutía al nadar por el mundo como un soldado de la muerte.

Nacido el 31 de mayo de 1941 en la ciudad de Sancti Spíritus, antigua provincia de Las Villas, se trasladó a La Habana como protegido de un tío nombrado José A. Mendigutía, por ese entonces ministro de Obras Públicas del ex presidente Carlos Prío Socarrás y, luego senador por su provincia natal. Para él, es cierto, La Habana no resultó un tránsito difícil. Apoyado por políticos e insertado en el estrecho círculo de los favorecidos de la dictadura de Fulgencio Batista, Félix se sintió dolorosamente frustrado ante el cambio revolucionario de 1959. Para él estaba claro, como para muchos más, estaba finalizando la vida de lujos y tolerancia burguesa, amasada por corruptelas y latrocinio. Quiso oponerse, es cierto, pero prefirió marcharse para darle un sentido lógico a su venganza.

Vinculado a la CIA desde su partida a Estados Unidos en 1960, recibió de ésta, y de inmediato, una esmerada preparación en explosivos, comunicaciones y técnicas de contrainsurgencia. Su entrenamiento lo realizó en Panamá y Homstead, en La Florida. Ávido también por escalar dentro de esa larga pléyade de vividores y buscavidas que se acercaban a la Agencia por esos años, no tuvo el menor reparo Félix Rodríguez Mendigutía en vincularse a diversas organizaciones de corte contrarrevolucionario como la Legión Anticomunista del Caribe y la Cruzada Cubana Constitucionalista de Frank Sturgis y Pedro

Luis Díaz Lanz. No importaba el programa político de este caleidoscopio de grupos que aglutinaba a la oposición a la Revolución, ni tan siquiera se desarrolló en él un sólido sentido de pertenencia hacia alguno de ellos. Lo válido para él era ponerse a la vista de quienes realmente dirigían todo eso y no escatimó oportunidad alguna para lograr sus objetivos.

En los meses siguientes, ya capacitado en los requerimientos de la guerra sucia, se incorporó a varios *teams* de infiltración para realizar acciones violentas en Cuba, siendo una de ellas la infiltración, y el posterior enterramiento, de dos toneladas de armas, en la región costera de Arcos de Canasí, en los límites entre las provincias de La Habana y Matanzas, ocurrida el 14 de febrero de 1961.

Cuando al fin parecía ser que los Estados Unidos estaba dispuesto a involucrarse en la actividad contra Cuba, de una manera más directa, despertando en las gentes como él el cercano sabor de una supuesta e inmediata victoria, pasó a integrar la Brigada invasora 2506 el 19 de septiembre de 1960, con el número de identificación 2718, en la base Trax, en Guatemala. Llegó a Cuba, es cierto, pero logró escabullirse del escenario de la guerra, sin disparar un solo tiro. Si logró ver a los miembros del Ejército Rebelde y de las Milicias Nacionales Revolucionarias, sólo fue durante su fuga de la Ciénaga de Zapata hacia La Habana, donde logró refugiarse en la casa de Patricio Nodal, un viejo amigo de la etapa batistiana. Pasó Félix largos meses oculto, sin hacerse notar en la casa que lo escondía, para luego a asilarse en la Embajada de Venezuela. El 13 de septiembre de 1961, derrotado en lo más íntimo de sí, arribó a Caracas. En su rostro sólo había una profunda desazón, entremezclada con un odio *in crescendo* hacia los que lo derrotaron.

Dos años después, cuando el año 1963 indicaba que la Revolución permanecía incólume, decidió proseguir su preparación para hacerse más útil e indispensable ante los ojos de la CIA. Realizó otro entrenamiento en Fort Benning, en unión de Posada Carriles y Jorge Mas Canosa, sabiendo que a la larga sería bien empleado por sus jefes. Dos años después, Félix Rodríguez contactó a Manuel Artime Buesa, derrotado como él en Playa Girón y Playa Larga, y se integró a una base de operaciones terroristas contra Cuba, radicada en Nicaragua,

donde permaneció durante dos años. Luego de esta experiencia, que le permitió ascender dentro de la Agencia, laboró como agente principal de la CIA en la ciudad de Miami.

Nadie como él para encargarse en Bolivia de la localización del Guerrillero Heroico, Ernesto Guevara, y de su posterior eliminación, cuando se tuvo certeza por la CIA de que el mismo se encontraba en ese país. Radicado en la ciudad de Santa Cruz, Félix Rodríguez participó activamente en las tareas de búsqueda y captura de los guerrilleros internacionalistas. Cuando el Che fue finalmente localizado y capturado, Rodríguez se trasladó a La Higuera el 9 de octubre de 1967, interrogando y ordenando el inmediato asesinato de Ernesto Guevara por indicaciones de sus jefes de la Agencia.

Cargado de la dudosa gloria de haber neutralizado al Che y la experiencia guerrillera en Bolivia, estuvo en Ecuador y Perú en 1968, preparando a las fuerzas armadas de esos países en labores de contrainsurgencia por encargo de la CIA. Un año después, luego de recibir la ciudadanía norteamericana, se enroló al servicio del Army estadounidense en Vietnam, permaneciendo en Saigón hasta 1972. Muchos de sus conocimientos en represión e interrogatorios fueron usados en ese tiempo contra el pueblo vietnamita. No vaciló allí en torturar y asesinar a decenas de miembros y simpatizantes del vietcong, con un sadismo inusitado. Para él, estaba claro, había que detener a toda costa al comunismo.

Su vasta experiencia, adquirida en Latinoamérica y Vietnam, fue tenida en cuenta por sus superiores de la CIA cuando en los próximos años, entre 1979 y 1984, fue enviado para dirigir y asesorar a la represión contra el movimiento revolucionario en Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica. Alternó estas actividades con la planificación de agresiones contra objetivos navieros de bandera cubana en Nicaragua y se vio involucrado en un plan de atentado contra el ex presidente hondureño Roberto Suazo Córdoba. En 1985 se le orientó permanecer en El Salvador para asistir a Oliver North en las actividades de la CIA a favor de la contra nicaragüense, trasladándose a la base aérea de Ilopango.

Junto a Félix Rodríguez Mendigutía, “El Gato”, Posada Carriles participó en la Operación Calypso, abierto operativo de la CIA contra

la Revolución Sandinista. El arribo de ambos tuvo como objetivo sustituir al grupo de especialistas argentinos, enviados por la dictadura militar en apoyo de la contra nicaragüense, y quienes operaban desde Tegucigalpa, Honduras. Posada, bajo orientaciones de la CIA, trasladó el centro operacional a El Salvador. Durante este tiempo, recibió su salario de la Central de Inteligencia de los Estados Unidos a través de su fachada como Support Director del Nicaraguan Humanitarian Assistance Office (NHAO).

Durante su estancia, guiado por su afán de protagonismo y la necesidad innata en él de mantenerse conspirando, estableció contactos de forma indiscreta con un grupo de contrarrevolucionarios radicados en Centroamérica y Estados Unidos, lo que le creó dificultades con Félix Rodríguez, quien le acusa de violar la compartimentación de las actividades de la CIA en Ilopango. Hoy se conoce que fue visitado indistintamente por Armando López Estrada, René Corvo Lorenzo, residentes en Costa Rica, así como por Juan Pérez Franco, Rolando Mendoza, Gaspar Jiménez Escobedo, Ramón Font y otros.

El escándalo Irán-Contras se destapa con la denuncia del viceministro del Minint de Nicaragua, Luis Carrión, el 15 de octubre de 1986, luego del derribo de la avioneta de Eugene Hassenfus. Salió a luz pública, en toda su dimensión, el rol de la CIA como soporte de la contra nicaragüense y la implicación de Posada Carriles y otros terroristas de origen cubano en esas actividades.

Treinta años después, el periodista norteamericano Gary Webb publicó en el diario *San José Mercury*, en 1996, el fruto de una investigación en que pone al desnudo la Operación Irán-Contras. De acuerdo con él, la CIA distribuyó y vendió en la ciudad de Los Ángeles grandes cantidades de cocaína con vistas a obtener el dinero necesario para sostener la guerra secreta contra los sandinistas. Como resultado de sus averiguaciones, este periodista fue suicidado misteriosamente el 10 de diciembre de 2004.

Posada Carriles permaneció en la base de Ilopango hasta fines de octubre de 1986, fecha en la que inició un proceso de continuos viajes en la sombra en espera de las consecuencias del escándalo Irán-Contras. Otra vez le tocaba permanecer en calma mientras sus fechorías trataban de ser cubiertas por la CIA. Para ello, se escondió

en Xanadú, un lugar turístico de El Salvador, cercano a El Zunzal. En marzo de 1987, se movió hacia Panamá, en donde recibió la visita de Gaspar Jiménez Escobedo, al que manifestó estar disgustado con la FNCA. Luis Posada Carriles estaba colérico con aquellos que lo abandonaban a su suerte, distanciándose de él como de un apestado. Sabía que la gente de la Fundación actuaba así, te apoyan mientras les eres útil, pero luego, cuando caes en problemas por cumplir con ellos, te dan la espalda.

En junio de 1987, defraudado por las desatenciones de sus socios de Miami, dolido y enfermo, se trasladó a Honduras, bajo la tutela del embajador yanqui en ese país Everett Brigs. Durante un breve tiempo, participó como instructor de ex mercenarios de la Brigada 2506, encontrando un breve respiro para su desazón. Allí volvió a contactar a Hermes Rojas y a otros de sus ex socios de la Disip venezolana, quienes lo introdujeron en el círculo de asesores del presidente José Napoleón Duarte. Para ese entonces, usó el seudónimo de Ignacio Castro y contaba con el apoyo de varios jefes policiales y militares salvadoreños. Sentía que su suerte volvía a acompañarlo.

Durante el período transcurrido desde su arribo a El Salvador en 1985 hasta su cuestionado indulto en 2004 por la ex Presidenta panameña Mireya Moscoso, Luis Posada Carriles estableció fuertes lazos con contrarrevolucionarios cubanos radicados en la región. Al igual que logró establecer una fuerte red de colaboradores en Honduras, Nicaragua, Guatemala y El Salvador, Posada aglutinó a varios cubanos residentes en Costa Rica, a los que vinculó a los actos terroristas que llevaba a cabo contra la Revolución Cubana. En ese tiempo se sentía extremadamente feliz, pues, dotado de un sólido prestigio ante los contrarrevolucionarios radicados en Centroamérica, como resultado de su estancia en Ilopango y otras acciones realizadas en ese territorio, podía contar con ellos para extender su influencia y mantener su obcecada beligerancia contra Cuba.

Su red de terroristas en el territorio tico ha estado integrada por los hermanos Gustavo, Armando y Claudio Lora Hernández, naturales de Cienfuegos, como él, y vinculados a Posada Carriles durante sus actividades en el MRR y la Brigada 2506. Uno de ellos, Gustavo, trabó vínculos con Posada, Jorge Mas Canosa, José Basulto

León, Félix Rodríguez Mendigutía, Armando López Estrada y otros muchos importantes contrarrevolucionarios en Fort Benning. De manera particular, Armando López Estrada también ha apoyado a Luis Posada Carriles desde que se vio involucrado con él en actividades patrocinadas por la CIA en Guatemala, Nicaragua, Honduras, Costa Rica y El Salvador.

Posada contó también con el apoyo en Costa Rica de Moisés Núñez Ruíz, dueño de los frigoríficos Punta Arenas S.A., y su grupo de amistades de origen cubano, integrado por varios terroristas como René Corvo Lorenzo, Orfilio Palacios, Eduardo Paz y Héctor Alfonso. Casi todos los mencionados, residentes en Costa Rica, establecieron relaciones con el cabecilla dirigente de Cuba Independiente y Democrática (CID), Hubert Matos.

Posada Carriles participó desde El Salvador en la organización de un plan de atentado contra Fidel Castro en noviembre de 1988, elaborado por éste en complicidad con Gaspar Jiménez Escobedo y el contrarrevolucionario Orlando Mendoza. El plan contemplaba asesinar al mandatario cuando éste realizara una visita a Brasil.

Varios días después se vio envuelto, junto a Orlando Bosch, Gaspar Jiménez Escobedo, Pedro Corzo Eves y otros individuos, en otro plan de atentado contra Fidel, a realizarse en diciembre de 1988, cuando éste asistiera a la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez, en Caracas, Venezuela.

Posada dejó El Salvador en 1989, recuperada ya ante sus socios de Miami otra vez la confianza de los mismos. En realidad nunca les perdonó el olvido forzoso a que lo empujaron hacia un tiempo después de los sucesos de Ilopango, pero les convenía a ambas partes el restablecimiento de las relaciones entre ellos. A Posada, desde luego, porque recuperaba una valiosa fuente de financiamiento para sus actividades y, sin ser demasiado avisado, sabía que el que quiere comer no puede pelearse con el cocinero. A la FNCA, por otro lado, le interesaba mantenerlo disponible para sus futuros planes contra Cuba, entre los que estaba la preparación de la oleada terrorista contra instalaciones turísticas en la Isla.

Luego de breves recorridos por Centroamérica, que lo llevaron por Guatemala, El Salvador y Honduras, se radicó finalmente en

Ciudad de Guatemala en abril de 1989, convirtiéndose de inmediato en jefe de seguridad de la empresa telefónica estatal Guatel. Este trabajo lo obtuvo gracias a la ayuda de Francisco Ramírez, en ese entonces director de dicha empresa de comunicaciones guatemalteca. Acostumbrado a relacionarse con gentes de escasa valía, como era de esperar, este protector de Posada Carriles se hallaba involucrado hasta los tuétanos en actividades de narcotráfico y lavado de dinero, actividades que lo llevaron a prisión en octubre de 1994, en Nueva Orleans.

Acostumbrado desde su juventud en Cienfuegos a buscar vínculos ventajosos para sí, por ese entonces, Luis Posada Carriles contó con el apoyo de varios funcionarios del Gobierno guatemalteco, entre ellos el de Rolando Castro, director de Aduanas. Todos estos vínculos le favorecieron para obtener el puesto de asesor personal de investigaciones del presidente Marco Vinicio Cerezo Arévalo. Un nuevo Gobierno le abrió sus puertas para usar lo mejor de su experiencia como torturador y represor.

Posada Carriles tuvo, durante su experiencia centroamericana, un largo historial que también lo vinculó con el tráfico de armas y que halló sus orígenes desde su etapa salvadoreña. Un personaje oscuro y corrupto al que conoció en Ilopango algunos años atrás, cuando era jefe de logística en esa base de la CIA y con la función de garantizar el aseguramiento a los grupos de la contra nicaragüense emplazados en Honduras, y que después lo acompañaría en la planificación y organización de la oleada terrorista contra instalaciones turísticas en Cuba, Mario Delamico, se convertiría en uno de sus principales sostenes en los años posteriores.

En aquel entonces, el hoy propietario de la empresa panameña Longlac Enterprise, dedicada a la comercialización de armamento, Mario Delamico se encargó de transportar hacia Nicaragua y otros destinos centroamericanos grandes cantidades de armas procedentes de los Estados Unidos. Luego del escándalo Irán-Contras, Delamico mantuvo los estrechos vínculos con Posada, encaminados a que éste contara con los medios necesarios para poder ejecutar sus planes terroristas contra Cuba. Se ha comprobado que las armas para realizar diversos atentados durante los años 90 salieron de los depósitos de

Delamico, incluyendo a los planes de atentado contra Fidel Castro durante una posible visita a El Salvador durante la toma de posesión del presidente Reina, el atentado frustrado contra el líder cubano en Cartagena de Indias, en Colombia e, incluso, uno de los tres planes preparados contra Fidel durante su visita a República Dominicana en 1998.

Aliado incondicional de la ultraderecha cubano-americana, con la cual se identifica ideológicamente, Delamico ha puesto al servicio de la misma su estrecha relación con militares de alta posición en distintos países centroamericanos como Guatemala, Honduras y El Salvador, para proteger, aupar y prestar apoyo en sus planes terroristas a gentes como Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo y Roberto Martín Pérez.

El terrorista creado por la CIA y usado por ella en Ilopango y otras actividades siniestras fue capaz de nuclear en torno a sí a un numeroso grupo de contrarrevolucionarios de origen cubano, emparentados ideológicamente y por sus orígenes como mercenarios al servicio de la Agencia, de los que sabría hacer un uso frecuente más adelante, en la guerra sucia contra Cuba. No puede negársele este detestable mérito.



**Acabar con Fidel  
y la Revolución  
a cualquier precio**

## ACABAR CON FIDEL Y LA REVOLUCIÓN A CUALQUIER PRECIO

**L**uego de una disminución de las acciones terroristas contra Cuba en la década de los ochenta, este fenómeno volvió a incrementarse a inicios de los años noventa, provocado principalmente por el intento de la mafia terrorista de Miami por acelerar la caída de la Revolución Socialista en Cuba, luego del derrumbe del campo socialista europeo. Apostando por la violencia y en franca búsqueda de protagonismo, los grupos terroristas acudieron a diversos métodos, entre los que sobresalieron:

- 16 intentos por asesinar al comandante Fidel Castro.
- 8 intentos por asesinar a varios dirigentes cubanos.
- 108 acciones terroristas a lo largo de la década.

Particular protagonismo en estos nefastos acontecimientos tendrán la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) y su pupilo favorito, Luis Posada Carriles, quienes habían mejorado sus tirantes relaciones desde 1986.

Por primera vez en su vida debió experimentar miedo Luis Posada Carriles, cuando el 26 de febrero de 1990 fue atacado en la Colonia Vista Hermosa, Ciudad de Guatemala, por combatientes revolucionarios centroamericanos, en plena calle, en un intento por ajusticiarlo y hacer que pagara sus culpas. Nunca antes la muerte había estado tan cerca de él, reclamándole sus crímenes y poniéndole en dudas su tan acostumbrada impunidad. Recibió, sin esperarlos, dos tiros: uno cerca del corazón y otro en el rostro, en la zona de la mandíbula, que le seccionó la lengua, cuando se desplazaba en una Suzuki de color negro. Grande debió ser el susto de sus cómplices y protectores ante este suceso.

Luego de debatirse entre la vida y la muerte, salió del hospital guatemalteco y, al punto de recibir de sus socios de la FNCA la suma de 22.000 dólares para su recuperación, se trasladó a San Pedro Sula, en Honduras, a la casa de Rafael Hernández Nodarse, antiguo socio de correrías y uno de los miembros de su red terrorista en Centroamérica. Sobre esa estancia, relató en *Los caminos del guerrero*:

La gente de Miami se comunica con Rafael Nodarse para que me dé apoyo. Rafael me lleva al mejor hotel de San Pedro Sula, el Copantl. Allí permanezco durante dos meses. Rafael paga los gastos. Sus hijos, Tadeo y Joaquín, me protegerán mientras dure mi lenta convalecencia. Rafael siempre estará cerca de mí.

También Posada Carriles conoció por esos días de convalecencia en 1991 a Mario Delamico, contrarrevolucionario de origen cubano dedicado al contrabando de armas y que es confeso confidente y protegido del FBI. Con él prepararía años después sucias componendas para traficar armas, promover atentados y otras actividades ilícitas.

Años después, luego del indulto ofrecido de forma bochornosa por la ex Presidenta Mireya Moscoso el 26 de agosto de 2004, Nodarse volvió a refugiarse unos días en su casa, esta vez usando la identidad fraudulenta de Melvin Cloyde Thompson. Ésta fue una breve escala que lo llevaría finalmente a Miami, apoyado nuevamente por la Fundación Nacional Cubano Americana.

Rafael H. Nodarse, conocido por el sobrenombre de “Ralph”, fue durante años agente de la CIA, especializado en el empleo de fonías contrarrevolucionarias como Radio Swan y Radio América. Sobre su historia habría mucho que contar pues muchos fueron sus servicios a la Agencia. Sin embargo, lo más notable puede reseñarse de la manera siguiente: Fue el 27 de junio de 1977 cuando el agente de la inteligencia yanqui asociado al terrorismo miamense lanzó su estación de televisión, Canal 6, el que ha ampliado su espectro paulatinamente, al extremo de ser, a partir de 1997, el canal de mayor frecuencia nacional, convertido en vocero de los sórdidos intereses de la ultraderecha hondureña. Su papel mediático sirvió a los intereses opuestos al re-

cientemente derrocado Presidente constitucional de Honduras, Manuel Zelaya Rosales y para “legalizar” el golpe de Estado contra éste.

Todavía recuperándose, durante 1991, participó en un plan de atentado contra Fidel, en la visita que efectuaría a España. Fue conocida por las autoridades cubanas la planificación de este plan y su implicación en el mismo con Francisco José Hernández Calvo y Roberto Martín Pérez, directivos de la FNCA en ese entonces.

Luego de transcurrir un largo período de recuperación en Honduras, siempre bajo la protección de la FNCA y de sus socios de la célula centroamericana, Posada Carriles fue citado el 7 de febrero de 1992 por dos investigadores del FBI, quienes llevaban a cabo una investigación del Congreso norteamericano sobre el caso Irán-Contras. La entrevista, que duró casi siete horas, tuvo lugar en la Embajada yanqui de EE UU en Tegucigalpa. Uno de los oficiales era George Kyszinski, con el que mantenía viejos lazos de amistad. El otro oficial acompañante era Michael Foster.

Posada no dudó en informar a los investigadores del FBI de todos los detalles de la Operación Irán-Contras, sobre todo lo relacionado con los intercambios de drogas por armas, dirigidos por el coronel Steele, uno de los subalternos de Oliver North. Es en esta oportunidad, Posada explicó que al ser derribado, en Nicaragua el avión, de Eugene Hassenfus, en octubre de 1986, informó inmediatamente al coronel James Steele y a Félix Rodríguez Mendigutía sobre el suceso. El primero de estos acudió de inmediato al aviso con vistas a crear una cortina de humo que evitara la implicación de la CIA en este operativo.

Hoy se conoce ampliamente que los vínculos de Kyszinski con Posada Carriles y otros miembros de la CORU datan de hace muchos años. El nombre de Kiszynski sobresalió en el proceso investigativo del Congreso norteamericano sobre el conocido escándalo Irán-Contras, cuando se dio a conocer que este oficial del FBI entregó a Oliver North, el 24 de marzo de 1986, un documento interno del Buró sobre la actividad de los contras en relación con el tráfico de drogas y contrabando de armas. Al haber alertado a un cabecilla del complot de Nicaragua, Kyszinski cometió un serio delito de deslealtad con su organización, pero nunca fue juzgado por esta traición.

No hace mucho fue denunciada la presencia en Irak de Steele, viejo operativo de la CIA, especializado en acciones encubiertas, fungiendo como asesor del embajador norteamericano para las Fuerzas de Seguridad iraquíes. Sabido es hoy que James Steele fue uno de los cerebros que originaron y entrenaron a los Escuadrones de la Muerte en la década de los 80 en Latinoamérica. Hasta en Irak fue necesaria su experiencia como represor y fue usado por los mismos que siempre lo apoyaron.

Junto a él, según atestiguó a los oficiales federales, desenfadado y seguro, sin el menor temor por ser procesado, se encontraban en Ilopango Félix Rodríguez y el coronel Steele, así como otros terroristas de origen cubano que han participado posteriormente en acciones extremistas contra Cuba, como Luis Orlando Rodríguez, el ya fallecido Chichi Quintero y Mario Delamico.

Cinco meses después de su entrevista con el FBI en la Embajada norteamericana en Tegucigalpa, fue visitado por Gaspar Jiménez Escobedo el 15 de julio de 1992, con la finalidad de coordinar un nuevo atentado contra Fidel Castro. De acuerdo con este plan magnicida, Posada Carriles se encargaría de conseguir un lanzacohetes RPG-7, de fabricación soviética, para atentar contra el avión del mandatario cubano durante su visita a España, en ocasión de celebrarse allí la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado. Otra vez los vínculos entre Posada y la FNCA se volvían a materializar en una nueva conspiración contra Fidel. Otra vez la sádica perseverancia sería premiada con el fracaso.

En 1993, Posada Carriles, totalmente recuperado de sus heridas, pero con permanentes secuelas, organizó un ataque contra un carguero cubano que realizaba operaciones entre el puerto de Cienfuegos, en Cuba, y varios puertos hondureños.

En enero de 1994, cuando se instaló en el apartamento 401 del Edificio Moncada, ubicado en la avenida Juan Lido, Colonia Ninites, en Tegucigalpa, Posada Carriles preparó un nuevo atentado contra Fidel Castro, si éste participaba en la toma de posesión del electo presidente Carlos Roberto Reina. Para ejecutar este plan, la FNCA desembolsó 20 000 dólares y planificó el empleo de un francotirador, quien dispararía contra ambos mandatarios con un fusil dotado de mirilla telescópica.

Junto a Posada Carriles estuvieron involucrados Roberto Martín, Ramón Orosco, Gaspar Jiménez Escobedo y Francisco Castro Paz.

Incansable en sus intentos de destruir la Revolución Cubana, Posada Carriles viajó a Costa Rica el 15 de junio de 1994. Se trasladó a este país con la misión de preparar un atentado contra un barco cubano que tocaba con relativa frecuencia el Puerto de Limón. Para esta misión y muchas otras, contó con el apoyo de sus colaboradores de la red terrorista centroamericana en Costa Rica, entre los que se encontraban Miguel Mariano Merino Márquez y los hermanos Lora Hernández.

Ya por esa época acababa de adquirir fraudulentamente el pasaporte a nombre de Franco Rodríguez Mena, en Tecapán, Usulután, haciendo uso de una fe de bautismo de otra persona ya fallecida. Esa nueva identidad le permitirá desplazarse por diversos países de la región, incluyendo los Estados Unidos, con total impunidad. La dirección de residencia de Mena Franco, que consta en este nuevo pasaporte salvadoreño, es calle San Salvador, N° 219, Colonia Centro América, San Salvador, detectándose posteriormente que la misma es inexistente.

Sin cejar en su permanente intento de agredir la Revolución Cubana y de asesinar a su máxima figura, Posada Carriles, en unión de cinco terroristas, fracasó una vez más en la realización de un atentado contra Fidel en Cartagena de Indias, Colombia, durante la celebración de la IV Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, celebrada entre los días 14 y 15 de junio de 1994. Previsto a realizarse cuando el jefe de estado cubano realizara un paseo por la ciudad en compañía del escritor colombiano Gabriel García Márquez, este plan contó con abundante soporte monetario, cerca de 50 000 dólares, proveniente de los jefes de la FNCA. Asimismo, serían empleados diversos medios de guerra, entre los que se encontraban bazookas, armas largas y explosivos. El plan contemplaba el empleo de un fusil Barrett, calibre 50, enviado desde Miami, con el que se dispararía contra el Mandatario cubano. Hoy se conoce que Posada Carriles contó con la ayuda de Alberto Hernández, Félix Rodríguez Mendigutía, Gaspar Jiménez Escobedo, Ramón Orosco Crespo, Roberto Martín Pérez y Raúl Valverde.

Otro plan terrorista desarrollado por Posada Carriles por esa época, involucró a uno de los altos personeros del Ejército hondureño, amigo

suyo y de Mario Delamico, el inspector de las FFAA, coronel Guillermo Pinel Cáliz, en ese entonces jefe de la Inteligencia Militar de Honduras. El plan consistió en crear un campamento secreto en esa nación centroamericana para emplearlo como campo de entrenamiento de contrarrevolucionarios cubanos y como base de agresiones terroristas contra la Isla.

Una gran cantidad de dinero fue entregada a manera de sobornos a jefes militares hondureños, con independencia del cuarto de millón de dólares que costaría el establecimiento de la base operativa. Para concretar estos planes, el coronel marchó a Miami, donde se reunió con altos miembros de la FNCA.

El 4 de septiembre de 1994 fueron detenidos dos contrarrevolucionarios cubanos procedentes de Miami, José Benito Menéndez del Valle e Irelio Marcelino Barroso Medina, quienes intentaban penetrar a territorio nacional por Cayo Palo Quemado, en el municipio de Caibarién, provincia de Villa Clara. Sus propósitos eran formar bandas contrarrevolucionarias y desarrollar acciones de corte terrorista. Este grupo integrante del Partido Unión Nacional Democrática (PUND) recibió apoyo de la FNCA para realizar esta infiltración.

Les fueron requisados, entre otras cosas: una pistola Walter N° 007739, de 9 mm; una pistola Remington, calibre 45; una pistola Sterling, calibre 25; una escopeta calibre 12 Police Special Nro. 371167136; una subametralladora de 9 mm Nro. 9414; un fusil AK Nro. 7592, de fabricación rusa y un AK plegable Nro. 604496, de fabricación china.

Mientras Posada Carriles preparaba desde Honduras la oleada de atentados contra instalaciones turísticas en La Habana y Varadero, se le vio inmerso en el entrenamiento de terroristas del auto titulado Gobierno provisional en Costa Rica, contando con el apoyo de contrarrevolucionarios residentes en ese país.

Matar a Fidel y revertir el proceso revolucionario cubano fueron por estos años, como en toda su vida, su principal razón de existir. La ancianidad que se apoderaba de él no le hizo frenar y buscar un retiro tranquilo. Por el contrario, acrecentó sus odios personales y fortaleció su empecinado carácter, acentuando su impiedad y su irracionalidad.



## **Un agente de la seguridad dentro de los terroristas**

## UN AGENTE DE LA SEGURIDAD DENTRO DE LOS TERRORISTAS

Por mi parte, sin suponerlo todavía, me encontraba cumpliendo diversas misiones de la FNCA en La Habana, luego de un corto período en que logré penetrar a individuos vinculados a la organización terrorista Comandos L en 1992. Por orientaciones de mis jefes de los Órganos de la Seguridad del Estado de la República de Cuba, inicié mis labores de acercamiento y penetración de la Fundación Nacional Cubano Americana a fines de 1993. Era obvio que, desconocedor de los avatares del destino, nunca presupuse que estas actividades en defensa de Cuba me llevarían a conocer más adelante a Luis Posada Carriles y a verme envuelto en acontecimientos muy importantes de la batalla de los cubanos contra el terrorismo.

Narrar estos hechos no es fácil para mí. Vivía yo la sensación de ser enteramente útil por primera vez y el temor natural de no dar la talla ante lo que mi deber me exigía. Sin embargo, cargando con mis convicciones y mi amor a Cuba, me hundí en la complicada madeja de estos eventos sin tener noción a ciencia cierta sobre cómo desembocarían los mismos. Años después, al salir ileso y airoso de estos sucesos, acuden a mí las remembranzas de esos tiempos difíciles, algunas de las cuales son las siguientes:

Para ese entonces, convertido yo desde hacía 16 años en colaborador secreto de los Órganos de la Seguridad del Estado de la República de Cuba, entré en contacto con Luis Zúñiga Rey, uno de los directivos de la FNCA. Durante varios meses, desde noviembre de 1993, había sido captado con la misión de realizar acciones violentas dentro de Cuba. En los meses subsiguientes, fui aten-

dido igualmente por Alfredo Domingo Otero, Horacio Salvador García Cordero y Francisco José Hernández Calvo, directivos de la Fundación, quienes me asignaron diferentes tareas, las que fueron cumplidas según sus ambiciones aunque, a qué negarlo, todas fueron monitoreadas por la Contrainteligencia cubana. Estas tareas consistieron en la búsqueda de información sensible sobre la economía cubana, sobre los principales dirigentes de la Revolución, el abastecimiento a varios mercenarios dentro de la Isla, así como la introducción de medios para realizar un abastecimiento por mar de explosivos, propaganda y armas.

Con el seudónimo de “agente 44”, les ofrecí una favorable impresión y desperté en ellos la expectativa de ser el instrumento ideal para sus futuras acciones terroristas contra hoteles, termoeléctricas y refinerías, así como la posible mano asesina para ejecutar atentados contra el Comandante en Jefe.

Sin lugar a dudas, el grupo terrorista dentro de la FNCA, caracterizado por su agresividad, apostó por mí durante esa etapa. Pudieron recelar alguna vez, es cierto, pero su afán de protagonismo, su odio acérrimo a Cuba y una buena leyenda por mi parte fueron factores que avalaron mi desempeño como potencial terrorista bajo sus órdenes.

Durante los primeros meses de 1994, la FNCA me orientó, a través de Alfredo Domingo Otero, realizar estudios en el litoral occidental de la Isla y analizar el movimiento de las unidades de la Marina de Guerra Revolucionaria y del Cuerpo de Guardafronteras, con vistas a evaluar la capacidad defensiva de las mismas y la vulnerabilidad para ejecutar agresiones e infiltraciones en el territorio nacional.

En una entrevista que concedí no hace mucho tiempo al avezado investigador y periodista Jean Guy Allard, ofrecí un detallado análisis de mis contactos con Posada Carriles en noviembre de 1994, que se enmarcaba dentro de sus actividades terroristas contra Cuba:

Es en ese preciso momento que entro en contacto con Posada Carriles y su célula terrorista en Centroamérica.

Pepe Hernández había elaborado, desde julio de 1994, el plan terrorista consistente en la voladura del Cabaret Tropicana. Inicialmente yo recibiría el entrenamiento para el manejo de explosivos en Miami, donde me entregarían dichas bombas, debidamente camufladas, las que trasladaría por vía aérea hacia La Habana.

Posteriormente, tal vez por temor a que el territorio norteamericano se viera involucrado, se cambiaron los planes y se determinó que fuera entrenado en Guatemala, donde se me abastecería con los explosivos que yo haría detonar en Tropicana y en un hotel de La Habana o Varadero.

Al arribar a mi patria, luego de tanto tiempo de ausencia, no como un hijo que retorna a su hogar, sino como un supuesto criminal, y hospedarme en el hotel Camino Real, situado en la zona 10 de la capital guatemalteca, contacté vía telefónica a Alfredo Domingo Otero, quien desde Miami me orientó que al día siguiente, 23 de noviembre de 1994, sería visitado en mi habitación por mis instructores en explosivos, quienes me adiestrarían en su empleo, me entregarían dinero y las dos bombas debidamente enmascaradas para transportarlas hacia Cuba.

El propio día 23 visitaron mi habitación dos individuos, los que posteriormente fueron identificados como Luis Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo. En ese encuentro y otro realizado el día 24, en la propia habitación, recibí el entrenamiento prometido según se había acordado en Miami con el presidente de la FNCA, Pepe Hernández. En ese segundo contacto, se me entregaron las dos bombas, enmascaradas en pomos respectivos de shampoo y acondicionador marca “Silkene”. Además, me entregaron los detonadores metálicos calibre 6, enmascarados dentro de dos plumones integrantes de un juego de seis. Adjuntaron dos relojes analógicos de color negro, debidamente preparados para ese macabro propósito y las baterías respectivas.

De esta forma, mis vínculos con Posada Carriles consistieron en el entrenamiento que recibí por parte suya para la

manipulación de explosivos y la recepción de 900 gramos de explosivo plástico conocido como C-4, que él mismo me entregó en la referida habitación del hotel guatemalteco Camino Real. Todos estos contactos fueron organizados y previstos por altos dirigentes de la FNCA, entre los que se destacaron Pepe Hernández y Arnaldo Monzón Plasencia, con el visto bueno de Jorge Mas Canosa.

Si mal no recuerdo, luego de chequear en la carpeta, situada luego de un largo pasillo que se inicia en la entrada y en uno de cuyos laterales estaba situado un pequeño cabaret, se me asignó la habitación 619. En dicha habitación se realizaron todos nuestros contactos, aunque pude determinar que Gaspar Jiménez Escobedo, al parecer, se alojó en el mismo hotel, pues coincidí con él a la hora de la cena en una ocasión. A Luis Posada Carriles le vi en dos ocasiones, una en el *lobby* y otra en el restaurante, acompañado de un individuo alto, trigueño, de amplio bigote, de origen cubano.

Como se debe suponer, sabiéndome controlado por los terroristas, no tenía indicaciones de dedicarme a seguirlos o espiarlos, pues podría arriesgar mi objetivo. Con total discreción, salvo estos encuentros fortuitos y un último en el aeropuerto “La Aurora” de ciudad de Guatemala, en el que vi a Jiménez Escobedo cuando se dirigía a tomar un avión hacia Miami el día 25 en horas de la mañana, recibí mi entrenamiento y los explosivos. Es indudable que ellos no querían verse en público conmigo.

El primero en entrar a mi habitación fue Gaspar Jiménez Escobedo. Vestía con desenfado un pantalón color marrón y un pullover. Obeso, extrovertido, jaranero, de pelo desordenado y ensortijado, se me presentó como Pumarejo.

¿Pumarejo, como el de la televisión cubana? —Inquirí yo.

Gaspar, como él me respondió.

El otro, alto y de cerca de 1.80 metros de estatura, encorvado, canoso y con una enorme cicatriz en la parte derecha del rostro, de hablar gangoso y lento, entró sin presentarse luego de Jiménez Escobedo.

En el primer encuentro de la mañana del 23 de noviembre de 1994, celebrado en mi habitación, nos dedicamos a estudiar los circuitos y la forma de armar las bombas. En una mesa circular ubicada frente a las ventanas de la misma, nos sentamos Jiménez Escobedo y yo. Posada observó con detenimiento las instrucciones que me dio Escobedo mediante un diagrama que dibujó en una hoja de papel. Sólo intervino, como ya señalé, en una o dos oportunidades para comprobar si yo estaba claro sobre cómo proceder en La Habana en el momento de armar las bombas.

El día 24, en horas de la tarde, llegan con unas bolsas plásticas que contenían:

Un pomo plástico de shampoo y otro con acondicionador, ambos de la marca “Silkene”, como ya señalé con anterioridad.

Dos relojes analógicos de color negro de mediano tamaño, los que ya habían sido preparados con el puenteo adecuado para garantizar la iniciación del explosivo.

Un juego de seis plumones colocados en un estuche plástico transparente y en cuyos plumones rojo y negro se habían enmascarado las dos cápsulas detonadoras metálicas.

Un juego de seis baterías AA.

Desde el punto de vista de confección, estas bombas tenían el mismo principio: una masa explosiva a la que se adosaba la cápsula detonante conectada a un medio que regulaba el momento de la explosión (calculadora, reloj, etc.) y que por sus características ofrecía al perpetrador un margen de tiempo a su favor para escapar antes de la explosión. En mi caso particular, contaba con un margen de 15 minutos para escapar de Tropicana luego que colocara y activara la bomba.

Nunca se me dijo por ellos ni por la gente de Miami que colocaría una bomba con explosivos de alto poder. Simplemente, según ellos, las bombas se usarían para hacer ruido, causar algarabía y pánico, y no para provocar daños a personas. La explicación de mis dos instructores es que los pomos entregados y sellados contenían sólo una inofensiva pólvora líquida de bajo poder explosivo. Sin

embargo, en realidad, cada pomo contenía 450 gramos de C-4, un explosivo plástico de alto poder.

La colocación de una bomba de este tipo y poder en el lugar seleccionado, el Salón Bajo las Estrellas, donde se juntan casi mil personas entre espectadores, bailarines, músicos y gastronómicos, habría provocado la muerte de casi 200 personas y heridas a un número superior. Constituyó, sin lugar a dudas, el más ambicioso plan terrorista contra Cuba en la década de los 90.

Aunque nunca he sido un especialista en explosivos y demolición, puedo asegurar que fueron muy profesionales en sus explicaciones, al extremo que bastaron unos pocos minutos para que yo entendiera sus explicaciones. El uso de diagramas, el lenguaje empleado, la búsqueda de retroalimentación y el cuidadoso uso de recomendaciones para manipular los explosivos me demostraron un alto nivel de profesionalidad de mis instructores.

Nuestro encuentro fue fundamentalmente técnico. Salvo el momento en que tomamos el Havana Club Añejo, del que Gaspar Jiménez Escobedo me manifestó era su favorito y algunos dicharachos usados por éste, todo transcurrió en un ambiente formal. Posada Carriles no hizo esfuerzo alguno por intimar conmigo ni incentivar la comunicación entre ambos.

Con respecto al traslado de las bombas hacia Cuba, aunque yo tenía indicado por mis superiores de la Seguridad Cubana el no transportar los explosivos personalmente, sino entregarlos a manos amigas para su ulterior traslado, presté especial atención a las recomendaciones de Posada Carriles sobre su enmascaramiento dentro del equipaje. A saber, no debía colocar juntos los detonadores y los explosivos, así como repartir los componentes eléctricos en diferentes maletas, para burlar el control de aduanas en la Isla.

Las indicaciones operativas y de seguridad ofrecidas a mí por mis interlocutores coincidieron con las que me habían indicado en Miami Pepe Hernández y Alfredo Domingo Otero indicaciones que había recibido por parte de Pepe Hernández y Alfredo Domingo Otero, en Miami. Por su parte, Posada

Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo me sugirieron evitar el nerviosismo en el pase de fronteras, así como colocar debidamente separadas las partes de las bombas y en un lugar seguro dentro en mi hogar en La Habana.

Saltaba a la vista para mí que uno de los visitantes tenía la misión de observarme y evaluar no sólo mi asimilación de las indicaciones técnicas sino evaluar mi comportamiento. Es por ello que la parte principal de las conversaciones se efectuaron entre Jiménez y yo. Posada, por su parte, se auto relegó al papel de observador. Sin embargo, interrumpió a Gaspar en ocasiones para expresar sus orientaciones y éste mostró respeto a Posada en esas situaciones.

Me llamó la atención la disparidad de caracteres que mostraron ambos ante mí: Posada circunspecto y callado, Cuando habló lo hizo de forma directa, como si hubiera ensayado previamente lo que iba a decir. Gaspar, por su parte, abierto y locuaz, pero sin usar un lenguaje chabacano o grosero.

Al despedirse de mí, en la tarde del 24 de noviembre, ambos me desearon suerte. Posada me recordó que los amigos de Miami confiaban en que mi misión sería un éxito. Entre ambos medió un fuerte apretón de manos. Gaspar, más efusivo, me abrazó y deseó que volviéramos a vernos en el futuro para volver a tomar ese delicioso ron cubano, una vez que las bombas explotaran en La Habana.

Las dos veces que lo vi en el hotel, fuera del marco secreto de nuestros encuentros celebrados en mi habitación, se movía con total desenfado y sin preocupación, rodeado de personas de origen cubano.

Nunca confraternizamos en público y siempre fueron reacios por mantener la secretividad de nuestros contactos. Sólo en una oportunidad, a instancias de Gaspar Jiménez Escobedo, bebimos unos tragos de Havana Club Añejo, quien dijo ser fan a este tipo de bebida. Obviamente, les regalé una botella de este ron y Jiménez Escobedo me pidió que le hiciera llegar otras mediante Alfredo Domingo Otero, cuando yo visitara Miami nuevamente.

Paradójicamente, frente a la efusividad de Jiménez Escobedo, Posada Carriles se mantuvo hermético y acechante en ambos encuentros que celebramos. Apenas conversó y, si lo hizo, fue sólo al indicarme cuestiones relacionadas con la operación de los explosivos. Recuerdo que, al despedirnos en la tarde del 24 de noviembre, me expresó con seguridad:

No se preocupe por los explosivos, que no explotarán en el avión o el trayecto. La gente de Miami y nosotros queremos que así sea. Esas bombas deben explotar sólo en Tropicana, como todos esperamos.

Al evaluar el desempeño de estos dos terroristas en el cumplimiento de su misión, no cabe dudas que lo hicieron con profesionalidad y apegados al plan preestablecido desde Miami. Este plan contra Tropicana fue organizado, urdido y financiado desde Miami por los altos directivos de la FNCA, particularmente Pepe Hernández, su presidente, como ya señalé con anterioridad.

Estaba acordado que dicha bomba se colocaría específicamente en el Salón Bajo las Estrellas, entre el primero y segundo *show*, es decir, cerca de las 12 de la noche del 29 de noviembre de 1994. Ese momento escogido es precisamente cuando más personas se encuentran en el lugar: unos marchándose, otros bailando.

Posada y Gaspar cumplieron la misión de entrenarme y abastecerme con los explosivos, aunque siempre demostraron tener pleno conocimiento del atentado. Su único error fue tal vez no haber descubierto mi condición de agente de la seguridad cubana, motivado quizá por entender que la gente de la FNCA había realizado las comprobaciones pertinentes sobre mi persona.

Sus sugerencias, como ya señalé, estaban dirigidas a cuestiones de procedimiento y seguridad en el traslado de los explosivos y durante su colocación como, por ejemplo, no conectar los detonadores a las baterías hasta tanto no hubiera colocado la alarma de los relojes en un rango de 15 minutos antes al momento seleccionado para la explosión.

La presencia de Posada Carriles en Guatemala no resultó una sorpresa. Nuestros órganos de seguridad tienen pleno conocimiento del período centroamericano de Posada, en el que se mueve indistintamente por varios países de la región, sobre todo en Honduras, El Salvador y Guatemala. Parece ser que en esos momentos radicaba en Honduras o El Salvador, aunque visita frecuentemente Guatemala, tal como lo hizo en esa oportunidad y posteriormente, en abril de 1998, cuando preparó, en el hotel Hyatt Regency de esa ciudad, junto a Enrique Bassas y otros, el atentado contra Fidel en Santo Domingo, en ocasión de celebrarse la Cumbre de Jefes de Estado del Caribe.

Regresé a Cuba el día 25 de noviembre en un vuelo de LACSA, siguiendo la ruta Guatemala -San José- La Habana.

Como comprenderás, fue una sabia decisión del Gobierno de Cuba, neutralizar este criminal sabotaje e impedir la muerte de centenares de personas. A mis oficiales les quedó la compleja situación de impedir el sabotaje y justificar ante los terroristas de Miami este hecho. Fueron, sin lugar a dudas, momentos difíciles para mí. Debía regresar sin que las bombas hubiesen explotado y continuar mi trabajo de penetración sin despertar sospechas de la FNCA. Esta vez el ingenio, la temeridad y las convicciones lograron desinformar al enemigo y continué mi trabajo contra los terroristas. Fue otro triunfo de nuestra Seguridad del Estado.

Durante el juicio a nuestros Cinco Héroes fui testigo por deposición de la defensa y mi misión consistió en denunciar los planes terroristas contra Cuba y avalar el sacrificio de mis hermanos en la defensa de la patria. Tanto el tribunal de Miami, como la jueza Lenard, así como la Fiscalía, conocieron la participación de la FNCA y Posada Carriles en estos criminales hechos. La Fiscalía, representante del Gobierno federal, por su parte, trató de acusar a los luchadores antiterroristas e invalidar mi testimonio. Los hechos narrados por mí constituyeron un elemento más de la verdad y una acusación de la complicidad del Gobierno norteamericano con el terrorismo.

En otros momentos y ante otros representantes de la autoridad norteamericana fue dado a conocer mi testimonio. Sin embargo, dolorosamente, nada se ha hecho para enjuiciar a la FNCA, a Posada Carriles y a Gaspar Jiménez Escobedo por su participación en hechos terroristas contra Cuba, como lo fue el frustrado atentado contra el cabaret Tropicana en noviembre de 1994.

Al narrar estos hechos, experimento un par de sensaciones diferentes: por un lado, la satisfacción de haber impedido un malévolo plan contra Cuba y, por otro, la frustración de no haber acabado con la vida de estos criminales que han enlutado muchos hogares en el mundo.

Desde 1999, cuando fui dado a conocer públicamente como agente de la Seguridad cubana, he tenido la oportunidad de conceder entrevistas a más de ocho importantes medios de prensa norteamericanos, entre ellos al New York Times. Decenas de medios de otros países han informado de mis declaraciones durante el juicio celebrado en La Habana, en marzo de 1999, a los terroristas centroamericanos. De la misma forma, declaré como testigo en el juicio de los Cinco en Miami, así como en importantes eventos internacionales. La mayor parte de la gran prensa mediática ha ocultado la verdad; otros la han escamoteado y, los más, la han callado.

Para la FNCA y Posada Carriles sigo siendo un peligroso testigo al que se debe callar o, al menos, denigrar. Sin embargo, la verdad, la que yo cuento, triunfará alguna vez.

No sé si fueron el destino o mis convicciones revolucionarias las que me llevaron a participar en esta madeja de acontecimientos que me vincularían con los principales terroristas de esta época en América Latina. La necesidad de Cuba de defenderse tuvo en mí a un modesto soldado y después de todo, sólo me satisface haber cumplido con honra mi papel.



## **Los planes terroristas continuaron**

## LOS PLANES TERRORISTAS CONTINUARON

Luego de que la FNCA vio frustrados sus planes iniciales para realizar atentados contra instalaciones turísticas cubanas empleando a sus agentes radicados en la Isla, me refiero a los agentes 18 y 22, Olfiris Pérez Cabrera y Manuel Inda Ramos, respectivamente, quienes fueron neutralizados por la Seguridad cubana en 1993 y 1994, mostró una inusitada desesperación.

El otro supuesto terrorista encargado de los sabotajes en Cuba, Percy Francisco Alvarado Godoy, autor de este libro y nombrado por ellos con el seudónimo del agente 44, tenía orientado dilatar la colocación de las bombas en el cabaret Tropicana y en un hotel habanero durante varios meses, por indicaciones de mis superiores del DSE, así aumentó todavía más la incertidumbre de los terroristas miamenses. Yo permanecía en una aparente inercia, supuestamente retirado de los planes iniciales por temor y descontento, crispando los nervios de Alfredo Domingo Otero y Pepe Hernández, mis superiores dentro del ala paramilitar de la FNCA.

En los encuentros posteriores con los miembros del grupo terrorista de la FNCA, autodenominado Frente Nacional Cubano, aumentaron de forma desesperada las presiones sobre mi persona por parte de los mismos. El 8 de diciembre de 1994, Alfredo Domingo Otero me conminó en Miami para que acabara de colocar los explosivos en los objetivos previstos. Mediante llamadas telefónicas monitoreadas por la Seguridad cubana, insistió en varias oportunidades con posterioridad. (Ver Anexos)

El 10 de febrero de 1995 volvió a acorralarme en Miami, siempre con su aparente rostro bonachón y su cubaneo a ultranza, esta vez endulzándome con la promesa de elevar el premio a 60.000 dólares

por la colocación de los explosivos en Tropicana y en un hotel de La Habana o Varadero. No había la menor duda de que estaba presionado por Pepe Hernández u otros jefes de la FNCA.

Este oficial operativo asignado a mí desde los primeros contactos con la FNCA cuenta con una larga experiencia como terrorista. Nacido en 1930, estuvo preso por actividades contrarrevolucionarias en la prisión de Ariza, ubicada a pocos kilómetros de la ciudad de Cienfuegos.

Ciudadano norteamericano en la actualidad, Otero fue reclutado en 1960 por la Agencia Central de Inteligencia, llegando a convertirse en un experto en operaciones marítimas, explosivos, comunicaciones y acciones encubiertas. Su ascenso dentro de la Agencia lo llevó a convertirse en capitán del buque Rex, una de las naves con las que contó la CIA para sus actividades subversivas contra Cuba en la década de los 60. De una estatura de apenas 1.72 metros y ligeramente obeso, rostro bonachón y dicharachero, participó en más de 20 acciones terroristas contra Cuba. Una de ellas fue el sabotaje contra dos lanchas de la Marina de Guerra Revolucionaria en Sigüanea, realizado el 23 de diciembre de 1963.

Cuando amanecía, aquel 23 de diciembre de 1963, en la dársena de la Sigüanea, ubicada en la antigua Isla de Pinos, los moradores del lugar no imaginaban que en breves instantes aquélla sería sacudida por dos explosiones, una de menor intensidad, a la que seguiría otra aún más poderosa. La criminal mano de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos había seleccionado cuidadosamente su objetivo: dos unidades de la Marina de Guerra Revolucionaria de reciente creación.

Todo se desarrolló de manera bien pensada y sin que a los asesinos les preocupara el daño que provocarían. Un equipo de hombres-rana de la CIA colocó, de manera subrepticia, dos mortíferas cargas submarinas debajo de la lancha torpedera LT-85, la que se encontraba fondeada al lado de otra de su tipo, la LT-94. La primera provocó una pequeña explosión y, cuando decenas de personas se acercaron al lugar de los hechos, sobrevino la segunda, la que ocasionaría realmente el mayor daño. Otra vez se aplicaría la misma infamia experimentada con el atentado al vapor francés La Coubre. Y así fue.

La poderosa onda expansiva lanzó a cuerpos mutilados y amasijos de hierro hacia todas direcciones. Diecisiete fueron los heridos y perecieron cuatro personas: los marineros Jesús Mendoza Larosa, Fe de la Caridad Hernández Jubán y Andrés Gavilla Soto, así como el alférez de fragata Leonardo Luberta Noy.

Poco después se sabrían los detalles de tan criminal acción. Los saboteadores habían zarpado desde el buque madre Rex, empleado por la CIA para perpetrar acciones terroristas contra el territorio cubano. Al mando de la nave terrorista, se encontraba Alfredo Domingo Otero, disfrutando, gozoso, los nefastos resultados.

Se conocería después, por ejemplo, que cada una de estas criminales acciones se planificaban y organizaban desde territorio norteamericano, particularmente desde la estación JM/WAVE, ubicada en Miami, encargada de dirigir las actividades de grupos terroristas contra la Isla. Desde este centro de terror ubicado en terrenos alquilados en las áreas de la Universidad de Miami y bajo la pantalla de pertenecer a una firma nombrada Zenith Internacional, un alto oficial de la Agencia, Ted Shackley, dirigía a más de 300 oficiales y 4 mil terroristas de origen cubano, contando con un alto presupuesto, superior a los 50 millones de dólares anuales. Uno de ellos era Luis Posada Carriles.

Todos en Miami conocían, pues, que ese complejo de edificaciones ubicadas en un área de 1.571 acres, fortificadas y con acceso restringido, eran sólo la cabeza de decenas de casas de seguridad dispersas por toda la ciudad, de campos de entrenamiento, marinas y aeródromos, desde los cuales se gestaban planes violentos y partían los que ejecutarían las actividades terroristas en territorio cubano.

Además de aeronaves y el más sofisticado armamento de la época, JM/WAVE contaba con una flota de naves encargadas de llevar a cabo agresiones contra objetivos situados en las costas cubanas, infiltrar terroristas y provocadores, así como ejecutar el abastecimiento a las bandas de alzados dispersas en distintos puntos del territorio cubano.

Esta flotilla a cargo de la CIA contaba con varios buques madres similares al Rex, entre los que se encontraban el Leda, el Villaro, el Explorer II, el Tejana III, así como los cargueros Joanne y Santa María,

todos dotados indistintamente con cañones de 40 y 20 milímetros, ametralladoras calibre 50 y otros medios. Disponía la CIA, igualmente, de varias naves como el Dart, el Barb, el USS Oxford y el USS Piccono, cuya misión era realizar labores de espionaje electrónico, los dos primeros en las aguas del río Miami y los dos últimos desde aguas internacionales situadas cerca de las costas cubanas.

Estaba establecido por los oficiales de la CIA que cada buque madre se acercaba próximo a las 50 millas de las costas cubanas y de él partían embarcaciones de menor calado y mayor rapidez, conocidas como V-20. Estas lanchas rápidas de cerca de 20 pies contaban con potentes motores Graymarine de 100 HP, capaces de alcanzar los 35 nudos de velocidad. Era común que, tanto el buque madre y las lanchas V-20 estuvieran disfrazadas como buques pesqueros.

Para acercarse a la costa, los agentes de la CIA encargados de realizar los ataques, sabotajes o infiltraciones empleaban los RB-12, pequeños botes de goma dotados de motores eléctricos especiales y capaces de no emitir ruido alguno.

El atroz crimen de Sigüanea fue ejecutado por agentes de la CIA conducidos hasta la Isla por el buque madre Rex, una antigua nave patrullera de la Marina yanqui, de cerca de 174 pies de eslora, de color azul oscuro, y dotado de motores diesel de 3.600 HP que le permitían alcanzar los 20 nudos de velocidad. Ese navío contaba con equipos electrónicos sofisticados y era capaz de transportar varias V-20.

Hoy todo indica, como ya señalé, que fue precisamente este navío el que condujo a los hombres-rana de la CIA cerca de Isla de Pinos. Trasladados luego por una V-20 y por un B-12, los criminales se acercaron, amparados en la oscuridad, hasta la dársena de Sigüanea y ejecutaron la repudiable acción. Toda esta operación fue dirigida nada menos que por Alfredo Domingo Otero, capitán del Rex, quien, 30 años después, precisamente en otro diciembre, se vería vinculado con otros criminales planes contra Cuba.

Hoy, Alfredo Domingo Otero se mantiene residiendo en una lujosa casa, la que visité en varias oportunidades, radicada en el 8812 SW 52 street, en Miami. Su teléfono particular, que usábamos para establecer contactos en este etapa, es el 305 595 1656.

Amante de las artesanías, muchas de las cuales adornan la larga sala de su espaciosa casa, es dueño de una tienda de artesanías llamada “Bird Road Beauty”, situada en el 428 SW 23 Rd., en Miami.

Laboró también Otero en la dirección técnica de La Voz de la Fundación<sup>1</sup>, con Ninoska Pérez Castellón, centro de lanzamiento de diatribas y de mentiras, a la par que ha sido el especialista principal para las acciones de la célula paramilitar de la FNCA, teniendo en cuenta su pasada experiencia como oficial de la CIA.

Fue, sin lugar a dudas, el miembro de la FNCA con el que establecí las más estrechas relaciones de trabajo en ese período. Muchas veces le acompañé, bebiendo whisky de alta calidad, en su casa, conspirando en secreto mientras la ciudad de Miami dormía su sopor diario. Nos unía sin dudas una aparente simpatía común y tal vez el hecho de que dependíamos uno del otro para conseguir el éxito de nuestros planes particulares. Éramos dos hombres diferentes, con distintas motivaciones, pero compulsados a actuar de común acuerdo.

En marzo de 1995, Otero me presentó al terrorista Arnaldo Monzón Plasencia en una lujosa casa de Miami. Luego de reiterarme la necesidad de colocar las bombas como tarea esencial, el nuevo jefe que me asignaba la FNCA me orientó realizar estudios sobre la vulnerabilidad de la termoeléctrica y la refinería de la ciudad de Cienfuegos. En Arnold, como se me presentó, vi a un individuo atlético a pesar de sus años, experimentado en los gajes del oficio de conspirador y dotado de un carácter fuerte.

Durante los próximos meses, pude corroborar e informar a la Seguridad cubana que Arnaldo Monzón Plasencia se estaba encargando de la preparación de un team de infiltración con ciudadanos residentes en Estados Unidos para enviarlos a Cuba a atentar contra instalaciones turísticas. Tiempo después se comprobaría que este *team* estaba integrado por Santos Armando González Rueda y José Francisco Ramírez Oro, quienes vendrían meses después con ese objetivo, así como el de asesinar al Comandante en Jefe, Fidel Castro.

Ambos terroristas se infiltraron por Puerto Padre, provincia de Las Tunas, el 2 de marzo de 1995, logrando enterrar 51 libras

1. La Voz de la Fundación: Emisora subversiva de la Fundación Nacional Cubano Americana.

de explosivo plástico C-4 y otros medios. Fueron traídos en una embarcación tripulada por varios miembros de la FNCA, entre los que se encontraba José Pujol, uno de los tripulantes que en 2005 introdujeron ilegalmente a Luis Posada Carriles en Estados Unidos utilizando el Santrina.

Los dos criminales infiltrados en Cuba trajeron y enterraron 22,12 kilogramos de C-4, otra pequeña bolsa con 1.383 kilogramos de ese mismo explosivo, 12 detonadores eléctricos, tres relojes marca Cosmo Quartz, 25,5 metros de cordón detonante, dos pistolas rusas marca Baikal, 75 cartuchos de 9 mm.

Lo interesante del caso fue que ambos terroristas portaban un teléfono celular marca Cellstar de la NEC, número 03171115H3, entregado anteriormente a mi persona por Pepe Hernández para mis tareas operativas en La Habana, que les había devuelto hacía apenas tres meses.

Posteriormente, González Rueda y Ramírez Oro llegaron a La Habana en ese mismo mes y colocaron una carga explosiva de 138 gramos de C-4 en un hotel de Varadero, la que, afortunadamente, no explotó. Fueron capturados el 20 de marzo de 1995 en la frontera aeroportuaria cuando, luego de salir del país rumbo a Cancún, fueron devueltos por las autoridades mejicanas al descubrirse que los pasaportes costarricenses con los que viajaban eran falsos, expedidos a nombre de William Ortega Calderón y Rafael Antonio Oreamudo Blanco.

Detrás de estos mercenarios estuvieron involucrados Arnaldo Monzón Plasencia y Guillermo Novo Sampoll. El primero de ellos poseía, hasta su fallecimiento algunos años después, varias tiendas conocidas como Arnold Stores en Union City.

Por mi parte, recuperada frágilmente mi fachada ante la FNCA, el 11 de junio de 1995, se me orientó introducir altas sumas de dinero falso en moneda libremente convertible dentro del territorio cubano. Entre junio y julio de ese año introduje miles de CUC falsos en billetes con la denominación de 20 pesos. Para cumplir este cometido, la FNCA embutió el dinero en contenedores de doble fondo que permitieron burlar el control aduanal. Una vez en Cuba este dinero falso, la Seguridad cubana informó al Banco Central de Cuba sobre el peligro que acechaba al país y a su economía.

Mientras comenzaban a enfriarse mis vínculos con la FNCA, en parte por mi negativa a colocar las bombas y porque estaban ensayando otras alternativas para propiciar los sabotajes, realizaron nuevos intentos terroristas.

Durante 1995, la FNCA mantuvo una actividad inusual de búsqueda de inteligencia sobre importantes objetivos de la economía nacional. Dentro de esta estrategia, se me orientó, por mis jefes del ala militar de la Fundación para recabar informaciones sobre la base de submarinos y sobre una central termoeléctrica, situadas ambas en la ciudad de Cienfuegos.

Meses después, en agosto de ese mismo año, Roberto Martín Pérez, Luis Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo, Eugenio Llaneras y otros miembros de la FNCA se involucraron en un plan de atentados contra Fidel Castro durante la celebración de la V Cumbre de Jefes de Estado a realizarse en San Carlos de Bariloche, República Argentina. Lo mismo ocurrirá en noviembre de 1996, cuando Posada Carriles y Félix Rodríguez Mendigutía organizan un nuevo intento de magnicidio contra Fidel, durante su visita a Chile para participar en la VI Cumbre de Jefes de Estado de Iberoamérica.

Otro intento por desarrollar acciones terroristas dentro de la Isla desde Estados Unidos, y utilizando a personas residentes en ese país, fue el ocurrido el 12 de enero de 1996. Éste se realizó bajo la dirección de la FNCA y empleando al ciudadano de origen cubano residente en La Florida nombrado Cecilio "Cheche" Reinoso Sánchez, integrante del Frente Nacional de Presos Políticos de Cuba. Esta persona, en unión de su sobrino, nombrado Juan Ramos Reinoso, fue capturada cuando se disponían a colocar dos bombas en centros turísticos de Pinar del Río.

Cecilio Reinoso residía en el 965 W 79 Place, en Hialeah, Miami. Ingresó, en 1995, en el FNPP, organización que se reúne en la auto denominada Casa del Preso, situada en la 13 avenue y 12 street, en el South West de Miami. Junto a su jefe, Rufino Álvarez Oquendo, del que recibió indicaciones de crear una célula terrorista en la provincia pinareña, estableció contacto en Miami con dos de los operativos de la célula terrorista de la FNCA en ese entonces: Roberto Martín Pérez y Horacio Salvador García Cordero.

Un tiempo después, cuando todo parecía indicar que cesarían los planes de la FNCA, el 16 de septiembre de 1996, es capturado otro terrorista proveniente de Estados Unidos, el que penetró por Punta Alegre, provincia de Ciego de Ávila, con gran cantidad de armas y explosivos.

Un mes después, los órganos de la Seguridad del Estado tuvieron conocimiento de un plan para emplear medios aéreos teledirigidos y cargados de explosivos para impactarlos contra diferentes objetivos de importancia económica y política en la Isla. Los organizadores, pertenecientes a la Brigada 2506, fueron José Miró Torras, Oscar Zacarías Lima Córdoba, Eduardo Ferrer González y Gustavo Ponzoa Álvarez. Muchos de los objetivos seleccionados habían sido marcados previamente con el GPS y ensayados en Bahamas, Puerto Rico y Texas. Muchos elementos hacían presuponer la participación de la FNCA en este plan.

Estaba claro para ese entonces que Cuba estaba seriamente amenazada por una próxima oleada de terror. Cuba debía caer, como lo hizo el campo socialista europeo, pero no como resultado de contradicciones internas, sino por la mano oculta de la CIA y de sus empecinados instrumentos de la Florida. Para nosotros, la orden de enfrentamiento sin tregua al enemigo estaba dada.



## **La oleada terrorista de Posada Carriles**

## LA OLEADA TERRORISTA DE POSADA CARRILES

**P**ara 1997, el terco e incansable Posada Carriles ha creado la infraestructura necesaria para llevar a cabo la oleada terrorista contra Cuba que había planificado, no sin tropiezos, la Fundación Nacional Cubano Americana. Contaba, por un lado, con incontables recursos provenientes de la FNCA y de las autoridades norteamericanas. Por otra parte, tenía plena conciencia de que sus actividades serían bendecidas por el Gobierno de Estados Unidos, frecuentemente parcializado con el terrorismo contra Cuba, y con la complicidad de varios Gobiernos latinoamericanos. Nada lo detiene. Se siente en esos momentos omnipotente y cree que al fin ha llegado su hora tan esperada, luego de tantos fracasos y decepciones.

Organizador tenaz y viajero frecuente, ha desandado toda Centroamérica para cumplir este propósito. Ha creado, sin mucho esfuerzo, una numerosa red de colaboradores en Estados Unidos, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Honduras, Venezuela, República Dominicana, El Salvador y otras naciones de la región, para obtener financiamiento, apoyo logístico y armas. Sabe que también dispone de un potencial grupo de mercenarios centroamericanos, identificados por sus cómplices en esos países, debidamente desinformados sobre la realidad cubana y con disposición de arriesgarse por irrisorias sumas de dinero que constituyen una fortuna en sus empobrecidos países.

La oleada de atentados terroristas con la que siempre soñó Posada Carriles se inició el 9 de abril de 1997, cuando Francisco Chávez Abarca arribó a Cuba por el aeropuerto internacional José Martí, empleando su pasaporte salvadoreño N° 816604. La primera de las bombas la colocó este terrorista centroamericano en los baños de la discoteca Aché del hotel Meliá Cohiba y detonó, como un mal pre-

sagio, a las 3:53 de la madrugada del día 12 de abril. Contenía 600 gramos de C-4. La suerte ayudó esta vez a los cubanos, pues ninguno se encontraba en esos momentos en el local siniestrado.

En ocasión de otro de sus viajes, realizado 18 días después de la colocación de la primera bomba, el 30 mayo, Chávez Abarca colocó otro artefacto explosivo en una maceta ornamental del piso 15 de ese mismo hotel habanero. Contenía 401 gramos de C-4 que se activarían mediante un mecanismo de relojería acoplado a una calculadora marca Casio, modelo QA-100. También esta vez, descubierto a tiempo el artefacto de muerte, se pudo evitar la muerte y la destrucción.

La actividad terrorista de Chávez Abarca, como miembro de la red centroamericana del terror y por orientaciones de Posada Carriles, lo llevó a colocar una bomba en las oficinas de la corporación Cubanacán, en ciudad México el 25 de mayo de 1994, a las 6 de la tarde de ese día. Con este hecho se quiso revivir la ofensiva terrorista contra intereses y representaciones cubanas en el exterior, *modus operandi* de Posada Carriles y sus cómplices en la década de los 70. Estaba claro que este centroamericano sin escrúpulos se había convertido en un eficaz aliado para la FNCA y Posada.

Francisco Chávez Abarca, conocido como el “Gordito” o el “Pan-zón”, nació el 10 de septiembre de 1972, en El Salvador. Sin penas ni glorias, deambuló toda su vida entre la marginación y el delito, convirtiéndose en un vividor, amante del dinero fácil. Sus oscuras actividades delictivas como traficante de autos robados le han hecho usar en reiteradas identidades, tales como William González, Manuel González y Pedro Humas, tal como lo ha hecho, frecuentemente, su jefe Luis Posada Carriles.

Su historia criminal no se limitó sólo a su participación como ejecutor directo y reclutador de mercenarios en la oleada terrorista de 1997, como veremos más adelante. El 1º de octubre de 2005, la Policía Nacional Civil (PNC) de El Salvador capturó a Francisco Antonio Chávez Abarca en compañía de otros 21 miembros de su banda de ladrones de autos. Chávez Abarca fue dejado en libertad el 2 de octubre de 2007, cumpliendo apenas dos años de prisión preventiva por ser el jefe, luego de evitar un juicio mediante procedimientos dilatorios, sucias componendas y agradecidos favores a personajes

influyentes del Gobierno. De inmediato, al conocerse la liberación del Panzón, el FMLN solicitó una explicación al respecto por parte del ministro René Figueroa y de Félix Safié, el entonces Fiscal General. El partido Arena logró bloquear esta indagatoria.

Por esos días de agosto de 1997, su jefe Luis Posada Carriles realizó un viaje en el que recorrió varios países de Europa y África, empleando un pasaporte falso a nombre de Franco Rodríguez Mena, enviado por algunos de sus protectores dentro del Gobierno salvadoreño, con la finalidad de adquirir cuantiosas cantidades de armas de manera ilegal. Un hecho curioso tuvo lugar por esa fecha: el 25 de mayo de 1997 ocurrió un golpe de Estado en Sierra Leona que derrocó al Gobierno civil del Presidente Ahmad Tejan Kabbah, en esos momentos Posada se encontraba en ese país. Ante los confusos acontecimientos, corrió a refugiarse a la Embajada de Estados Unidos, donde recibió cobijo y refugio seguro, cuando portaba una identidad falsa y tenía sucios antecedentes relacionados con su fuga de una prisión en Venezuela y con el escándalo Irán-Contras. Sus amos del Norte le tendieron la mano otra vez de forma solapada y este hecho trató de ocultarse a la opinión pública. Los eternos compromisos de la CIA con el criminal volvieron a valerle de algo.

La verdad es que en esa etapa, Posada Carriles gozaba del apoyo total del Gobierno norteamericano y su par salvadoreño. Prueba de ello lo es su dudosa relación con el viceministro de Seguridad en ese entonces, Hugo Barrera, quien ha sido líder de Arena, el principal partido de la burguesía salvadoreña. Éste lo protegió en reiteradas ocasiones, al igual que Mario Acosta, también ministro del Interior en aquellos tiempos. Otros de sus cómplices en El Salvador fueron Rodrigo Ávila, director de la Policía Nacional Civil y Mauricio Eduardo Sandoval Avilés, director del Organismo de Inteligencia del Estado en esa etapa. La lista se incrementó con la persona de Julio Eduardo Villatoro Monteagudo, un abogado que enfrentó a partir de 2008 un proceso de deportación en Estados Unidos, luego de su captura, y quien le apoyó con dinero y recursos para sus actividades terroristas en la década de los 90.

Comisor de los delitos de fraude, lavado de dinero y estafa en 2004, Villatoro escapó a los EEUU, huyendo de la justicia salvadoreña, luego

de que estafara a centenares de personas mediante operaciones fraudulentas cometidas por su casa de corredores de bolsa Operaciones Bursátiles de Centroamérica, S.A. de C.V.

Otro hecho que pone a prueba los vínculos de Posada Carriles y su célula terrorista centroamericana con la extrema derecha salvadoreña, han sido las reiteradas negativas del pasado ministro de Seguridad Pública de El Salvador y vicepresidente de Arena de René Figueroa, de enjuiciar a Francisco Chávez Abarca por los actos de terrorismo cometidos por éste. Encargado de la seguridad de la recientemente celebrada XVIII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estados en El Salvador, se lavó las manos ante las denuncias del presidente venezolano Hugo Chávez sobre un plan de atentado contra su persona cuando asistiera a la misma.

Se conoce hoy que, ante la impunidad de la que gozaba Posada Carriles en El Salvador, el 5 de octubre de 1999, se entregó al Gobierno de Francisco Flores un amplio informe del Gobierno de la República de Cuba en relación con las actividades terroristas de éste, a sabiendas de que el mismo radicaba en ese país y utilizaba su territorio para tales fines. Lamentablemente, los niveles de complicidad del Gobierno de Arena impidieron que se realizara una exhaustiva investigación al respecto.

Ni los reclamos del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), ni la denuncia internacional, ni la búsqueda de explicaciones por parte de la Comisión de Seguridad Pública del Congreso Salvadoreño permitieron desentrañar las actividades de Posada Carriles en El Salvador. Siempre se encontraron con la negativa del Gobierno y del entonces ministro de Seguridad salvadoreño, Francisco Bertrand Galindo.

Durante la etapa de los 90, Luis Posada Carriles fue visto en los Talleres Automotrices Moldtrok, una empresa fundada en 1961 y situada en la 25 avenida Sur, N° 416, San Salvador, propiedad de Ramón Sanfeliú, un salvadoreño de ultraderecha relacionado con los grupos más radicales de Arena quien le brindó protección en múltiples ocasiones. En un artículo del periódico salvadoreño *La Prensa Gráfica*, que apareció el viernes 9 de marzo de 2001, se anunció que la Policía Nacional Civil investigaba al referido taller automotriz, por dedicarse

de forma no autorizada a la importación de armas de guerra, luego de ganar una licitación para proveer de municiones a la Academia Nacional de Seguridad Pública (ANSP). Las autoridades salvadoreñas habían decomisado días antes un gran cargamento de municiones para escopetas calibre 12, procedente de Bilbao, España, destinado, entre otros, a los talleres Moldtrok. Las actividades ilícitas de Sanfeliú, relacionadas con trasiego de armas y municiones, lo ponen en evidencia en cuanto a su participación en los atentados terroristas perpetrados por Posada Carriles en Cuba durante 1997.

La complicidad de Posada Carriles con las élites del poder en El Salvador, se puso de manifiesto hace poco, cuando fue recomendado por Lincoln Díaz Balart para que participara desde Miami en las componendas para impedir la ascensión del FMLN si éste ganaba las elecciones o, de lo contrario, realizar maniobras para impedir el triunfo de esta organización en las urnas. La inusual recomendación hecha por el representante de la ultraderecha miamense tuvo lugar en un encuentro secreto en Los Ángeles, con el entonces presidente Antonio Saca, celebrado en abril del 2008. Como premio a su “ayuda”, Lincoln Díaz Balart recibió la Orden Nacional José Matías Delgado, apenas un mes después. El 3 de mayo de 2008, en Miami, se consumaba la estrecha relación entre estos representantes de la mafia cubanoamericana de la Florida y la ultraderecha salvadoreña.

Volviendo a Chávez Abarca, se supo después de la denuncia de su vinculación con Posada Carriles que los contactos con el terrorista cubano datan de la década de los 80, ocasión en la que el padre de éste, Antonio Chávez Díaz, colaboró con el agente de la CIA en las actividades en Ilopango.

Teniendo en cuenta su amplio historial delictivo, Posada lo escogió para integrar la red terrorista centroamericana. El Panzón supo aprovechar sobremana la confianza depositada en él por Posada Carriles, quien llegó incluso a conectarlo a directivos de la FNCA, como Arnaldo Monzón Plasencia, con el que se reunió varias veces por indicaciones de su jefe.

Hoy por hoy, luego de sus desandares criminales y sus tropiezos con la justicia, Francisco Antonio Chávez Abarca no tiene adonde refugiarse después del triunfo del FMLN en El Salvador. Sin poder

usar la opción de esconderse en Guatemala, país donde enfrenta problemas con sus socios de correrías, se oculta en Honduras, beneficiado por miembros de la policía y por otros miembros de la célula terrorista de Posada Carriles como Nodarse. ¿Quién sabe si no se encuentra reprimiendo a los oponentes al golpe de Estado dado al presidente Manuel Zelaya?

Cansado de arriesgarse innecesariamente y a instancias de Posada Carriles, se dedicó a reclutar mercenarios centroamericanos para continuar la oleada de atentados en Cuba. Uno de sus escogidos fue el joven salvadoreño Raúl Ernesto Cruz León, en ocasión de contactarlo en la agencia Geo Rent A Car, en San Salvador. No fue difícil para él reclutar a este individuo dotado de una personalidad sociopática y un fuerte interés por el dinero.

Ante la promesa de recibir 3.700 dólares, Raúl Ernesto Cruz León viajó a La Habana con la finalidad de realizar los atentados terroristas comprometidos con Chávez Abarca. El 12 de julio, tres meses después de la detonación de la primera bomba en la discoteca del Meliá Cohiba, el mercenario salvadoreño colocó al mismo tiempo una bomba en el hotel Capri y otra en el cercano hotel Nacional, alrededor de las 11:35 de la mañana. Ya en San Salvador, hizo alarde de su reciente aventura, sin importarle las cuatro personas heridas durante el suceso terrorista. Los que le conocían supieron que sus alardes escondían una detestable acción criminal y su falta de remordimientos.

Siguiendo el concepto de internacionalización del terrorismo contra Cuba, mercenarios al servicio de la FNCA detonaron un artefacto explosivo en las afueras de las oficinas de Havanatur en Nassau, Bahamas, sobre las 9 de la noche del día 3 de agosto de 1997. No se ha podido esclarecer hasta ahora quiénes fueron los ejecutores directos de esta explosión, pero no se descarta la implicación de la Fundación.

Otro de los terroristas contratados por Francisco Chávez Abarca y Luis Posada Carriles fue Otto René Rodríguez Llerena, quien laboraba en ese entonces como gerente de Seguridad y Protección en la firma automotriz Didea S.A. Movido por una mezcla de intereses monetarios e ideológicos, arribó a La Habana el 3 de agosto de 1997 y colocó, al día siguiente, una bomba en el vestíbulo del hotel Meliá

Cohiba. El día 4 de agosto, como ya señalamos, entre las 7 y 8 de la mañana, el artefacto explotó, causando varios daños materiales. La composición de la mezcla explosiva, según los peritos, contenía TNT y Exógeno.

Un tiempo después, sería capturado este mercenario al entrar al país, a la 2 de la tarde del 10 de junio de 1998, procedente de Guatemala. Su misión era abastecer con explosivos a un supuesto terrorista radicado en Cuba, de nombre Juan Francisco González Gómez, quien colocaría una bomba en el Mausoleo al Che Guevara en Santa Clara. El supuesto terrorista al que contactaría en Cuba era un experimentado agente de la Seguridad cubana.

Para realizar tales acciones, Rodríguez Llerena transportó 1.519 kilogramos de explosivo plástico C-4, distribuidos y enmascarados en un pomo de champú, uno de pasta dental y otro de desodorante. Traía, además, dos relojes marca Casio y dos detonadores.

Mientras estos hechos se sucedían, el 2 de agosto de 1998, Posada Carriles ofreció una entrevista a la cadena CBS, la que en su programa Polos Opuestos transmitió unas declaraciones del terrorista en las que reconoce su participación en las acciones violentas que ocurrían en la Isla y declara realizar más de estos atentados con explosivos.

Ante la oleada de atentados terroristas, la Fundación Nacional Cubano Americana, solapada organizadora y financista de los mismos, realizó con total descaro y desenfado una declaración en apoyo a sus ejecutores.

La lectura del hipócrita documento, firmado por varios directivos de la FNCA directamente involucrados en las explosiones muestra la doblez y falta de vergüenza de sus signatarios:

A la opinión pública: Mensaje de la Junta de Directores de la Fundación Nacional Cubano Americana

“Los incidentes de rebeldía interna que durante las últimas semanas se vienen sucediendo a través de la Isla hablan claramente de la exasperación de un pueblo que no se resigna al destino de esclavitud y miseria en que lo ha sumido el régimen castrista.

Luego de cuatro décadas de sufrir los rigores de la más feroz tiranía que haya padecido nuestro continente, el pueblo cubano le está enviando al mundo, mediante estos actos de rebeldía, el más claro e inequívoco mensaje.

“Aquellos que se preguntan quiénes podrán ser los autores materiales de los recientes incidentes, no tienen más que analizar las características de éstos para concluir que apuntan a elementos altamente organizados dentro del país, quizás dentro de las propias fuerzas armadas, hombres y mujeres que junto al resto de la población sufren los crímenes del castrismo, pero que poseen los conocimientos, contactos y disciplina para evadir la detección por parte de las, obviamente inefectivas, estructuras de seguridad del régimen. Si esto fuera cierto, esperamos que cumplida su misión de desalojo de la cúpula gobernante y una vez restaurado el orden, vuelvan a sus cuarteles, permitiendo a su pueblo que ha sufrido la hegemonía militar durante casi medio siglo, recobrar su libertad bajo un régimen civilista y democrático. Esto sería, sin duda, la mayor de las contribuciones que los militares pudieran hacer a la paz y al bienestar de la sociedad cubana.

“Independientemente de quienes sean los autores materiales, la responsabilidad final, directa e ineludible, de la violencia que pueda aún suscitarse en Cuba, no puede recaer en nadie más que en Fidel y Raúl Castro, quienes, con su obstinación en preservar el absolutismo a ultranza, han cerrado todas las puertas a una solución concertada e incruenta de la problemática nacional cubana.

“La Fundación Nacional Cubano Americana, que ha alentado la formación de una conciencia cívica mundial en oposición al régimen castrista mediante el uso de vías pacíficas de presión política y económica, no puede, sin embargo, permanecer en silencio en estos momentos cruciales, sobre todo cuando se levantan voces hipócritas para enjuiciar a quienes, dentro de Cuba, confrontan al régimen castrista a riesgo de sus propias vidas, ya sea con la denuncia valiente de sus arbitrariedades y crímenes, ya sea con acciones cruentas de rebeldía.

“El pueblo cubano, como todo pueblo que lucha por su libertad, tiene derecho a escoger los instrumentos que se encuentren a su

alcance para obtenerla. Un mundo que ha permanecido sordo, frío e insensible a los crímenes cometidos por el régimen castrista, no tiene derecho a juzgar a sus víctimas, ni a impedir que los cubanos alcancen su libertad.

“La Fundación Nacional Cubano Americana, consciente de su responsabilidad para con el pueblo cubano, respalda sin ambages ni reparos cuanta denuncia, enfrentamiento o acto de rebeldía interna vaya encaminado a la expulsión de Fidel y Raúl Castro del poder y, por ende, a la obtención de la paz y el bienestar de nuestro pueblo.

“Hemos mantenido, por espacio de dos décadas, que la solución del problema cubano sólo es posible con la salida de Fidel y Raúl Castro del poder. Hoy más que nunca, la posposición indefinida de esta alternativa única e ineludible no haría más que prolongar y exacerbar el odio en un pueblo que ya se encuentra exhausto por cuatro décadas de violencia, miseria y sufrimiento.

“Quienes con sus actos y sus omisiones se hacen cómplices de la permanencia de Fidel y Raúl Castro en el poder, a su vez hacen responsables de la sangre, que en su afán de libertad, aún le quede por derramar al noble y sufrido pueblo cubano.

“Hoy que ese pueblo, exhausto y casi sin aliento, alza su voz de rebeldía, nosotros, los cubanos del exilio, que por voluntad propia hemos escogido permanecer como parte integral de la nacionalidad cubana, tenemos la obligación ineludible de acudir en su ayuda sin reparos ni limitaciones. Los hombres y mujeres de la Fundación Nacional Cubano Americana, siempre atentos al clamor de libertad de nuestro pueblo, también en esta ocasión sabremos cumplir con nuestro deber.

Miami, Florida, 11 de agosto de 1997

Por el comité ejecutivo:

Pedro Adrián, Jorge L. Mas Canosa, Dr. Luis Botifoll, Arnaldo Monzón, Fernando Canto, Domingo R. Moreira, Tony Costa, Elpidio Núñez, Carlos M. de Céspedes, Fernando Ojeda, Clara M. del Valle, Erelío Peña, Feliciano Foyo, C.P.A., Lombardo Pérez, Horacio García, Remberto Pérez, Raúl González, M. D., Roberto Martín Pérez, Alberto M. Hernández, M.D. Delfín Pernas, Francisco J. Hernández, Domingo

Sadurni, José Antonio Llana, Ignacio Sánchez, Alberto J. Marino, Diego R. Suárez, Miguel A. Martínez, Felipe Valls

El manido argumento de que los atentados terroristas eran resultado de rebeldía interna y oposición al Gobierno cubano por miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y del Ministerio del Interior fue un cínico intento de legitimar sus criminales actos.

El 22 de agosto, apenas unos días después, explotó una bomba en el hotel “Sol Palmeras” de Varadero. Fue colocada en un pasillo cercano al bar *lobby*. Este atentado fue realizado por los guatemaltecos Marlon Antonio González Estrada y Jorge Venancio Ruíz, contratados también por Francisco Chávez Abarca.

El 4 de septiembre de 1997, fueron colocadas cinco bombas simultáneamente en los hoteles Comodoro, Chateu Miramar, Tritón y Copacabana, así como en la Bodeguita del Medio. La primera se colocó en un área cercana a un salón donde se celebraba un evento infantil de Ajedrez y la misma no detonó al ser desactivada por un niño que recogió los componentes y los trasladó a su casa. Meses después fueron entregados a las autoridades. Por supuesto, Raúl Ernesto Cruz León nunca reconoció la existencia de esta bomba.

Las bombas colocadas por este terrorista centroamericano provocaron cuantiosos daños materiales y el lamentable deceso del ciudadano de origen italiano Fabio Di Celmo. Hoy, Raúl Cruz purga prisión junto a otros terroristas de origen centroamericano por los delitos horribles que cometieron, en espera de que se consuma la sanción de pena capital a la que fue sentenciado en compañía de Rodríguez Llerena.

Paralelamente a los atentados con bombas que ocurrían en la Isla, Francisco José Hernández Calvo trataba de ampliar dicha oleada mediante el empleo de aviones teledirigidos y cargados de explosivos, a un precio de 50.000 dólares cada uno, los que se lanzarían contra algunos de los objetivos que yo, supuestamente, había identificado, en 1994, con el GPS. Ante estos hechos, fue citado por el FBI en septiembre de 1997 sin que fuera procesado por ello. Nadie en Miami molestaría a uno de los prominentes jefes de la FNCA.

El 19 de octubre de 1997 fue encontrado, en el interior de un microbús Toyota del servicio de taxis Autos Havana, en las cercanías de la Ciudad Deportiva, en la ciudad de La Habana, un poderoso explosivo oculto en una tanqueta, con su respectivo detonador y un reloj digital marca Casio.

Otra bomba fue colocada el día 30 de octubre de 1997, en un depósito de basura aledaño a un quiosco, en un salón de la Terminal N° 2 del aeropuerto internacional José Martí. Tanto esta bomba, como la encontrada unos días antes en un microbús, fueron colocadas por los guatemaltecos Marlon Antonio González Estrada y Jorge Venancio Ruíz. Ambos terroristas suplantarón las identidades de dos de sus compatriotas, a saber, nombrados Nery de Jesús Galicia Hernández y José Luis Castillo Manzo, para realizar su viaje en octubre de 1997.

Hoy es conocido que ambos terroristas pertenecían a la célula terrorista guatemalteca de Luis Posada Carriles, integrada por José Burgos, Juan Jiménez, Mario Delamico y José Álvarez.

Como una venganza entre ladrones de carros, el 2 de mayo de 1998, apareció muerto con un disparo en la cabeza Marlon Antonio González Estrada.

Alrededor de esos días, Posada Carriles viajó a Estados Unidos, específicamente el 26 de agosto de 1997, rumbo a Nueva York, en el vuelo 730 de la aerolínea centroamericana Taca Internacional, empleando el pasaporte a nombre de Franco Rodríguez Mena. La desesperación provocada por la neutralización de la oleada terrorista proveniente de Centroamérica y el interés por destruir la Revolución hacen que los mafiosos de Miami prosigan con sus planes.

Los últimos terroristas centroamericanos fueron capturados unos meses después, el 4 de marzo de 1998. Fueron los guatemaltecos: Nader Kamal Musalam Barakat y María Elena González Meza. El primero de ellos fue detenido en la terminal aeroportuaria en el punto aduanal mientras transportaba los explosivos. La segunda, portadora de los detonadores, logró escabullirse y fue capturada horas después en el barrio habanero de El Vedado.

El esposo de María Elena, Jazid Iván Fernández Mendoza, fue arrestado por las autoridades cubanas unos días después, al arribar

al país con la misión de averiguar la situación de su cónyuge. En sus manos existían trazas de explosivo plástico C-4.

Por ese entonces, Luis Posada Carriles se encontraba en Honduras empleando la falsa identidad de Ramón Medina. Podía ser localizado por sus cómplices en el celular 011 503 886 2953. No se ocultaba esta vez, se sabía protegido por las autoridades de ese país, a muchos de cuyos jefes militares había conocido en las décadas anteriores.

Es el 13 de octubre de 1997 cuando se vio involucrado en dos atentados con bomba contra el presidente Carlos Roberto Reina. Esta vez Posada no respetaba ni a sus protectores.

Mucho le costó a Cuba esta vez el accionar al terrorista Posada Carriles, quien parecía gozar de total impunidad. Aplaudido y nuevamente respetado por sus socios de Miami, creía que podía continuar con sus crímenes sin que existiera un coto para él.



## **Los otros caminos del “guerrero” y sus secuaces**

## LOS OTROS CAMINOS DEL “GUERRERO” Y SUS SECUACES

**E**l 27 de octubre de 1997 fue capturado en Puerto Rico el yate “La Esperanza”, propiedad del contrarrevolucionario José Antonio Llamas, en aguas cercanas a esta isla, cerca del Cabo Rojo, por el barco Barnoff de la Guardia Costera de los Estados Unidos. Sus cuatro ocupantes. Ángel Manuel Alfonso Alemán, Juan Bautista Márquez, Ángel Hernández Rojo y Francisco Secundino Córdova planeaban realizar un atentado contra Fidel, durante su asistencia a la VII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, a realizarse entre los días 8 y 9 de noviembre, en la isla de Margarita, Venezuela.

El operativo implicado en este magnicidio había realizado estudios previos sobre el terreno con vistas a detectar aquellos puntos factibles para realizar disparos con dos sofisticados fusiles semiautomáticos calibre 50, marca Barret y modelo 82A1, dotados con miras telescópicas, contra la aeronave que transportaría al jefe de estado cubano o contra los carros blindados que lo transportarían. Contaban además con siete cajas de proyectiles para estas armas, cada uno con 10 cartuchos, así como varios uniformes militares, seis radios portátiles, un teléfono satelital, visores nocturnos y miras telescópicas y un total de cerca de mil dólares.

La preparación de este atentado contó con la organización inicial del mismo por Posada Carriles y Arnaldo Monzón Plasencia, otros directivos de la FNCA, así como grupos contrarrevolucionarios radicados en Venezuela y Miami. Entre los primeros se encontraban Salvador Romaní, Ricardo Koesling, Francisco Pimentel, Hermes Rojas Peralta, Pedro Morales y Nelly Rojas, esposa de este último. Entre los contrarrevolucionarios radicados

en La Florida, vinculados todos a la FNCA, se encontraban Alberto Hernández, Francisco José Hernández Calvo, Alfredo Domingo Otero y otros.

La célula venezolana de Posada Carriles se encargó de realizar estudios en la isla de Margarita que contemplaban el descubrimiento y análisis de las medidas gubernamentales de seguridad en la misma, examen del recorrido posible de la aeronave cubana que transportaba a Fidel, previo a su aterrizaje, sus vías de desplazamiento en el lugar, así como otras importantes tareas logísticas.

Detenidos por el FBI, los cuatro terroristas hicieron disparatadas y contradictorias versiones sobre el plan. Más adelante se esclarecerían los hechos. Pocos días después, durante el proceso investigativo, los fiscales federales se encontraron que el plan de atentado no era un hecho realizado aisladamente por estos individuos, sino una de las madejas de una conspiración.

Lo primero en aparecer fue una cuenta bancaria a nombre de Juan Bautista Márquez en el Citibank, con un depósito de 2.000 dólares. Sospechosamente, esta cuenta fue incrementándose en los próximos días, al recibir una transferencia inicial de 2.990 dólares y un depósito ulterior de 127.000 dólares. Hoy se ha comprobado que estas sumas de dinero fueron entregadas a Juan Bautista por Alfredo Domingo Otero, uno de los jefes de operaciones del grupo paramilitar de la FNCA.

Las investigaciones arrojaron que los dos fusiles Barret fueron comprados por Francisco "Pepe" Hernández, presidente de la FNCA y Juan Evelio Pou, otro de los integrantes de esta organización terrorista. Más adelante, el jurado de instrucción comprobó que el dueño de la nave era José Antonio Llama, otro de los directivos de la FNCA.

Todos los tripulantes capturados por la embarcación Barnoff, de la Guardia Costera, tenían amplios antecedentes que los vinculaban a acciones terroristas contra Cuba. Ángel Manuel Alfonso Alemán estuvo condenado en Cuba por actividades terroristas y pertenecía a la Asociación de Ex Presos Políticos en el Exilio. Francisco Córdova participó en la derrotada invasión de Playa Girón en 1961.

A pesar de los delitos cometidos, los acusados fueron liberados bajo fianza. Miles de dólares fueron desembolsados por la FNCA

para pagar las fianzas impuestas y los gastos de la defensa. Sorpresivamente, cuando se esperaba que purgarían su crimen con sanciones adecuadas a su delito, fueron acusados simplemente de dos delitos menores. Por arte de magia, fueron escamoteados los delitos de más peso: conspiración para cometer asesinato, tráfico de armas y falsos testimonios. Era, sin lugar a dudas, una muestra más de la parcialidad de la justicia norteamericana con los terroristas de origen cubano.

A la larga, luego de clamar por la realización de este en juicio en Miami, la mafia logró la absolución de los detenidos en diciembre de 1999. Uno de los exonerados por falta de pruebas en 1999, Juan Bautista Márquez, quien se encontraba aún bajo fianza, fue capturado por la DEA en enero de 1998 con 365 kilos de cocaína. Fue acusado de varios delitos, entre ellos el de tráfico de drogas y lavado de dinero.

La mano de Posada estaba también detrás de este plan de magnicidio. Pero no descansó luego de ver frustrados sus objetivos. En los primeros meses de 1998, estuvo realmente ocupado Posada Carriles con la preparación de otro atentado contra Fidel Castro durante su esperada visita a República Dominicana, en ocasión de la Cumbre de Jefes de Estados Asociados del Caribe, a celebrarse meses después, entre los días 20 y 25 de agosto de ese año.

Luego de viajar e Estados Unidos el 10 de abril de 1998, presumiblemente para encontrarse con altos dirigentes de la FNCA, convocó a una importante reunión en el hotel Holliday Inn, de Ciudad de Guatemala, en la que participaron entre otros los contrarrevolucionarios de origen cubano Luis Posada Carriles, Enrique Bassas, Ramón Font y Luis Orlando Rodríguez. La misma tuvo lugar entre los días 19 y 21 de julio de 1998.

El plan inicial estipulaba realizar el atentado contra el jefe de Estado cubano empleando dos lanzacohetes tierra-aire o mediante la colocación de cargas explosivas durante su recorrido por Santo Domingo o en algún lugar al que éste asistiera.

Los pasos previos a esta operación, y con fines logísticos, los había realizado Posada Carriles desde hacía cuatro meses. Para cumplir este objetivo, el terrorista ingresó a Nicaragua por el aeropuerto

internacional Augusto César Sandino, el 26 de marzo de 1998, con falsa identidad a nombre de Franco Rodríguez Mena, avalada con el pasaporte salvadoreño N° 143258, empleado por él en varias oportunidades, y que usaría en noviembre del año 2000, durante el fallido atentado contra Fidel en Panamá. El propósito de su viaje era hacer contactos en Estelí con un grupo de contrarrevolucionarios cubanos, miembros de su extendida célula, a los que encargaría adquirir una cierta cantidad de explosivo plástico C-4 y dos lanzacohetes portátiles. Para cumplir este cometido, contaba con 10.000 dólares entregados previamente a él por Arnaldo Monzón Plasencia.

Tiempo después, para agilizar la compra de los medios antes mencionados, ingresó ilegalmente a Nicaragua por el Paso de Las Manos el 7 de mayo, procedente de Honduras.

La reunión preparada en el Holliday Inn de Ciudad de Guatemala tenía el propósito de ultimar detalles y recibir las instrucciones provenientes de sus jefes de la FNCA.

Paralelamente, Roberto Martín Pérez realizó varios viajes a República Dominicana para preparar un plan alternativo de atentado contra Fidel, contando con el apoyo en esa nación de los contrarrevolucionarios Frank Castro y Ramón Ignacio Orozco Crespo. Este último individuo pertenece al PUND y se ha afiliado con los terroristas Sergio González Rosquete, Frank Sturgis, Darío López, Higinio Díaz y Enrique J. Rabade. Las oficinas de este grupo terrorista radicaban en el 215 W 17th. Avenue y contaban con un campo de entrenamiento en Facahatchee Park, en Miami.

Al mismo tiempo, el contrarrevolucionario de origen cubano Rufino Álvarez Oquendo, jefe del auto nominado Ejército de Resistencia Interna, muy amigo de Martín Pérez y de Horacio Salvador García Cordero, en ese entonces miembros de la Junta de Directores de la FNCA, se encontraba preparando otro plan alternativo de atentado contra Fidel Castro cuando éste visitara Santo Domingo en el próximo agosto.

Uno de los participantes en la reunión del Hyatt Regency, Enrique Bassas, ha sido uno de los financistas, junto a Feliciano Foyo, de las principales acciones terroristas desarrolladas por la Fundación Nacional Cubano Americana. Cuenta con amplios recursos económicos

invertidos en el sector de la salud y en la transportación marítima. Dueño de Bassas Cargo Internacional, ha empleado sus embarcaciones para fines oscuros en reiteradas ocasiones. Molestado en algunas oportunidades por el FBI por sospechas de actividad terrorista, nunca se ha concretado sobre él medida cautelar alguna.

En 1994, algunos años antes, fue Bassas, presumiblemente, el encargado de facilitar a Posada Carriles algunos de los medios explosivos que el mismo me entregara para volar el famoso cabaret habanero Tropicana.

Otro de los asistentes a la reunión de julio del 1997 fue Ramón Font, quien cuenta con un amplio historial terrorista dentro de la Organización Comandos L. Fue uno de los pupilos de la CIA desde la década de los 70. En marzo de 1961 participó junto a Tony Cuesta, Ángel Puxes, Antonio Quesada y Mario Álvarez en el ataque contra el buque soviético Bakú, fondeado en ese entonces en Caibarién, antigua provincia de Las Villas, en Cuba. Unos años después, en 1964, participó, en unión de los terroristas Plinio Manduley, Francisco Cid Crespo y otros, en el ataque contra el faro de Bahía de Cádiz.

Por su parte, Luis Orlando Rodríguez fue el encargado de sufragar los gastos de los asistentes al encuentro en el Holliday Inn. Estaba claro que ese dinero no salió de su bolsillo, sino de las arcas de la FNCA. Su vida, a grandes rasgos, demuestra su eterna vinculación a causas cuestionables. Fue miembro de la custodia y escolta de Fulgencio Batista en el Campamento de Columbia, por lo que escapó de Cuba en marzo de 1960, inmediatamente después del triunfo revolucionario. Apenas arribó a Miami, se integró al Frente Democrático Revolucionario, una organización terrorista fruto de la CIA. Posteriormente, integró la Brigada 2605 como jefe de la segunda compañía del batallón. Capturado y luego cambiado por compotas, fue entrenado por la CIA en Fort Benning. A partir de allí, se involucró con las Fuerzas Armadas norteamericanas en diversas aventuras como la guerra en Vietnam. Por último, fue enviado a El Salvador como asesor en 1985, ocasión en que se reencontró nuevamente con Posada Carriles y Félix Rodríguez Mendigutía en las actividades de Ilopango.

Mientras se encontraba envuelto en la tarea de realizar los planes de atentado contra Fidel Castro en República Dominicana, Luis Posada

da Carriles concedió una entrevista a dos periodistas de *The New York Times*, Ann Louise Bardach y Larry Rohter, el 13 de julio de 1998, a los que impuso con desfachatez su participación en las actividades terroristas contra Cuba en las últimas décadas.

Con la elocuencia digna de un criminal sin escrúpulos, Posada Carriles narró a sus entrevistadores sus inicios como asalariado de la CIA en 1960, así como facetas de su largo historial como terrorista. No omitió un solo detalle de su fuga en Venezuela, cuando purgaba una condena por su participación en el atentado a un avión comercial cubano en pleno vuelo, hecho criminal que provocó la muerte a 73 personas inocentes. Fue un escape garantizado por la propia FNCA, y así lo declaró sin ambages.

Los articulistas del *New York Times* también destacaron el tácito reconocimiento de Posada Carriles sobre su relación directa con los atentados terroristas dirigidos contra hoteles, discotecas y restaurantes en la ciudad de La Habana y Varadero, hechos que provocaron la muerte del turista italiano Fabio Di Celmo, varios heridos y cuantiosos daños materiales. El reclutamiento de mercenarios centroamericanos por parte de Posada Carriles para ejecutar tales acciones respondió, según él, a un plan organizado y financiado desde Miami, por parte de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA).

El criminal de Barbados detalló los abastecimientos en dinero, que alcanzaron los 200.000 dólares, recibidos por él de parte de Jorge Mas Canosa, el extinto Chairman de la FNCA, para realizar dichos atentados.

Por supuesto, ambos artículos del periódico norteamericano crearon una desacostumbrada conmoción entre la mafia terrorista de Miami. Incrédulos y sorprendidos por la noticia, los altos directivos de la FNCA se pusieron en guardia y reaccionaron de manera descompuesta. Tenían bien claro que Posada, como siempre lo hacía, soltaba la lengua fácilmente en busca de reconocimientos, tal como lo había hecho en Ilopango más de diez años atrás.

El presidente de la FNCA, Alberto Hernández, declaró airadamente. “La idea de que algún miembro de la Fundación ha estado, está o estará involucrado en actos de violencia contra el régimen de Castro es una mentira, pura y llana”. Y como para no dejar lugar a las dudas,

agregó, en la conferencia de prensa convocada por él, el 15 de julio de 1998: “Esto no es periodismo. Esto es una guerra política”.

Por su parte, Jorge Mas Santos, hijo del fundador de la FNCA, declaró con visible ira y turbación: “Estos artículos son ofensivos y difamatorios”.

Luego de recibir la primera estocada y rebasar la sorpresa, la FNCA intentó pasar a la contraofensiva, anunciando que demandaría al *The New York Times* por difamación. Para ellos, según su apreciación, no había un solo cabo suelto que pudiera colocarlos en una situación desventajosa frente al rotativo neoyorquino. Se olvidaban, por supuesto, que yo había sido testigo y participante de estos planes de atentado contra instalaciones turísticas cubanas y había recibido de parte de altos directivos de la FNCA el dinero y las orientaciones para ejecutarlos. Se olvidaban también de que “Pepe” Hernández, su presidente, y dos de sus directores, Arnaldo Monzón Plasencia y Horacio Salvador García Cordero, estaban involucrados directamente en la planificación, financiamiento y organización de los mismos. Se olvidaban, por último, de que fueron ellos los que me pusieron en contacto con Luis Posada Carriles para que éste me entrenara y abasteciera con los explosivos a detonar en el famoso cabaret Tropicana.

A pesar del alboroto de la FNCA y de sus intentos por desvincularse de las acusaciones realizadas contra ella, a pesar de sus amenazas contra el *The New York Times*, yo siempre supe que esta vez el criminal de Barbados no mintió. Cuba también lo sabía y se dedicó a estudiar la situación y a prepararse.



**Posada Carriles  
y la FNCA**

## POSADA CARRILES Y LA FNCA

**S**i bien no se pueden analizar la vida y las actividades de Luis Posada Carriles sin tener en cuenta sus vínculos con las agencias federales norteamericanas, como la CIA y el FBI nunca se podrá hacerlo sin tener en cuenta sus relaciones indisolubles con los militares y la ultraderecha gobernante de los países donde ha vivido y desarrollado sus actividades terroristas; tampoco puede hacerse un estudio serio de su avatar violento sin tener en cuenta la Fundación Nacional Cubano Americana. Esto es así porque esta ha sido su soporte y financista, su mentora y fuente de apoyo logístico, su mecenas y su fuente de dirección, su jefa y meretriz a la vez.

El maridaje entre ambos no ha sido, sin embargo, pleno y feliz. En varias ocasiones la FNCA se ha distanciado del terrorista temiendo que éste, dado al egocentrismo y la impulsividad, saque a la luz pública su participación en bochornosos acontecimientos que pondrían en peligro su imagen ante sus seguidores y la opinión internacional. Dos acontecimientos evidencian esta aseveración. El primero de ellos ocurrió cuando la FNCA puso kilómetros de distancia entre ella y Posada Carriles en ocasión de destaparse el escándalo Irán-Contras en agosto de 1986. Otro fue cuando el terrorista internacional se vanaglorió de sus fechorías, en julio de 1998, ante los periodistas de *The New York Times* Dan Rohter y Ann Louise Bardach.

La Fundación Nacional Cubano Americana fue creada mediante el Decreto 501-C3 por el presidente norteamericano Ronald Reagan, el 1º de agosto de 1981. Aunque fue concebida como una institución de tipo humanitaria y educativa, ha representado una de las más importantes organizaciones dentro del varado espectro político

de la mafia miamense, inclinada al cabildeo político y al apoyo y financiamiento del terrorismo.

Desde sus inicios, se nuclearon en su seno los sectores más recalcitrantes de la contrarrevolución cubana, vinculados históricamente a la guerra sucia de la CIA contra Cuba, así como representantes del poder económico, amasado sobre la base de aprovecharse de las donaciones de los incautos que creyeron en su beligerancia contra la Revolución, así como el hurto de parte del financiamiento gubernamental a su actividad. Hicieron riqueza también a partir del favorecimiento de las autoridades municipales y estatales en las licitaciones de esa época.

Los requisitos para los aspirantes a miembros de su Junta Directiva fueron:

- Contar con una amplia hoja de servicios en la lucha contra la Revolución Cubana.
- Disponer de una considerable riqueza económica.
- Gozar de la confianza de las autoridades norteamericanas.

El fundador y cabecilla de la FNCA, durante 16 años, fue Jorge Lincoln Mas Canosa. Éste falleció el 23 de noviembre de 1997.

Le cabe, por tanto, el cuestionado honor de haber nucleado a los millonarios de origen cubano en La Florida, de haber sostenido y financiado a los más importantes terroristas, así como de haber sido una importante fuente de apoyo para las aspiraciones electorales de los representantes de los sectores ultraconservadores de los Estados Unidos.

Desde su creación, la FNCA implementó un claro programa encaminado a inmiscuirse en la política de las administraciones norteamericanas y condicionarla a una abierta confrontación con Cuba. En 1994, la revista norteamericana *The New Republic* publicó un extenso artículo en el que demuestra cómo varios congresistas recibieron fondos de la FNCA para que implementaran legislaciones anticubanas y ejercieran presiones sobre las decisiones ejecutivas con respecto a Cuba. En esa oportunidad, se dio a conocer que los representantes por La Florida, Ileana Ros Lehtinen y Lincoln Díaz Balart, así como Robert Torricelli, Richard Helms y otros, habían

recibido diferentes fondos para sus campañas por parte de la Fundación. Como resultado de estos favores, los legisladores presentaron dos criminales leyes anticubanas: la Ley Torricelli (1992) y la Ley Helms Burton (1996).

Otro campo de su accionar ha sido el cabildeo dentro de varios Gobiernos europeos y latinoamericanos para lograr que mantengan posiciones hostiles contra Cuba y participen abiertamente en la campaña internacional de diversionismo ideológico contra la Isla. Varios directivos de la FNCA han visitado países como España, Nicaragua y Argentina, y estableciendo alianzas con sus gobernantes, como ocurrió con José María Aznar, Arnoldo Alemán y Carlos Menem, respectivamente. Un ejemplo evidente: En 1994 presionaron al Gobierno colombiano para evitar una venta de petróleo a Cuba.

Desde su fundación hasta 1993, cuando funda el Frente Nacional Cubano, su núcleo militar secreto, la Fundación se dedicó a financiar la actividad terrorista de otras organizaciones contrarrevolucionarias, como PUND, Comandos L, Alpha 66, Cuba Independiente y Democrática, Ex Club de Presos Políticos, Brigada 2506 y muchas otras. Gracias a esa ayuda, terroristas como Guillermo e Ignacio Novo Sampoll, Rodolfo Frómata, Ramón Orozco, Félix Rodríguez, Gaspar Jiménez Escobedo, Luis Posada Carriles, Nelsy Ignacio Castro Matos, Santiago Álvarez y muchos otros han perpetrado innumerables acciones terroristas en estas décadas.

Muchas de las acciones bendecidas y financiadas por la FNCA, detrás del telón, fueron:

- Colocación de decenas de bombas en agencias que envían paquetes a Cuba entre los años 1980 y 1990, sin que las autoridades norteamericanas hayan detenido tales acciones.
- Colocación de artefactos explosivos contra intereses y representaciones cubanas en el exterior, con un amplio rosario de atentados.
- Acciones terroristas contra el territorio cubano en los últimos 27 años, incrementadas en la década de los 90.
- Financiamiento y participación de algunos de sus miembros y directivos en la planificación, organización, financiamiento y ejecución de planes de atentados contra Fidel Castro durante

sus visitas al extranjero. En todas las cumbres iberoamericanas, con excepción de la IX celebrada en La Habana, se planificaron atentados contra el Mandatario cubano. En estos planes estuvieron directamente involucrados Jorge Mas Canosa y su hijo Jorge Mas Santos, Alberto Hernández, Francisco José Hernández Calvo, Feliciano Foyo, Arnaldo Monzón Plasencia, José Antonio Llamas, Roberto Martín Pérez y otros directivos de la FNCA, algunos de los cuales la abandonaron en el cisma de 2001 para integrar el Consejo por la Libertad de Cuba. Para realizar estas acciones contaron con el empleo de terroristas de la calaña de Luis Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo, Ramón Orozco, Félix Rodríguez Mendigutía, Guillermo Novo Sampoll, Pedro Crispín Remón y otros, todos con un amplio récord criminal.

- Sostentamiento de la contrarrevolución interna desde los momentos mismos de su fundación en 1981, actividad que se incrementó con el surgimiento de los grupos de auto titulados “disidentes” dentro de la Isla.
- Financiamiento de la defensa de connotados terroristas enjuiciados en procesos legales por su participación en planes criminales, como ocurrió con los casos de José Dionisio Suárez Esquivel y Pablo Virgilio Paz Romero en 2001, así como con los terroristas capturados en 1997 en el buque La Esperanza. Igualmente, la FNCA movilizó cuantiosos recursos para la defensa y liberación de Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo, Guillermo Novo Sampoll y Pedro Crispín Remón desde el año 2000 hasta su supuesto indulto en 2004.

La FNCA ha sufrido diferentes cismas desde su fundación en 1981, como resultado de serias contradicciones internas, ansias contrapuestas de protagonismo político y diferencias en la participación de sus miembros en el disfrute de prebendas y favores políticos por parte de los Gobiernos estatal y federal.

El 14 de agosto de 2003, Dennis Hays, vicedirector ejecutivo y representante de la organización en Washington, abandonó la FNCA. Como resultado de los “agravios” proferidos contra Bush por los 98 directores de la FNCA en sus cartas de agosto. En el trasfondo, estaban las preocupaciones de algunos directivos simpatizantes de los

republicanos que desaprobaban los coqueteos de Jorge Mas Santos y Joe García con los demócratas.

Dentro de los cismas ocurridos en la FNCA, se encuentran las salidas de Frank Calzón y de la extinta Elena Amos Díaz-Verson en ocasiones anteriores.

Hechos como la pérdida de imagen sufrida por la FNCA, derivada de las denuncias sobre sus vínculos con los atentados terroristas contra Cuba entre 1992 y 1997, así como el pésimo manejo que hicieron de la situación de Elián González, niño al que se confabularon para secuestrar arbitrariamente con brutal intolerancia, colocaron a la FNCA en una cuestionada posición pública.

En los últimos meses de 1997, lanzaron una campaña de mejoramiento de imagen que incluyó la incorporación en su dirección de jóvenes profesionales angloparlantes, dirigida a buscar mayor apoyo de sus fuentes de financiamiento. De esta forma, sumaron a sus filas a Dennis Hays, Joe García, George Fowler y otros.

Esta americanización de la dirección de la FNCA creó serias contradicciones con un grupo de históricos dirigentes de la Fundación, quienes acusaron a Jorge Mas Santos de traicionar los ideales de su padre. Un numeroso grupo de 40 directivos, entre los que se encontraban Alberto Hernández, Feliciano Foyo, Luis Zúñiga, Elpidio Núñez, Horacio S. García Cordero, Ángel del Toro, Ángel E. Garrido, José Oliva, José Antonio Llamas, Ninoska Pérez Castellón, Roberto Martín Pérez y otros, abandonó sus filas y, meses después, fundaron, el 10 de octubre de 2001, el Consejo por la Libertad de Cuba. Esta separación no representa, desde luego, la desunión de los terroristas, pues todos ellos continúan planificando acciones contra Cuba en común acuerdo.

Con el nombramiento de Camila Ruíz en la vacante dejada por Hays, se pretendió mejorar las relaciones con los representantes cubanoamericanos por La Florida, los hermanos Díaz Balart e Ilena Ros Lehtinen, ya que Camila trabajó anteriormente al servicio de ésta.

A pesar de su pérdida de prestigio comprobada, la FNCA ha tratado de no perder su protagonismo y trató de aparecer en el escenario político de cualquier forma, muchas veces contradiciéndose a sí misma en torpes devaneos. Lo principal es hacerse notar, piensan sus directivos.

Varios ejemplos muestran la intolerancia de esta recalcitrante organización y su posicionamiento dentro de la ultraderecha norteamericana e internacional:

La FNCA recibió en agosto de 2002 a Mart Laar, ex Primer Ministro de Estonia, durante su visita a Miami, en ocasión de un encuentro auspiciado por el Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami, quien ha sostenido una política de ataques a la Revolución en Europa. Lo mismo han hecho con otros representantes de la contrarrevolución internacional, como Carlos Menem y José María Aznar.

Este mismo beneplácito ocurrió los días 19 y 20 de julio de 2003, cuando recibieron al Primer Ministro de la República Checa, Vladimir Spidla, y su canciller Cyril Svoboda, en Miami, promotores de la internacionalización de una política contrarrevolucionaria contra Cuba.

Cuando Bush lanzó sus “Iniciativas para acelerar la transición democrática en Cuba”, el 10 de octubre de 2003, y anunció la fundación de la llamada Comisión de Ayuda a una Cuba Libre, codirigida por Collin Powell, entonces secretario de Estado, y Melquiades Martínez, secretario de Vivienda, recibió total apoyo de la FNCA.

Cuando el 29 de octubre de 2003, se realizó una sorprendente votación en el Senado norteamericano a favor del levantamiento de las restricciones de viajes de norteamericanos a Cuba, con 59 votos a favor y 36 votos en contra, provocó no sólo el repudio de George W. Bush, sino una fuerte crítica de la mafia terrorista de Miami. La FNCA rechazó tal votación en las voces de Jorge Mas Santos y Omar López Montenegro, proclamado este último como director de Derechos Humanos de la FNCA.

Otro momento de forzado protagonismo ocurrió el 28 de julio de 2003, cuando el Gobierno norteamericano adoptó la inusual medida de devolver a los secuestradores de una embarcación cubana de Geo Cuba y se produjo la condena en un tribunal del secuestrador de una aeronave del mismo país por el Gobierno norteamericano, en una tímida reacción de EEUU por respetar los acuerdos migratorios. Estas medidas provocaron una histórica reacción en la mafia de Miami. La FNCA, en esta oportunidad, se destacó por su reacción: “Esto les va

costar”, amenazó de forma airada Jorge Mas Santos. Días después, la FNCA envió al Presidente una carta que contenía veladas amenazas. El 6 de agosto enviaron una segunda carta en la que reprueban a la administración norteamericana por devolver a Cuba a “disidentes” y piden más apoyo para la Radio y la TV Martí.

En los últimos años, como era de suponer, la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) siempre trató de no perder un espacio dentro de la política anticubana cocinada en los Estados Unidos, no sólo para mantener un forzado protagonismo en el diseño de la misma, sino también para ejercer presiones de todo tipo sobre políticos y ciudadanos, usando a veces el chantaje y la amenaza de *vendettas* al estilo de la vieja mafia siciliana.

Bastaría hojear las últimas noticias sobre el diferendo entre ambas naciones, para encontrar corroboración precisa sobre cómo, hoy por hoy, la FNCA ha tratado de convertirse en capitalizadora de todo lo que tiene que ver con la Isla. No bien el Gobierno de Bush anunció, el 1º de mayo de 2004, un conjunto de medidas para reforzar el bloqueo, la FNCA cantó loas al emperador, aplaudiendo a manos sueltas al nuevo engendro injerencista de la comparsa anticubana del Departamento de Estado, capitaneada por Powell e integrada por Roger Noriega, Otto Reich y otros no menos importantes miembros de la administración norteamericana, integrados a la Comisión para acelerar la transición democrática en Cuba.

Con su tácita aceptación de las medidas anticubanas contenidas en el programa para acelerar la transición en Cuba, la FNCA dio la espalda, en esos momentos, al consenso imperante entre los emigrados de La Florida, quienes no quieren, ni aceptan, la sucia política yanqui de pretender vencer por hambre a los cubanos. La FNCA, por tanto, demostró una vez más su intolerancia, su falta de sensibilidad y el real desprecio que siente hacia el pueblo cubano.

Allí, desde luego, no pararon las cosas. Cuando el 20 de mayo de 2004, en ocasión de celebrarse el 102 aniversario de la fundación de la república, los viejos camajanes de La Florida quisieron explotar los sentimientos y añoranzas de los cubanos radicados en Miami, para “recordar tiempos pasados”, la FNCA se incorporó con inusitado entusiasmo a las festividades, bajo el lema de “Cuba Nostalgia”.

Esta fiesta del recuerdo, cuya repetición alcanza la sexta ocasión, está dirigida a rescatar una época basada en la cruel explotación de la gran mayoría de los cubanos; época de vicios y exclusiones, de atraso económico y dependencia a los Estados Unidos, de pobreza para los muchos y bonanza para los menos.

Usando la figura de la desaparecida Celia Cruz, edulcorando el ambiente con comida cubana y música tradicional, los organizadores buscaron no sólo pingües beneficios (como es costumbre allá), sino también canalizar la añoranza en función de la política. Para ellos, Castro es el culpable de todo lo perdido y contra él hay que dirigir todo el odio posible.

La desfachatez de los organizadores, entre de los cuales está la omnipresente FNCA, llegó al extremo de levantar réplicas del famoso cabaret Tropicana. ¿Se habrá olvidado, acaso, Pepe Hernández, ex presidente de la Fundación, de que tanto él como otros directivos de la misma promovieron en tres ocasiones la voladura con explosivos de esta famosa instalación turística?

Sin lugar a dudas, los escrúpulos de la FNCA y de los organizadores de “Cuba Nostalgia” dejaron mucho que desear. ¿Por qué recordar con añoranza a la antigua tienda El Encanto, cuando fueron precisamente terroristas radicados en Miami los que la quemaron criminalmente, ocasionando la muerte de la trabajadora Fe del Valle?

Jorge Mas Santos expuso los puntos de vista políticos de su organización en los últimos tiempos, que son, en esencia:

- Hay que emplear el voto para lograr que los candidatos en disputa en las próximas elecciones en los Estados Unidos ejerzan una mayor presión sobre Cuba. En tal sentido, Mas Santos proclamó: “Hay que utilizar el voto del exilio cubano para asegurar que cuando se hable de Cuba en la plataforma del Partido Demócrata o del Partido Republicano, se escuchen las voces de los opositores internos por encima de los políticos norteamericanos”.

No había dudas al respecto, la FNCA ha llamado nuevamente a condicionar la política norteamericana hacia Cuba con la amenaza del voto, tratando de repetir nuevamente el escándalo electoral de las pasadas elecciones.

- Desenfocar el tema del embargo y priorizar el apoyo a la oposición interna como estrategia para un “futuro democrático” en Cuba. Al respecto, Mas Santos significó que una de las medidas de mayor trascendencia es la ayuda de 36 millones de dólares a la “disidencia”. La preferencia de este señor por esta medida, incluyendo el cuestionado tema del bloqueo, que recibe cada vez mayores críticas dentro de Estados Unidos, tiene, desde luego, una indudable fundamentación económica. ¿No le tocará, acaso, a la FNCA parte de la tajada?

Para la FNCA, el apoyo incondicional de los sectores más recalcitrantes de Estados Unidos al tema del bloqueo es asunto incapaz de cuestionarse en realidad. Como los más fervientes opositores de la Revolución, el asunto de matar al pueblo cubano con armas o con hambre es cuestión bendecida y puesta sobre la mesa. Cuestionar a Bush o a Obama, al respecto, sería, a fin de cuentas, un asunto innecesario.

- En un claro y oportunista rejuego, empleado durante mucho tiempo para ganar adeptos dentro los cubanos radicados en Estados Unidos, la FNCA ha mantenido su posición con respecto a la política norteamericana de “pies secos, pies mojados”. Mas Santos declaró al respecto: “Tomamos la decisión de enfrentar a esta administración por la política injusta de pies secos, pies mojados, que desde 1995 devuelve a la Isla a los inmigrantes cubanos interceptados en el mar”. Sería bueno preguntarle al señor Mas Santos si no le preocupa de la misma forma la situación que padecen los inmigrantes en la frontera mexicano-norteamericana y si no aprecia, acaso, que es esa misma política la causante de la muerte de miles de cubanos en el Estrecho de La Florida y del estímulo a actos violentos, tales como secuestros de naves y aviones perpetrados decenas de veces.
- Jorge Mas Santos, el actual *chairman* de la FNCA, ha abogado hipócritamente por “una actitud de reconciliación hacia los compatriotas de la Isla”. Con palabras engañosas y falsas, ha expresado él en alguna ocasión: “Soñamos con una patria donde los cubanos podamos poner a un lado las venganzas y los odios”. ¿A

quién pretende engañar este señor? ¿Cree incautos, acaso, a los cubanos, al extremo de pensar que recibirán a los agresores con flores y banderas, esperando de ellos concordia y buena fe?

Un nuevo escándalo sacudió a la FNCA el 22 de junio de 2006, cuando José Antonio Llamas, ex directivo de la Fundación Nacional Cubano Americana, acusó a varios de sus terroristas de esa tenebrosa organización de haberlo estafado y arrojarlo a la ruina económica. Histérico y dolido, reconoció haberse involucrado junto a varios directivos de la Fundación en diversos planes extremistas contra Cuba, entre los que destacaban atentados contra Fidel Castro y otros dirigentes de la Revolución; la voladura de hoteles, termoeléctricas, refinerías, hospitales y otros objetivos sensibles de la vida nacional cubana; así como agresiones por medio de explosivos contra aeronaves, oficinas diplomáticas y representaciones de Cuba en el exterior. Este macabro y secreto complot se llevó a cabo cuando él desembolsó la suma de 1,4 millones de dólares para la compra, entre otras cosas, de aviones teleguiados para bombardear a grandes concentraciones de personas y otros objetivos previamente marcados con el GPS en Cuba. Varios nombres se dio a este engendro de la maldad y el odio irracional contra los cubanos, integrado por un grupo selecto de la dirección de la FNCA: Comisión Militar, Frente Nacional Cubano y otros, tratando de enmascarar sus actividades.

Los nombres de Jorge Mas Canosa, Francisco José Hernández Calvo, Arnaldo Monzón Plasencia, Luis Zúñiga Rey, Horacio Salvador García y otros directivos de la FNCA salieron a la luz en sus ataques. De inmediato, tal como están acostumbrados a hacer, los directivos de la Fundación y algunos de los acusados, de manera personal, se apresuraron a negar las afirmaciones de Llama.

En una de sus cínicas y frecuentes declaraciones, emitida por la Fundación el 23 de junio de ese año, se expuso de manera hipócrita y falsa: “La FNCA reafirma que las acciones de los hombres y mujeres de esta institución han sido siempre el de servir con todo el corazón al pueblo cubano y trabajar arduamente por su libertad. La FNCA está comprometida con una transición pacífica y no violenta hacia la democracia en Cuba”.

Los detalles de la conspiración terrorista, sacada a la luz pública por José Antonio Llamas, evidencian que la misma tuvo sus orígenes en una reunión del congreso anual de la FNCA, el que tuvo lugar en junio de 1992 en Naples, Florida. Luego se perfiló, un año después, en otra reunión de la junta de directores de la FNCA celebrada en Puerto Rico. En esta última reunión se formó el grupo de la célula paramilitar que se encargaría de llevar a cabo el macabro plan: estaría dirigido por Francisco José Hernández Calvo y lo integrarían Elpidio Núñez, Horacio García y Luis Zúñiga, Erelío Peña y Raúl Martínez, de Miami; Arnaldo Monzón Plasencia y Ángel Alfonso Alemán, de Nueva Jersey, implicado en el caso La Esperanza; Fernando Ojeda, Fernando Canto. Luis Prieto, Miguel Ángel Martínez, Fermín Pernas, Roberto Martín Pérez, Ninoska Pérez Castellón, Domingo Sadurní y Luis Botifoll.

Los primeros pasos conllevaron a adquirir un helicóptero de carga, 10 aviones ultralivianos con control remoto, siete embarcaciones y abundante material explosivo. Los primeros fueron encargados a la firma Nautical Sports Inc, de La Florida, y a Refri Auto, radicada en República Dominicana, mientras que los explosivos los consiguió Raúl López, propietario de una firma autorizada al efecto, y mediante un préstamo del Ready State Bank, de Miami, por decisión del propio Pepe Hernández.

El plan, sin embargo, falló y José Antonio Llamas perdió más de 1 millón de dólares invertidos en el mismo.

Antonio Llamas volvió a la carga contra sus ex socios de correrías terroristas cuando, el 24 de noviembre de 2008, hizo publicar una nueva acusación en *El Nuevo Herald*, en la que los culpa de desviar donaciones a damnificados de los huracanes Gustav e Ike, que azotaron a Cuba. Según él, estas se desviaron a favor de candidatos demócratas en la última campaña electoral norteamericana.

Pretendiendo ganar nuevos adeptos entre los cubanos residentes en Estados Unidos y mejorar su ya tan deteriorada imagen, la FNCA acaba de apoyar las regulaciones adoptadas por la administración de Obama para permitir a los cubanos viajar a la Isla, aparecidas en los primeros días de septiembre de 2009. Según Jorge Mas Santos, presidente de la junta directiva de la FNCA, “estas representan un

paso crítico para desarrollar una nueva política hacia Cuba que vaya más allá de la vacía retórica del pasado”. La decisión del Departamento del Tesoro de Estados Unidos implementa las medidas que anunció a bombo y platillo el presidente Barack Obama, el pasado 13 de abril de 2009.

En una crítica a quien era antes su benefactor, Mas Santos cuestionó la política de restricciones de George W. Bush, destacando: ...habían limitado severamente la capacidad de los cubanoamericanos de proveer asistencia crítica a sus familiares en la Isla e impedían que la ayuda tan necesitada por ellos llegara a las familias de los prisioneros políticos y los disidentes en Cuba.

Sin lugar a dudas, la FNCA realiza un nuevo rejuego político para congraciarse con la actual administración, mostrando una aparente solidaridad con la misma y buscando espacios de protagonismo político.

Como puede apreciarse, en el desempeño de la FNCA durante los últimos años hay mucho de desfachatez y de malas intenciones. Ha mostrado, por un lado, cara de santo y, por otro, de manera frecuente, cara de demonio. Sus relaciones con el terrorismo y Posada Carriles lo demuestran.

Hoy por hoy, hay una sola verdad: la FNCA ha usado a Posada Carriles, pero le teme. ¿Quién sabe si ahora, cuando se encuentra en Miami esperando el reinicio de su juicio en El Paso, Texas, tanto la FNCA como la CIA se encuentren pensando en cómo mantenerlo callado? ¿Lo asesinarán? ¿Presionarán a los jueces de inmigración para liberarlo con total impunidad, dando un espaldarazo a su pasado terrorista? ¿Quién sabe? No sería la primera vez que se deshacen de “una papa caliente” por una de ambas vías.



**Sucias componendas  
para asesinar**

## SUCIAS COMPONENTAS PARA ASESINAR

**E**l nuevo milenio sorprendió a Posada Carriles y a sus socios de la FNCA tramando nuevos planes de terrorismo contra la Revolución Cubana, como si no bastaran para ellos el tiempo y el cansancio para desistir de su obcecada beligerancia.

Posada Carriles entró ilegalmente a los Estados Unidos el 26 de abril de 2000, procedente de Centroamérica, haciendo uso de un pasaporte falso salvadoreño a nombre de Franco Rodríguez Mena. El propósito de su visita era, sin lugar a dudas, organizar y coordinar un futuro atentado contra Fidel Castro en noviembre de ese año, cuando éste visitara Panamá. Allí se reunió con sus viejos compinches residentes en Miami, con vistas a recabar fondos para la operación y organizar el *team* terrorista que lo ejecutaría. Fue recibido particularmente por Alberto Hernández y Francisco José Hernández Calvo, quienes se encargarían de financiar la operación. Dentro de este plan contaba, desde luego, con la infraestructura terrorista que había creado en Centroamérica durante largos años.

El 3 de noviembre de 2000, Posada Carriles arribó a Panamá procedente de Costa Rica. En esta oportunidad volvió a emplear el mismo pasaporte salvadoreño A-143258 a nombre de Franco Rodríguez Mena, usado para su viaje a EEUU unos meses antes y que empleó también en agosto de ese año para desplazarse por la región.

Una vez en Ciudad de Panamá, se hospedó en la habitación 215 del aparthotel Las Vegas, donde contactó con uno de los miembros de la célula centroamericana, el cubano César Matamoros. Con el mismo analizó las cuestiones logísticas para la futura y tenebrosa operación de asesinar al mandatario cubano Fidel Castro Ruz.

Como una medida de lógica precaución y haciendo gala de su experiencia operativa, Posada Carriles se cambió al Coral Suites el día 8 de noviembre, comunicando previamente su intención a César Matamoros. De esta forma trataba de escabullirse de cualquier posible seguimiento de las autoridades panameñas o de otras personas. Un día después, el 9 de noviembre, arribó a Panamá, por el aeropuerto internacional de Tocumen, otro de los miembros de la célula terrorista centroamericana de Posada, el salvadoreño de origen cubano Raúl Hamouzova, quien integraría el comando magnicida. Tanto el recién llegado, como su cómplice, alquilaron un mitsubishi lancer de color rojo, con matrícula 223 251, en la agencia Dollar-Rent-A-Car, que les serviría para sus desplazamientos por la ciudad y que sería manejado por un empleado de Matamoros nombrado José Manuel Hurtado.

Posada dedicó los próximos días para preparar y organizar el futuro operativo terrorista sobre el terreno, chequeándose y contra chequeándose sistemáticamente. Dentro de los planes alternativos de fuga, ha previsto el apoyo de otro contrarrevolucionario de origen cubano nombrado José Valladares, conocido como "Pepe, el Cubano", a quien visitó en su hacienda en Chiriquí el 14 de noviembre. La ubicación de esta hacienda, nombrada Jacu, en la zona fronteriza con Costa Rica, cerca del Puerto de Paso Canoa, punto fronterizo por donde él entró a Panamá apenas unos días antes, la hace favorable como punto de recepción de los otros implicados. Allí esperará una noche el arribo de Guillermo Novo Sampoll, quien llegó un día después.

El 16 de noviembre ambos esperaron la llegada de Pedro Crispín Remón y Gaspar Jiménez Escobedo, quienes entraron a Panamá por el mismo Puerto fronterizo de Paso Canoa. Con total impunidad y con la posible ayuda de funcionarios aduanales, lograron introducir dentro del equipaje la cantidad de 33,4 kilogramos de explosivos de nueva generación, así como los medios detonantes necesarios. Otra versión plausible es que los explosivos entraron a Panamá por uno de los senderos secretos fronterizos dedicados al frecuente contrabando en la zona y que Pedro Crispín Remón los recogió, al adentrarse en la espesura alemana a la frontera. No cabe duda, que, de ser cierta esta versión, fueron previamente colocados allí por cómplices de su célula centroamericana residentes en Costa Rica.

Lo sorprendente de este paso por la frontera es que si bien Guillermo Novo y Pedro Remón utilizaron pasaportes norteamericanos legales con números 043788076 y 084987631, respectivamente, Gaspar Jiménez Escobedo empleó un pasaporte falso de la misma nacionalidad a nombre de Manuel Díaz y con número 044172940. Nadie se percató ni de los explosivos ni del pasaporte falso empleado por Jiménez Escobedo.

Una vez reunidos todos en la hacienda Jacu, discutieron el plan operativo para el atentado y analizaron las orientaciones provenientes de sus socios de Miami. Posteriormente, ese mismo día, todos se desplazaron hacia Ciudad de Panamá. Posada Carriles, Guillermo Novo y Pedro Crispín Remón lo hicieron en una avioneta alquilada previamente por su socio Valladares, mientras Gaspar Jiménez Escobedo lo hizo por tierra, en el mitsubishi lancer manejado por José Manuel Hurtado, haciéndose acompañar por la poderosa carga explosiva.

Una vez en Ciudad de Panamá, todos se hospedaron en el hotel Coral Suites: Posada y Remón en la habitación 310, mientras Jiménez Escobedo y Novo Sampoll lo hacían en la 509. Indudablemente, fue un error operativo el concentrarse todos en el mismo hotel, lo que permitió su fácil y posterior captura. Posiblemente, fue un exceso de confianza del tradicionalmente desconfiado Luis Posada Carriles.

Una medida lógica fue tratar de deshacerse del mitsubishi lancer que emplearon en los días iniciales, por lo que rentan dos autos diferentes: un mitsubishi lancer de color negro y otro mitsubishi modelo Galant. Novo y Gaspar Jiménez se movieron en el primero, empleando a Hurtado como chofer, mientras Posada Carriles y Remón usaron el Galant para desplazarse por la ciudad.

En el mitsubishi negro se dedicaron Novo Sampoll y Gaspar Jiménez a realizar los primeros estudios operativos con vistas a seleccionar el lugar del futuro atentado contra Fidel Castro. Recorrieron inicialmente las áreas alemanas al Ceasar Park, hotel en que se llevarían a cabo las sesiones de la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, comprobando la existencia de severas medidas de seguridad, lo que les hizo descartar este sitio. Posteriormente, se dirigieron a la universidad y se acercaron al Paraninfo, lugar en que se reuniría

Fidel Castro con más de un millar de estudiantes universitarios. En horas de la noche del 17 de noviembre, ya estaba claro que el lugar idóneo para el magnicidio sería el Paraninfo de la Universidad de Panamá, sin importarles poner en riesgo la vida de numerosas personas inocentes. Novo y Gaspar Jiménez Escobedo emplearon a José Hurtado para que realizara un estudio in situ dentro de las áreas de la Universidad de Panamá.

Mientras los terroristas daban punto final a la organización de su criminal operativo, Hurtado llevaba el mitsubishi rojo a un punto de fregado, ya que sería entregado al día siguiente, 18 de noviembre. Al revisar el auto, José Hurtado se percató del inexplicable olvido por parte de Luis Posada Carriles de la maleta negra portadora de los explosivos. Al llamar a su jefe, César Matamoros, éste le indicó que la devolviera a sus dueños.

Todavía hoy sorprende este “olvido” del material explosivo por parte de los operativos contrarrevolucionarios, los que contaban con amplia experiencia en operaciones encubiertas, dada su larga actividad como expertos de la CIA.

Los acontecimientos se sucedieron de manera precipitada, una vez que el comandante en jefe Fidel Castro denunciara en una conferencia de prensa los planes de magnicidio que involucraban a Posada Carriles y sus cómplices. Todos los complicados en el fallido atentado fueron capturados sobre las 4 de la tarde del 17 de noviembre en el Coral Suites y sus áreas aledañas, viéndose Hurtado imposibilitado de devolverles la maleta con los explosivos. Ante este imprevisto, escondió la maleta con los explosivos en un terreno baldío cercano al aeropuerto de Tocumen.

La detención de Posada Carriles y sus cómplices por parte de efectivos de la Dirección de Seguridad de la Policía Técnica Judicial, dirigidos por Roger Díaz Quintero, dio paso a los interrogatorios preliminares en que los detenidos negaron su vínculo con el mitsubishi lancer en que Hurtado logró fugarse inicialmente.

El día 19 de noviembre, una vez capturado Hurtado, éste indicó a la Policía Técnico Judicial el lugar en que se encontraban ocultos los explosivos. Al abrirla, se comprobó su peligroso contenido. A los 33,44 kilos de explosivo plástico le acompañaban todos los medios

iniciadores y de control remoto requeridos para asegurar la detonación. De la misma manera, las indagaciones periciales corroboraron la presencia de muestras y trazos humanos dentro del contenido.

La negación inicial de los complotados a ser sometidos a la indagación judicial, establecida para los primeros días de diciembre del año 2000, despertó profundas sospechas en los investigadores.

Por su parte, Raúl Hamouzova consiguió evadir a la justicia panameña, mientras César Matamoros logró evadir la prisión mediante diversos vericuetos legales.

Otro de los implicados, José Valladares Acosta, falleció en su hacienda, Jacu, el 7 de octubre de 2003, mientras se encontraba bajo arresto domiciliario y en espera de la realización del juicio a sus cómplices. Era, sin lugar a dudas, uno de los miembros de la célula terrorista centroamericana, confabulado en la preparación y aseguramientos de acciones violentas, así como uno de los miembros de las actividades de narcotráfico en la región, en unión de su socio Orestes Cosío, deportado a EEUU por actividades de narcotráfico.

Durante la celebración del juicio a los cuatro terroristas en la sede del Tribunal Marítimo en Ciudad de Panamá, llamó la atención la presencia de un sinnúmero de contrarrevolucionarios de origen cubano entre los que se destacaron Francisco Pimentel, Osiel González Rodríguez, Pedro Gómez, Ernesto Abreu y Alicia del Busto.

Los terroristas juzgados en Panamá recibieron condenas irrisorias entre 8 y 7 años de prisión, en 2004, sin tenerse en cuenta los crímenes cometidos por ellos y que algunos, como Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo, se encontraban prófugos de la justicia venezolana y mejicana, respectivamente.

El propio Gaspar Jiménez Escobedo cometió uno de los más repudiables crímenes contra el pueblo cubano en Mérida, Yucatán, un 24 de julio de 1976. Junto a Orestes Ruíz y Gustavo Castillo, intentó secuestrar al cónsul de Cuba en esa ciudad, Daniel Ferrer Fernández y, como resultado de esa acción, fue asesinado el técnico de la Flota Camaronera del Caribe, perteneciente al Instituto Nacional de la Pesca de Cuba, Artañan Díaz Díaz. Sin lugar a dudas, la valerosa actitud de Artañan, al intentar oponerse a la acción de estos elementos terroristas, fue la que provocó su muerte y el dolor infinito que aún padece una

familia cubana. Nunca más en ese hogar lastimado existió la completa felicidad y aún esperan que los criminales paguen por sus crímenes.

El asesinato del técnico pesquero cubano fue reivindicado por una organización denominada Comandos Contrarrevolucionarios, dirigida por el archterrorista Orlando Bosch Ávila, y cuyos perpetradores de tan cruel acción fueron detenidos en Nuevo Laredo, México, unas horas después.

A nadie extrañó la participación de Gaspar Jiménez Escobedo en este repudiable crimen. Desde hacía unos meses, en correspondencia con la nueva estrategia desarrollada por la contrarrevolución miamense de fomentar la guerra sucia contra Cuba, conocida como “guerra por los caminos del mundo”, apoyada y financiada por la CIA norteamericana, la DINA chilena y otras siniestras organizaciones, la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU), a la que pertenecían los más descollantes elementos contrarrevolucionarios, como Orlando Bosch, Luis Posada Carriles, Jiménez Escobedo y otros, protagonizó acciones terroristas en más de 34 países, atentando contra los intereses de esas naciones y, particularmente, contra misiones diplomáticas cubanas, oficinas comerciales y otras. Desde luego, Gasparito jugó un papel significativo en esta internacionalización del terror. De la misma manera, fue empleado para reprimir a revolucionarios latinoamericanos y personalidades progresistas.

Luego de abandonar a Cuba en 1961, Jiménez Escobedo marchó hacia los Estados Unidos, cargando sobre sus hombros la frustración por no haber podido derrocar al naciente Gobierno Revolucionario con la conspiración en la que participó junto a su jefe, el traidor Huber Matos. Apenas llegó a Miami, se puso incondicionalmente al servicio de la CIA, la que lo preparó como experto en explosivos.

Incorporado de lleno a la guerra sucia contra Cuba, Gasparito se involucró en diversos hechos terroristas previos a su participación en el asesinato del técnico pesquero cubano Artañan Díaz Díaz. Estos son algunos de sus “méritos” a favor de la contrarrevolución y el terrorismo:

- Intento de secuestro del embajador cubano en Argentina, Emilio Aragonés, el 3 de agosto de 1975, junto al contrarrevolucionario Aldo Vera Serafín.

- Intento de asesinar a Fidel Castro en Jamaica durante su primera visita a ese país en 1975.
- Participación en el atentado efectuado en Miami contra Emilio Milián, director de la emisora WQBA-AM, en el que dicho periodista sufrió la pérdida de ambas piernas, como resultado de la detonación de un artefacto explosivo dentro de su vehículo. Este hecho tuvo lugar el 30 de abril de 1976.
- Probada participación en los planes terroristas que condujeron a la voladura, en pleno vuelo, del avión comercial de Cubana de Aviación en Barbados, en agosto de 1976, hecho que produjo la muerte a 73 personas inocentes. En dicho proceso preparatorio, se confabuló con Orlando Bosch Ávila y Luis Posada Carriles.

A raíz de su captura en Nuevo Laredo, México, y luego de ultimar a Artañan Díaz Díaz, logró escapar de la prisión mexicana con la ayuda de otros miembros de la mafia terrorista miamense, en marzo de 1977. Ya en Estados Unidos, fue liberado luego de permanecer poco tiempo en prisión, acusado por violar la Ley de Neutralidad. De inmediato, volvió a enrolarse en los más tenebrosos planes de terrorismo contra Cuba. Otras de sus repudiables “hazañas” fueron:

- El 8 de septiembre de 1977 ordenó el secuestro, tortura y posterior asesinato de los custodios de la Embajada cubana en Buenos Aires, Jesús Cejas Arias y Crescencio Galañega Hernández.
- Participación en atentados dinamiteros contra misiones diplomáticas cubanas en otros países, entre los que se destacan acciones terroristas cometidas en México, Colombia, Panamá y otros.
- Participación en un frustrado atentado contra la vida del comandante Fidel Castro en 1991, en ocasión de su participación en la I Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y Gobierno, celebrada en México. En esta oportunidad, Gasparito ideó derribar el avión en que se trasladaría Fidel empleando un cohete tierra-aire.
- El 15 de julio de 1992, visitó Honduras con el propósito de adquirir un cohete tierra del tipo RPG-7, de fabricación soviética, con la finalidad de atentar posteriormente contra el avión en el que viajaría Fidel Castro durante su visita a Madrid, España, en ocasión

de la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y Gobierno. Allí se entrevistó con el terrorista Luis Posada Carriles.

- Intento de asesinar a Fidel en Honduras, en 1993, en ocasión de su visita a este país para asistir a la toma de posesión del presidente Carlos Roberto Reina.
- Intento de asesinar a Fidel durante la participación del mismo en la IV Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y Gobierno, que se celebró en Cartagena de Indias, Colombia, en 1994. En esta oportunidad, se confabuló con Luis Posada Carriles para introducir en el lugar un fusil Barret calibre 50, hecho que fue neutralizado por existir férreas medidas de seguridad en el evento.

El 23 de noviembre de 1994, participó junto a Luis Posada Carriles en el frustrado intento por volar el famoso cabaret habanero Tropicana.

Tuvo destacada participación en los preparativos del atentado contra el Presidente cubano en ocasión de sus visitas a Venezuela y República Dominicana, en 1997 y 1998, respectivamente.

Gasparito, que purgaba una condena de ocho años de prisión, se encuentra residiendo actualmente en Miami, aupado por la impunidad y la complacencia de las autoridades norteamericanas.

Los otros dos cómplices de Posada Carriles en el intento de magnicidio en Panamá, juzgados e indultados inconstitucionalmente, Guillermo Novo Sampoll y Pedro Crispín Remón, tienen también una larga lista de “hazañas” terroristas. Baste citar algunos ejemplos que implican nada menos que a los dos terroristas mencionados, para comprobar el olvido descarado del Gobierno norteamericano sobre la peligrosidad potencial de estos asesinos confesos. En un largo documento expedido por el Departamento de Justicia el 29 de octubre de 1993, en el que se describen las actividades terroristas de Omega 7, se dice:

Omega 7 es un grupo terrorista de origen cubano, fundado el 11 de septiembre de 1974 por Eduardo Arocena, con base en la Florida y dirigido a derribar a Castro. (...) Las áreas de actividad de Omega 7 fueron Nueva York, Nueva Jersey y Miami. Sus blancos principales eran representantes del Gobierno

cubano y cualquier individuo, organización, facilidad o negocio que apoyara de cualquier forma al Gobierno comunista de Fidel Castro. La mayoría de los ataques de Omega 7 consistieron en asesinatos, atentados y explosiones con bombas.

Por ejemplo, en 1964, Guillermo e Ignacio Novo, ambos miembros del Movimiento Nacionalista Cubano, dispararon fallidamente contra el edificio de la ONU mientras pronunciaba un discurso el héroe revolucionario cubano, Ernesto “Che” Guevara. El proyectil falló y cayó en el río casi golpeando a un carguero que pasaba por allí.

En este propio informe del FBI se explican las actividades terroristas de Pedro Remón en territorio norteamericano:

Durante 1980, poco después de la explosión de una bomba en el consulado cubano en Montreal, Canadá, Pedro Remón y Saúl Ramón Sánchez fueron detenidos por funcionarios del Departamento de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos cuando trataban de ingresar a territorio norteamericano. Sus identidades fueron verificadas por el INS y enviada la información al FBI. (...) La investigación a fondo de Pedro Remón indicó que era el ejecutor de los disparos contra Eulalio José Negrín, activista favorable a Castro, y Félix García Rodríguez, diplomático cubano asignado a la CMUN.

Otros documentos oficiales de agencias norteamericanas vinculan a Guillermo Novo Sampoll con el asesinato del ex canciller chileno Orlando Letelier y de su ayudante Ronnie Moffit, ocurrido en 1976. Junto a él participaron su hermano Ignacio, José Dionisio Suárez y Alvin Ross Díaz.

Este terrorista reside en la 30 avenue y 19 street, en Miami, así como dispone de oficinas para su empresa Ali Bar Furnitures en el 3101NW 27th avenue, también Miami.

El 11 de septiembre de 1980 fue asesinado en Nueva York el diplomático cubano Félix García Rodríguez, funcionario acreditado ante la ONU, mientras conducía su auto por una calle de Queens. Con independencia de que la organización contrarrevolucionaria Omega-7 se

adjudicó el detestable asesinato y el propio FBI conoció los planes de la misma, el asesino Pedro Crispín Remón evadió la responsabilidad penal por estos hechos.

Unos meses después, en diciembre de 1980, fue detenido en la frontera canadiense con Estados Unidos Pedro Crispín Remón junto a Saúl Sánchez Rizo. Ambos habían provocado un atentado terrorista contra el consulado cubano en la ciudad canadiense de Montreal. Poco después fue denunciado por su socio Arocena como el ejecutor de varios atentados frustrados contra los diplomáticos cubanos Raúl Roa Kouri y Ramón Sánchez Parodi.

Por los hechos terroristas en los que participó fue capturado posteriormente en 1986, recibiendo una condena de 10 años de prisión y una condena subsidiaria de pago de una multa por la suma de 20.000 dólares.

También se ha vinculado a este terrorista con el asesinato del joven Carlos Muñiz Varela, ocurrido el 28 de abril de 1979.

En franca violación de la Ley de Neutralidad del 25 de junio de 1948, han participado en actos terroristas de abierta hostilidad contra Cuba, promoviendo una criminal beligerancia hacia el pueblo cubano. Ellos han participado en algunos de los más de 560 actos terroristas perpetrados en estos años de proceso revolucionario, que han provocado miles de muertos y heridos a los cubanos.

Sin tener en cuenta todos estos antecedentes criminales de los implicados en el frustrado magnicidio de Panamá, estos fueron condenados, irrisoriamente, de la siguiente manera:

- Luis Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo: ocho años de prisión.
- Pedro Crispín Remón, Guillermo Novo Sampoll y César Matamoros: siete años de prisión.
- José Manuel Hurtado: cuatro años de prisión.

La decisión del juez panameño Ho Justitiani ignoró los delitos de asociación para delinquir y posesión de explosivos, ampliamente comprobados en el proceso judicial. Bueno es aclarar que dicho juez y otros miembros del tribunal recibieron serias presiones y amenazas durante la celebración del proceso penal contra estos terroristas.



## La verdad sobre los “abuelitos” de “El Renacer”

## LA VERDAD SOBRE LOS “ABUELITOS” DE “EL RENACER”

**E**n los meses siguientes, mientras se encontraban detenidos en el centro penitenciario “El Renacer”, a media hora por carretera de Ciudad de Panamá, los cuatro terroristas cubanos gozaron de privilegios excesivos, tales como disponer libremente de los teléfonos, el fax y el Internet situados en las propias oficinas del director de la prisión, Ricardo Apú. Para ellos todo parecía ir viento en popa, sabiendo que los hilos de varias conspiraciones para excarcelarlos se iban tejiendo en Miami por sus socios de la FNCA y, particularmente, por Santiago Álvarez Magriñá.

Realmente, sus prerrogativas eran bastantes y recibían libremente las visitas de muchas personas con los que no los unían lazos familiares, sino otros lazos más complicados y uno de ellos era el de ser sus cómplices del intento de magnicidio en Panamá, entre los que se encontraba Nelsy Ignacio Castro Matos y el propio Santiago. Así iban pasando los días y se mantenían debidamente informados por sus socios de los avances de los planes de excarcelación. Ya otras veces habían salido de iguales atolladeros, pensaba cada uno. Sólo les quedaba esperar y hacer acopio de paciencia.

Mientras tanto, por indicaciones de su abogado Rogelio Cruz, se presentaban como un grupo de abuelos indefensos a los que se acusaba falsamente. Apoyados en el veneno nocivo de la prensa mediática controlada por sus socios, acusaban una imagen de hombres enfermos y desvalidos. Esos pretendidos abuelitos pretendieron engañar al mundo mostrando un aparente estado de salud frágil y delicado. Sin lugar a dudas, se estaba preparando la opción de fuga con la complicidad de su narco leguleyo abogado Rogelio Cruz y

miembros del Gobierno de la ex presidenta Mireya Moscoso. Prueba de ello es que, a fines de junio de 2002, Posada Carriles fue trasladado al hospital privado San Fernando, aludiendo un cuadro clínico totalmente dudoso, con un sinnúmero de dolencias y padecimientos, tales como insuficiencia circulatoria en el cerebro, atrofia encefálica, arterioesclerosis múltiple con degeneración de los tejidos, insuficiencia cerebro vascular, cáncer de piel, hipertensión y afecciones auditivas.

Un rol destacado en los planes de fuga durante el período carcelario de Posada Carriles lo tuvo, como ya señalamos, el abogado panameño Rogelio Cruz. De dudosos vínculos con traficantes como Gilberto Rodríguez Orihuela, Jorge Ochoa, jefes en los carteles de Cali y Medellín, respectivamente. Otros de los narcotraficantes con los que mantuvo relaciones fueron Celso Fernández Espina y José Castrillón Henao, este último sucesor en la dirigencia del cartel de Cali. Sólo un individuo como este ex procurador de la justicia de Panamá, carente de escrúpulos, socio de narco traficantes y gobernantes corruptos, podría encargarse de la defensa de Posada Carriles, Novo Sampoll, Jiménez Escobedo y Pedro Crispín Remón.

Mientras Posada Carriles y sus cómplices se encontraban en prisión, Santiago Álvarez y la FNCA organizaron una infiltración el 26 de abril de 2001. En esa oportunidad, fueron capturados Ihosvany Suris de la Torre, Santiago Padrón Quintero y Máximo Robaina con cuatro fusiles automáticos AK-47 de procedencia rumana, un fusil M-3, tres pistolas Makarov, visores nocturnos, radios y abundante dinero. En sus declaraciones ante los órganos de instrucción, los tres terroristas expusieron los planes que venían a cumplir, así como sus contactos en Miami y cómo fueron entrenados. De sus declaraciones quedó evidenciado que los organizadores y financistas de la operación fueron la propia Fundación y Santiago Álvarez Marín, miembro del Partido del Pueblo de Miami y de la FNCA. De la misma manera, se demostró que los terroristas capturados pertenecían a Alpha 66 y a Comandos F-4, dos de las más peligrosas organizaciones contrarrevolucionarias radicadas en la Florida.

Mientras Posada Carriles y sus cómplices purgaban una privilegiada prisión en Panamá, todos los documentos originales de su

expediente, conservados durante años en la cámara fuerte del FBI de Miami, fueron destruidos por órdenes de Héctor Pesquera, el mismo oficial que decidió y realizó, el 12 de septiembre de 1998, el arresto de los Cinco Héroes cubanos bajo falsas acusaciones de espionaje. Si algo se ofreció al Gobierno panameño, fue sólo lo que el FBI quiso, sólo eso y nada más.

La confraternización desarrollada por Héctor Pesquera con varios prominentes contrarrevolucionarios de Miami, como el ahora miembro del CLC Alberto Hernández, Alfredo Domingo Otero y Roberto Martín Pérez, desde fines de 1997, y a raíz de las investigaciones sobre el caso del barco “La Esperanza”, puso de manifiesto que este oficial del FBI apostaría siempre a favor de sus nuevos socios. La actividad de Pesquera a favor de la mafia contrarrevolucionaria de Miami puso sobre el tapete viejas contradicciones entre los federales y la policía de la ciudad, ya denunciadas en un artículo del 15 de diciembre de 1983 por el periodista Jim McGee, quien analiza estas latentes contradicciones entre el FBI y el Departamento de Policía de Miami. Para McGee, estas datan, desde 1979, cuando varios documentos internos del DPM, relacionados con un atentado a realizarse en el aeropuerto internacional de Miami, fueron a parar, sorprendentemente, a manos de los potenciales ejecutores del crimen.

Fue nada menos que George Kiszynski, el oficial del FBI que se reunió con Posada Carriles en Honduras en 1992, quien recibió de los detectives Sergio Pinion y Ozzie Austin la referida información, y todo parece indicar que Kiszynski la hizo llegar a miembros de la CORU unos días después. Ya diez años antes, en 1982, otra vez el FBI había entorpecido la actividad de la policía de Miami sobre Omega 7 y Pedro Crispín Remón.

La complicidad de Kiszynski con Posada Carriles quedó evidenciada cuando, en julio 1998, se dio a conocer la frustración del ingeniero guatemalteco Antonio Jorge Álvarez, quien dijo haberse comunicado con el FBI ante las sospechas de que Posada Carriles participaría en un atentado contra Fidel Castro en la isla de Margarita, Venezuela, así como una serie de sabotajes en Cuba. Para sorpresa del guatemalteco, un agente del FBI lo llamó desde Miami para interesarse por su declaración y alertarlo de que abandonara el país, pero realmente el

Buró no hizo nada contra el terrorista. Mucho después, se supo que el federal que mantuvo sin divulgar los temores de Álvarez no era otro que George Kiszynski.

Que la mafia fanática de Miami desarrolló una fuerte ofensiva dentro del Gobierno norteamericano para liberar a los terroristas encerrados en Panamá, no resultó extraño para nadie. Ésta se arreció el 2 de mayo de 2003 cuando Feliciano Foyo, Roberto Martín Pérez y Horacio Salvador García Cordero, cómplices de Posada Carriles en muchos planes de magnicidio contra Fidel Castro, fueron recibidos en las oficinas de la Secretaría de Estado por Roger Noriega, en esos momentos subsecretario para el Hemisferio Occidental. Días después, fue invitado un grupo de terroristas por el propio Presidente norteamericano para asistir a una celebración en la Casa Blanca.

Faltaban unos meses para que se iniciaran las primeras audiencias preliminares del juicio a Posada y sus cómplices. Mientras tanto, el sucio cabildeo a favor de los criminales iba *in crescendo*. George W. Bush recibiría el 10 de octubre de 2003, en la Casa Blanca, a otro grupo de terroristas, entre los que se encontraban Ninoska Pérez-Castellón y Luis Zúñiga Rey. Otra vez la mafia clamó por la excarcelación de sus amigos.

El 18 de marzo de 2004 terminó el juicio relámpago contra Posada Carriles y sus cómplices. Fue en realidad un juicio complicado, lleno de inconsistencias que por su esencia y debilidades daría como solución legal una irrisoria condena: penas de entre 4, 7 y 8 años de privación de libertad. De inmediato, sentenciados ya, se arreciarían las gestiones para excarcelarlos por cualquier vía.

El 24 de abril de 2004, se dieron los primeros pasos cuando la mafia se alborotó para tratar de liberar a sus ya sentenciados congéneres. Con bombos y platillos, anunciaron su esfuerzo por recabar fondos para apoyarlos. Cumpliendo este cometido, se llevó a cabo una cena en el salón Reinassance Ballroom de West Miami, que sobresalió por sus peculiaridades: recabar fondos para ayudar a Posada Carriles y a sus cómplices, detenidos en Panamá. Participaron 400 personas con un valor por cubierto de 100 dólares. Entre los presentes se encontraban decenas de ex integrantes de la Brigada 2506, vapuleada una vez en las arenas de Girón por los cubanos dignos de la Isla.

Francisco José Hernández Calvo, Humberto Hernández, Santiago Álvarez, Luis Zúñiga Rey, Ninoska Pérez Castellón y muchos más. Por su parte, el narco defensor de los terroristas, Rogelio Cruz, alardeaba públicamente de que sus defendidos pronto estarían en la calle.

La componenda no se hizo esperar: la presidenta mafiosa Mireya Moscoso indultó arbitrariamente a los terroristas el 26 de agosto de 2004, seis meses después de la condena y cinco días antes de que expirara su mandato presidencial. Años después este indulto fue declarado como violatorio de la constitucionalidad panameña por parte de la Corte Suprema de Justicia de Panamá, la que adoptó esta decisión por unanimidad. Un juicio contra los implicados dentro del Gobierno panameño se realizaría el día 3 de septiembre de 2005, con vistas a juzgar su participación en estos hechos.

Cuando la presidenta Mireya Moscoso, por obra y gracia de su unilateral voluntad, liberó a Posada Carriles y sus cómplices, santificó una nueva forma de fuga: aquella en la que la impunidad es capaz de maniatar a la justicia y no dejarle el más mínimo espacio a la razón. Fuga al fin, fraguada en silencio y efectuada en las sombras, ejecutada sobre la base de subterfugios y falsificación de identidades, conspiraciones y sobornos, consumó una de las iniquidades más repudiables de nuestros tiempos. Fue, sin lugar a dudas, la mayor ofensa cometida contra el antiterrorismo.

Como ya señalé, la Moscoso indultó a los cuatro terroristas unos días antes de cumplir su mandato, el 26 de agosto del año 2004, en un inocultable intento de congraciarse con el amo norteamericano y con la mafia terrorista miamense. En una madrugada, tomando extremas precauciones, fueron extraídos de la prisión “El Renacer” y conducidos al aeropuerto bajo fuerte custodia, sin el conocimiento del director de la prisión, los fiscales del caso y el propio juez Ho Justiniani. Allí los esperaban uno o dos aviones que los transportarían fuera de Panamá, los que fueron alquilados por Santiago Álvarez y la FNCA.

En el aeropuerto internacional de Tocumen, los terroristas fueron despedidos por Carlos Barés, en ese entonces director de la Policía Nacional de Panamá, así como por Javier Tapia, subdirector de Inmigración, y Arnulfo Escobar, jefe de la Dirección de Investigación e Información de la Policía por aquellos tiempos.

Hoy se han podido aclarar las verdaderas motivaciones que tuvo la ex presidenta panameña para indultar arbitrariamente a los terroristas. Su decisión no fue solamente provocada por su identificación ideológica con los mismos y por las presiones del Departamento de Estado norteamericano, entre estas las realizadas por el propio Collin Powell, secretario de Estado, en diciembre de 2003, y por Otto Reich, secretario de Estado adjunto para Asuntos del Hemisferio Occidental, el 20 de enero de 2004. Previamente, había recibido la propuesta de recibir 4 millones de dólares, los que le fueron entregados mediante una operación que involucró al Mellon United National Bank y un auto titulado Comité Pro Libertad de los Hermanos Presos en Panamá. El pago se realizó mediante gestiones de Ruby Moscoso, hermana de la ex presidenta, a través de un banco de Liechtenstein.

Detrás de estos hechos, pudo haber estado la anuencia y presiones de la CIA, cuyo director, en agosto de 2004, nombrado por George W. Bush, era nada más y nada menos que Porter Goss, socio de correrías de Luis Posada Carriles durante la Operación 40. Desde 1997, era el presidente del Comité de Inteligencia de la Cámara Baja de Estados Unidos.

Los hechos hablan por sí solos: Los recién indultados recibieron falsas identidades. Posada Carriles recibió un pasaporte norteamericano a nombre de Melvin Cloyde Thompson, hurtado a su dueño meses antes en Costa Rica. Por su parte, Guillermo Novo Sampoll, Pedro Crispín Remón y Gaspar Jiménez Escobedo utilizarían en su periplo Panamá -Honduras-Miami, los pasaportes de Ernesto Abreu, Orlando González y Miguel Álvarez, respectivamente.

Horas después de su despegue, ambos aviones aterrizaron en el aeropuerto Ramón Villeda Morales de San Pedro Sula, Honduras, sobre las 7:30 a.m. de dicho jueves 26 de septiembre. Los cuatro terroristas eran esperados allí por Rafael H. Nodarse, quien realizó los trámites migratorios requeridos por las autoridades hondureñas sin ninguna dificultad. Momentos después, acompañaron a Rafael Nodarse en su camioneta Nissan Pathfinder. Regresaron horas después para partir rumbo a Miami, sobre las 11:45 a.m., en una avioneta Lear. Posada Carriles se quedó en San Pedro Sula en compañía de los dos hijos de Nodarse.

Fue con Santiago Álvarez Fernández Magriñá y otros miembros

de la FNCA quienes rentaron los dos aviones ejecutivos usados para recoger a Posada, Gaspar Jiménez Escobedo, Guillermo Novo Sampoll y Pedro Remón. En las aeronaves llegó una comparsa de terroristas radicados en Miami, integrada por Ernesto Abreu, Orlando González y Miguel Álvarez, para fiscalizar el operativo. Luego, al despegar las aeronaves, Luis Posada Carriles se uniría a ellos en una de ellas.

Mientras los terroristas salían de Panamá rumbo a Honduras, la presidenta Moscoso telefoneó al entonces embajador de Estados Unidos en Panamá, Simón Ferro, informándole de la excarcelación de los terroristas, tal como previamente se había acordado con el secretario de Estado Collin Powell.

Hoy es un secreto a voces que fueron vulnerados los controles migratorios de Panamá, Honduras y Estados Unidos. En el primer caso, el Gobierno panameño se prestó conscientemente a la salida de personas de Panamá haciendo uso de documentos falsos, lo que constituye una clara violación de la ley. En Honduras, los cuatro terroristas quebrantaron los controles migratorios aparentemente mediante el soborno a funcionarios de Migración, lo que no excluye una autorización al respecto por parte de autoridades gubernamentales de ese país. Y, por último, tres de ellos ingresaron a Estados Unidos sin que se les haya enjuiciado por portar documentos falsos, delito contemplado en la legislación norteamericana. Estas maniobras y confabulaciones demuestran la anuencia de las autoridades panameñas, hondureñas y norteamericanas hacia los terroristas.

Posada Carriles ha sido identificado en Honduras en diferentes ocasiones. Se le vio en una oportunidad saliendo del aeropuerto Ramón Villeda Morales y, en otra, almorzando con Ralph Nodarse en un lujoso restaurante. Está claro, pues, que el entonces presidente hondureño Ricardo Maduro y su ministro de Seguridad y viceministro de la misma institución, Oscar Álvarez y Armando Calidonio, respectivamente, ignoraron la presencia de este criminal en su país.

Las noticias sobre el escandaloso refugio de Posada Carriles en Honduras, durante un tiempo, luego de su excarcelación por la Moscoso, han creado fuertes denuncias contra miembros del Gobierno del ex Presidente Ricardo Maduro, quien gobernaba ese país en aquellos momentos.

Maduro, quien participó en el criminal golpe de Estado contra el Presidente constitucional, Manuel Zelaya, visitó Washington en julio de 2009, donde fue recibido por los congresistas cubanoamericanos de la Florida, Ileana Ros Lehtinen y los hermanos Díaz Balart, así como el ex candidato presidencial John Mc Cain. Era, sin lugar a dudas, un justo premio y un “merecido” espaldarazo a quien gobernaba Honduras y permitió que Posada Carriles obtuviera refugio allí mientras se preparaba su ulterior ingreso a los Estados Unidos.

La presencia de John Mc Cain en el encuentro con Ricardo Maduro no resultó sorprendente, ya que se conocía que este personaje mantuvo fuertes vínculos con la derecha hondureña desde los años 80 del siglo pasado. Por esa época, fue asesor del Consejo Norteamericano para la Libertad Mundial, el capítulo USA de la Liga Anticomunista Mundial. La LAM fue una asociación internacional radicada en Taipéi y que aglutinaba a lo más selecto de la ultraderecha y el anticomunismo internacional.

Otro de los elementos que descartan cualquier sorpresa del recibimiento dado por Mc Cain al ex presidente Maduro y su asociación con los congresistas de la derecha norteamericana es el hecho de que Mc Cain siempre ha apoyado abiertamente el terrorismo contra Cuba. No en balde, recibió el apoyo del Foro Patriótico Cubano de Miami, integrado por lo más cavernario de la mafia miamense, como lo son el Consejo por la Libertad de Cuba, la Brigada 2506 y otras organizaciones, en agosto de 2008.

Hoy no cabe la menor duda que la excarcelación de Posada Carriles y sus cómplices de una prisión panameña fue el resultado de una conspiración en la que intervinieron sectores de la ultraderecha gobernante de los Estados Unidos, los representantes de la mafia contrarrevolucionaria de Miami y miembros de los Gobiernos panameño y hondureño, incluidos los dos mandatarios mencionados, quienes contribuyeron a que otra vez, de forma vergonzosa y con total impunidad, se escamoteara y burlara a la justicia.



**El protector  
de Posada Carriles**

## EL PROTECTOR DE POSADA CARRILES

**S**antiago Álvarez Fernández-Magriñá, quien por obra y gracia de las alianzas entre terroristas, hermanados ideológicamente y por una cruel competitividad basada en acumular la mayor cantidad de crímenes, inició su carrera de violencia desde muy temprano, tal como lo hizo su protegido Luis Posada Carriles. No tuvo reparo alguno en atacar al buque soviético Bakú mientras éste transportaba mercancías para la Isla; tampoco le sonrojó disparar sus armas de muerte contra poblados costeros en la zona sur de Cuba, tales como Cienfuegos y Trinidad. Fue, sin mostrar un poco de piedad, uno de los ejecutores contra el caserío de Boca de Samá, en Holguín, el 12 de octubre de 1971. Formado por la CIA, emparentado con la FNCA, enriquecido con negocios cuestionables y asentado con relativo prestigio ante sus congéneres de Miami, Álvarez se destacó por su odio acérrimo a la Revolución y su preferencia por la realización de actos terroristas en gran escala.

Refugiado en los Estados Unidos, protegido por sus autoridades y por la confabulación entre sus socios poderosos de Miami, se alió a la FNCA para acrecentar su criminal prontuario. Sabía que para descollar allí era necesario vincularse a aquellos bien apuntalados dentro de las esferas de poder local, asociados a las autoridades policiales y federales y, a qué negarlo, hizo un buen uso adecuado de estas influencias para moverse alrededor de la línea evidente de la impunidad. Su plan estrella, elaborado con la FNCA y Luis Posada Carriles, fue el intento de asesinato del Comandante Jefe en Panamá, en noviembre de 2000, durante la celebración de la X Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado.

Para la realización del magnicidio, Santiago Álvarez se entrevistó en varias oportunidades con Posada Carriles en Centroamérica y en una de las visitas que éste hiciera a los Estados Unidos. Ya estaba previsto por los complotados cómo se ejecutaría el atentado: mediante la colocación de una poderosa bomba en el Paraninfo de la Universidad de Panamá o en otro lugar que visitara Fidel. Los ejecutores directos serían el propio Posada Carriles, Gaspar Jiménez Escobedo, Guillermo Novo Sampoll y Pedro Crispín Remón. Para ejecutarlo, contaron con miembros de la célula terrorista centroamericana desplegados en Panamá, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y El Salvador.

Al ser capturados los implicados en noviembre de 2000, Santiago Álvarez iniciaría una poderosa campaña para adquirir fondos para su defensa. Hizo múltiples esfuerzos para lograr su liberación, más por evitar verse complicado en el complot que por una natural solidaridad. Fueron varias las ocasiones en que se le vio moviéndose entre Panamá y Miami, visitando a los detenidos en los inicios del proceso judicial que se seguía contra estos, hasta que por las denuncias cubanas a la Interpol, le aconsejaron a no acudir más a la nación istmeña.

Las autoridades cubanas conocen sobradamente que fue él, junto a Alfredo Domingo Otero y otros jerarcas de la Fundación, quien organizó el tercer intento conocido contra el famoso cabaret habanero Tropicana. Para ello, envió a Cuba a un *team* de infiltración integrado por Ihosvany Suris de la Torre, Máximo Pradera y Santiago Padrón, vinculados algunos a los terroristas de Comandos F 4 y otros a Alpha 66, cuyo propósito fue, además del plan contra el mencionado cabaret, el asesinato de Fidel Castro, según lo confesaría en 2005 uno de sus socios, José Hilario Pujos, quien lo acompañaría mucho después en la aventura de El Santrina.

La captura de estos terroristas y la ulterior apertura del Expediente N° 10 del año 2001 del Órgano de Instrucción del Departamento de Seguridad del Estado de la República de Cuba, así como la presentación televisiva de los mismos, permitió comprobar que Santiago Álvarez fue uno de los organizadores de este hecho terrorista, ejecutado el 26 de abril de 2001 y cuyos daños para Cuba serían incalculables.

Unos días antes de la infiltración, el sábado 10 de marzo de 2001, Santiago Álvarez y Ihosvany Suris de la Torre, se presentaron en un

evento de venta de armas, permitido en La Florida, en el Centro de Convenciones de Coconut Grove, ubicado en 2700 South, Bay Shore Drive, en Miami. Allí adquirieron, sin dificultad, en el puesto de venta de Miami Police Supply, ocho fusiles AK-47, ocho pistolas Makarov y una cuantiosa cantidad de municiones para estas armas.

Mientras se entretejían los pormenores de este nuevo plan, el agente especial Héctor Pesquera y sus socios del FBI en Miami se hicieron la vista gorda ante esta abultada compra de pertrechos de guerra realizada por un reconocido terrorista, pues estaban entretendidos con sus socios de la FNCA, la Fiscalía y los representantes de La Florida ante el Congreso, en preparar las acusaciones contra los Cinco e endilgarles bochornosas e inmerecidas sanciones.

Ihosvani Suris de la Torre recogió las armas compradas doce días después y se las entregó a Santiago Álvarez frente a una cafetería situada en la esquina de la 135 Street y la 5th. Avenue, en el North West de Miami. El complot parecía marchar sobre ruedas sin dificultad alguna. Luego realizarían otras compras de diversos equipamientos, tales como uniformes, botas, hachas, cuchillos y otras municiones.

Todo este arsenal de guerra, adquirido en Miami con total impunidad, fue capturado en la tarde del 26 de abril de 2001 por las tropas guardafonteras que detectaron y neutralizaron la infiltración. Además de las armas mencionadas, fueron decomisados una subametralladora M-3 con silenciador, visores nocturnos y otros medios de guerra.

Entre los años 2000 y 2005, Santiago Álvarez realizaría incontables esfuerzos por lograr la excarcelación de Posada Carriles y sus socios. Llegó a realizar la famosa cena del Renaissance Ball de West Miami, a 100 dólares el cubierto, a la que asistieron Pepe Hernández, Ninoska Pérez Castellón, Luis Zúñiga Rey y muchos terroristas más.

Paralelamente a la recaudación de fondos para el sostén de los terroristas en prisión y para pagar las grandes sumas de dinero reclamadas por los abogados de la defensa, entre los que se encontraban el narco leguleyo Rogelio Cruz y el terrorista Joaquín Chaffardet, Santiago Álvarez se involucró en diferentes planes para liberar a los detenidos de la prisión El Renacer. Inicialmente, se pensó excarcelarlos mediante una fuga de su vulnerable encarcelamiento, a través del pago de sobornos o logrando durante sus internamientos en los

hospitales de San Fernando y Santo Tomás. Sin embargo, las denuncias de las autoridades cubanas los hicieron desistir de sus planes.

A partir de ese momento, se inició una gran conspiración que involucraría al Departamento de Estado de los Estados Unidos, al Departamento de Seguridad de la Patria norteamericano, a los servicios especiales de ese país, como la CIA y el FBI, a los Gobiernos de Panamá y Honduras, a algunas autoridades mejicanas, a congresistas como Lincoln Díaz Balart e Ileana Ros Lehtinen, así como a la FNCA y a las autoridades del condado de Miami Dade.

Esta conspiración se desarrolló en dos etapas. La primera se originó con el indulto anticonstitucional de los terroristas por parte de la ex presidenta Mireya Moscoso y su ulterior traslado a Miami, en unos casos, y hacia Honduras, en el caso de Posada Carriles. La segunda parte comprendía el ingreso del terrorista en un periplo que contemplaba su traslado desde Honduras, Belice e isla Mujeres, en México, y su posterior rescate por el Santrina.

Esta embarcación, cuyo dueño es Santiago Álvarez, partió del puerto de Miami el 8 de marzo del 2005, y luego de pasar por las Bahamas, arribó a Islas mujeres el día 14 de del mismo mes. Luego, al día siguiente, embarcaría con un pasajero más. La tripulación, compuesta por el propio Santiago Álvarez, José Hilario Pujol y los “marineros” José y Rubén López Castro, Gilberto Abascal y Osvaldo Mitat, se incrementaría de forma solapada con Luis Posada Carriles.

Los hechos posteriores son harto conocidos, aunque el Gobierno norteamericano trató de echar una cortina de humo sobre los mismos. Posada Carriles ingresó a Miami con la anuencia de sus autoridades.

Días después, el 1º de abril de 2005, se dieron a conocer unas declaraciones del Canal 42-América TV, que señalaban que Luis Posada Carriles se encontraba en Miami, bajo el amparo de varios amigos.

El abogado Eduardo Soto, contratado por Santiago Álvarez, declaró el 11 de abril, *El Nuevo Herald*, que su cliente, Luis Posada Carriles, pensaba pedir asilo político en Estados Unidos y un *parolee*<sup>2</sup>, para poder vivir en ese país sin temor a la extradición.

2. *Parollee*: Condición de ser liberado bajo palabra, estar en libertad condicional.

Dos días después, el 13 de abril de 2005, Eduardo Soto presentó la solicitud de asilo para Luis Posada Carriles al Departamento de Seguridad. Ya el Gobierno norteamericano no podía escamotear una verdad a voces: Posada Carriles estaba oculto en algún lugar de Miami.

Con desfachatez y sacándolo de las sombras, Santiago Álvarez presentó a su socio de correrías en una conferencia de prensa el 17 de mayo de 2005. A las 11:40 de la mañana, Posada Carriles comenzó la conferencia de prensa ante una docena de periodistas en un almacén del North West de Miami. Casi dos horas después, sobre la 1:30 de la tarde, fue detenido por agentes del Departamento de la Seguridad de la Patria (DHS) en un operativo mediático.

Las mentiras de Posada Carriles ante la corte de inmigración de El Paso, Texas, pusieron en evidencia la participación de Santiago Álvarez en su ingreso ilegal a territorio norteamericano. Mientras continúa apoyando abiertamente al detenido socio de correrías, es investigado por las autoridades federales durante varios meses de 2005.

El 18 de noviembre de 2005 fue allanada su oficina de la Caribe Foundation, en Hialeah, por agentes del FBI, en busca de documentos que lo implicaran con el ingreso de Posada Carriles a Estados Unidos. La presencia de una innumerable cantidad de armas en su centro laboral, así como en otros lugares, conllevó a su inmediata detención. Junto al alijo, el FBI encontró un pasaporte guatemalteco a nombre de Manuel Enrique Castillo López con la foto de Posada. Ésta sería una poderosa prueba inculpatória contra él, quien siempre había negado su participación en el ingreso ilegal de Posada Carriles en Estados Unidos.

La Fiscalía Federal de los Estados Unidos inició el proceso contra Santiago Álvarez y Osvaldo Mitat ante la sala presidida por el juez James Cohn, en el Tribunal de Fort Lauderdale. De inmediato, el 2 de diciembre de ese año, su abogado abogó porque el juicio se celebrara en Miami, evitando, según él, se aumentara la posibilidad de que un jurado lo condenara.

Lo absurdo de esta petición de la defensa es que el propio Kendall Coffe abogaba en este caso por el cambio de sede hacia Miami, reco-

nociendo tácitamente que sólo allí podría hacerse un proceso justo a su cliente. La Fiscalía se opuso, el 6 de diciembre, argumentando que Miami es una ciudad intoxicada por los prejuicios anticubanos. No se pensó así, por supuesto, cuando el propio Coffe, ex fiscal en el juicio de los Cinco, argumentó que en Miami podrían recibir un juicio justo.

Luego de varias demoras legales de la defensa de Santiago Álvarez y Osvaldo Mitat, con la pretensión de obtener un cambio de sede, el juicio quedó señalado para el 8 de mayo de 2006, en el Tribunal Federal de Fort Lauderdale.

El juez James I. Cohn emitió una orden sellada el 21 de enero de 2006, mediante la cual ordenaba un desarrollo del caso sin divulgación ni acceso público. Una apelación de los abogados de la defensa al 11º Circuito de Apelaciones de Atlanta para trasladar la sede a Miami fue desestimada por los jueces el 14 de abril de 2006.

Además de seis cargos por posesión ilegal de armas, la Fiscalía reconoció, el 27 de abril de 2006, la participación de ambos acusados en el operativo para introducir ilegalmente en Miami el barco *Santrina*. Sin embargo, una nueva maniobra dilatoria hizo que el juicio se pospusiera hasta el 15 de mayo.

Ante la solicitud de la Fiscalía para que Posada Carriles asistiera como testigo al juicio contra Álvarez y Mitat, su abogado presentó una moción legal, planteando que el terrorista se “niega respetuosamente” a declarar en el mismo y llegó incluso a invocar la Quinta Enmienda de la Constitución para evitar hacerlo.

Mientras el testigo principal de la Fiscalía en el juicio versus Santiago Álvarez y Osvaldo Mitat fue baleado por desconocidos en una carretera al noroeste de Miami Dade, el juicio fue nuevamente remitido al 11 de septiembre de 2006. Más adelante, se colocaría una bomba en su automóvil.

El 6 de septiembre de 2006, Lincoln Díaz-Balart dio un público espaldarazo a Álvarez y a Mitat cuando declaró al Canal 41 de Miami que siente profundo respeto y afecto por ellos, y que él y los republicanos Mario Díaz-Balart e Ileana Ros-Lehtinen están realizando gestiones para lograr su excarcelación.

En una nueva maniobra por viciar el juicio, los defensores trataron de incluir en el jurado a residentes en Miami, a lo que el juez James I. Cohn se opuso el 5 de septiembre de 2006.

Finalmente, fueron encontrados culpables del delito de conspiración por poseer un arsenal de armas de guerra, con lo que se evadía el delito de posesión. La irrisoria sanción de cuatro años de cárcel para Santiago Álvarez y de tres para Mitat demostró que una vez más se burló a la justicia en los Estados Unidos. Para colmo, el 6 de junio de 2007, el juez Cohn reduciría la condena a Álvarez y a su compinche en 16 meses para el cabecilla y en 13 meses para Osvaldo Mitat. La benevolencia del juez excedió a la propia petición fiscal de disminución de pena, a causa de un burdo arreglo entre los fiscales y la mafia de Miami que se logró cuando fueron entregados al Gobierno 90,7 kilogramos de dinamita; 6,3 kilos de explosivos plásticos tipo C-4; treinta pistolas automáticas o semiautomáticas, un lanzagranadas y granadas, y 1.219 metros (4.000 pies) de cordel para detonación.

Santiago Álvarez y Osvaldo Mitat fueron acusados, en enero de 2007, en el proceso contra Posada Carriles en El Paso, Texas. Sin embargo, ambos se declararon inocentes del cargo de desacato el 6 de enero de 2007.

Santiago Álvarez, el protector de Luis Posada Carriles, ya debe haber cumplido la irrisoria condena que recibió. Una vez más la justicia amparaba a los terroristas de origen cubano, demostrando el doble rasero de su interpretación de la lucha contra el terrorismo. Este absurdo procedimiento evidencia que no se puede esperar mucho de los procesos que se siguen contra Posada en El Paso, Texas, y el juicio congelado de New Jersey.



**El sórdido camino  
hacia la impunidad**

## EL SÓRDIDO CAMINO HACIA LA IMPUNIDAD

Posada Carriles se encuentra libre en Estados Unidos, luego de un periplo que lo llevó a Honduras, Quintana Roo y Miami, bajo la protección de las administraciones de George W. Bush y Barak Obama, las que han multiplicado las maniobras jurídicas, desde abril de 2005, para ignorar una solicitud de extradición presentada por Venezuela reiteradamente y, con posterioridad, por el reciente Gobierno panameño de Martín Torrijos. Mientras tanto, vive en un cómodo refugio conseguido para él por Santiago Álvarez y Rubén Darío López Castro.

Cuando en una comparecencia especial, transmitida en vivo por la Televisión Cubana desde el Palacio de las Convenciones, el 12 de abril de 2005, Fidel Castro emplazó al presidente Bush a que aclarara al mundo si era cierto o no que el Gobierno de EEUU tenía conocimiento de que el terrorista Luis Posada Carriles se encontraba en territorio norteamericano, bajo el amparo de sus socios de correrías, puso al descubierto una conspiración que abría el camino hacia la impunidad del afamado criminal.

Sorprendido in fraganti, el Gobierno norteamericano trató de ocultar la verdad. Durante la conferencia de prensa diaria en el Departamento de Estado, celebrada al día siguiente, al ser requerido sobre la presencia de Posada Carriles en Miami, el vocero Richard Boucher dijo: “ (...), probablemente se trata de un tópico que hemos abordado muchas veces en el pasado. No estoy seguro de que haya algo nuevo al respecto”. De hecho, se hacía el ciego como sus jefes de la Casa Blanca. Mientras tanto, la mafia de Miami alardeaba impunemente sobre el hecho: habían dejado filtrar, el 1º de abril de 2005, al Canal 42-América TV y luego a *El Nuevo Herald* de Miami, que Luis

Posada Carriles se encontraba en esa ciudad. Pocos días después, el 20 de abril de 2005, Santiago Álvarez confirmaría con descaro, en un programa del Canal 41, la presencia de su protegido en la ciudad floridana. El abogado seleccionado por la mafia miamense, Eduardo Soto, comentó también al *The Miami Herald* el 11 de abril de 2005, que están considerando presentar a Posada Carriles en conferencia de prensa en Miami.

Ante la certera denuncia de Fidel y las declaraciones descaradas de sus cómplices, el abogado Eduardo Soto envió una solicitud de asilo para Luis Posada Carriles al Departamento de Seguridad. Ya el secreto estaba totalmente develado, aunque algunos, ciegos, por no querer ver, como el subsecretario de Estado para Asuntos Hemisféricos Roger Noriega, viejo cómplice de Posada Carriles en las actividades del Irán-Contras, declaraba después de una conferencia en el Consejo de las Américas en el Departamento de Estado que carecía de “información concreta” sobre la presencia en el país del terrorista Luis Posada Carriles. Para ser franco, expresó: “... no sé si está en Estados Unidos, algunos están seguros de que es así y nosotros no tenemos motivos para dudar, pero tampoco tenemos evidencia de dónde realmente está”. Luego diría con hipocresía: “... el Gobierno estadounidense no tiene ningún interés en dar asilo a alguien que haya cometido actos delictivos”.

Como respuesta lógica y legítima, el presidente venezolano Hugo Chávez anunció, el 26 de abril de 2005, que su país pediría la extradición del terrorista.

Con el mayor desparpajo y sin percatarse de que ponía en aprietos a los representantes del Gobierno norteamericano, a las 11:40 horas del día 17 de mayo de 2005, Posada Carriles inició una conferencia de prensa en un almacén del North West de Miami. Apenas dos horas después, luego de un publicitado *show* propagandístico, montado por Santiago Álvarez y otros, fue detenido por el Servicio de Inmigración y Aduana de los Estados Unidos (ICE), sobre la 1:20 p.m.

La Agencia de Inmigración y Aduanas (ICE) de EEUU acusó entonces a Posada Carriles de ingreso ilegal, y advirtió que el criminal sería detenido sin opción a libertad bajo fianza hasta comparecer ante un juez de inmigración en una audiencia fijada para el 13 de junio. Al

no concederle fianza, las autoridades norteamericanas tácitamente estaban confirmando la peligrosidad de Posada Carriles.

En los días siguientes, se daría inicio a un juicio de inmigración en El Paso, Texas, que amenazó desde sus inicios con ser dilatado, lleno de subterfugios y en que la defensa recurriría a las más inusitadas maniobras para excarcelar al terrorista. No se esperaba, sin embargo, que la Fiscalía fuera parte de los frecuentes esfuerzos por dilatar el proceso, tal como se vería más tarde.

Mientras tanto, en Cuba, así como en el mundo entero, crecía la expectativa sobre el destino legal del terrorista. Entre los días 2 y 4 de junio, el Encuentro Internacional “Contra el terrorismo, por la verdad y la justicia” reunió en el Palacio de las Convenciones, en La Habana, a cientos de luchadores sociales, académicos, legisladores, intelectuales y otras personalidades de diversas latitudes del mundo.

El juez de Inmigración William L. Abbot fijó, el 15 de junio de 2005, la fecha para el inicio del juicio migratorio contra el terrorista Luis Posada Carriles, siendo escogido el 29 de agosto, así como pospuso la audiencia de fianza para el 24 de junio, por lo que mantuvo a Posada bajo detención. El 25 de julio, este mismo juez de Inmigración le denegó la fianza a Posada Carriles, lo que hizo que se despertaran algunas ilusiones sobre la seriedad de este proceso.

A partir de allí, ese juicio demostró varios hechos de interés: los intentos desesperados de los abogados de la defensa para excarcelar a Posada Carriles, así como la confabulación de la Fiscalía para alargar indefinidamente el proceso. Prueba de ello fue el largo tiempo que necesitó la oficial de Inmigración Susana Bolaños para preparar la entrevista migratoria al terrorista. Lo peor de todo fue que en los seis largos meses de que dispuso la oficial, jamás se dedicó a analizar el prontuario criminal del violador de las leyes federales.

El resultado de la “larga espera” de Susana Bolaños fue una chapuza presentada ante la Corte de Apelación de Nueva Orleans. Con este documento lleno de incongruencias se quiso contrarrestar el fallo emitido el 5 de junio por la jueza Kathleen Cardone.

De nada valió la supuesta experiencia de la oficial Bolaños, ni su aval como experta en casos donde se sospecha un fraude o una amenaza a la seguridad nacional. Esta capacitada especialista desestimó

de forma deliberada todo el prontuario criminal de Posada Carriles que obra en poder de las agencias federales de Estados Unidos y la extensa información pública al respecto. Queda claro que los fiscales del Departamento de la Seguridad Interior y otros funcionarios del Departamento de Justicia que contactaron a Bolaños jamás le impusieron sobre la necesidad de tener en cuenta el historial del acusado. Por tanto, los días 25 y 26 de abril de 2006 mostraron no sólo la incompetencia de esta funcionaria federal, sino las malas intenciones del Gobierno. No obstante, para el gran jurado quedó claro que Posada Carriles mintió deliberadamente sobre la forma en que ingresó al país, lo que le abrió las puertas para ser inculpado por siete delitos.

Hoy se conoce que Posada mintió durante el interrogatorio de Susana Bolaños, al aseverar que penetró a territorio norteamericano por la ciudad fronteriza de Bronsville, en Texas, a la par que desmintió las acusaciones sobre su ingreso por Cancún. Negó asimismo la versión que lo ubicaba en el barco Santrina, en compañía de Santiago Álvarez, Osvaldo Mitat, Rubén López Castro y José Pujol.

Otro engaño de Posada fue el de admitir que entró a Estados Unidos sin documentos y que sólo había empleado en ocasiones las identidades de Ramón Medina y Franco Ramírez. En este libro comprobaremos que Luis Posada Carriles utilizó una larga lista de falsas identidades para cometer sus crímenes. Tales son los casos, por citar algunos del pasaporte salvadoreño N° A143258, a nombre de Franco Rodríguez Mena y el empleado por él luego de salir de Panamá rumbo a Honduras, que lo identificaba falsamente como el ciudadano norteamericano Melvin Clyde Thompson. El colmo del descaro fue que entró ilegalmente a Estados Unidos bajo la falsa identidad de Manuel Enrique Castillo López, de ciudadanía guatemalteca.

Ha causado estupor que los fiscales federales John F. De Pue, John W. Van Lonkhuizen y Paul Ahern, pertenecientes todos a la Sección Antiterrorista del Departamento de Estado y concedores de la trayectoria terrorista de Posada Carriles, hayan sido los principales ejecutores del plan dilatorio que benefician a este violador de las leyes norteamericanas. No cabe duda, pues, que reciben órdenes del Gobierno en este sentido.

Otra prueba del cómplice papel del Gobierno en el juicio a Posada Carriles es que el Departamento de la Seguridad de la Patria (DHS) de Estados Unidos descartó, en septiembre de 2005, el empleo de una grabación obtenida en Caracas en 1977 por el periodista norteamericano Blake Fleetwood, en presencia de Orlando Bosch, en la que Luis Posada Carriles, cargado de megalomanía, confesó una parte de los crímenes cometidos por él.

Mientras tanto, la madeja de infamias elaboradas por los abogados de Posada Carriles, financiados por la mafia terrorista de Miami, llegó al colmo de solicitar la ciudadanía norteamericana para el criminal, a tenor con la Sección 329 de la Ley de Inmigración, la cual permite naturalizarse a aquellas personas con un servicio honorable en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Todo parece indicar que Eduardo Soto, abogado del terrorista, pretende hacer valer todos los oscuros servicios realizados por Posada para el US Army, la CIA, el FBI y otras agencias norteamericanas.

El juez migratorio William Abbott denegó la libertad bajo fianza a Luis Posada Carriles el 7 de julio de 2005. Debido a sus antecedentes terroristas y porque existe el peligro de que se fugue.

Meses después de dilaciones injustificadas y de un complicado tira y jala legal, Estados Unidos manejó la opción de extraditar a Posada Carriles a un tercer país, negándose a hacerlo a Cuba o Venezuela. El nuevo Mandatario hondureño, Manuel Zelaya Rosales, recibió, el 27 de enero de 2006, la inusitada petición del embajador norteamericano Charles Ford para que permitiera el ingreso del terrorista Luis Posada Carriles a Honduras. Las presiones del Gobierno de Estados Unidos por salir del espinoso caso, evitando deportarlo hacia Venezuela, así como la decisión del juez William Abbot de conceder 90 días para “reubicar” a Posada en un tercer país, lo llevaron a dar este paso.

El fracasado ensayo hondureño de albergar al terrorista se sumó a otros fallidos intentos empleados contra los Gobiernos de Canadá, México, Panamá, El Salvador, Guatemala y Costa Rica.

El 22 de marzo de 2006, el Servicio de Inmigración y Control de Aduana de Estados Unidos comunicó a Luis Posada Carriles, a través de la Oficina de Detención y de Operaciones de Retiro, su decisión provisional para mantenerlo detenido. La nota en cuestión refiere:

Por la presente carta le comunicamos que su condición de detenido ha sido objeto de análisis y se ha determinado que, en estos momentos, no será liberado de la detención por parte del Servicio de Inmigración y Control de Aduana de Estados Unidos (ICE), porque, tal como se especifica más adelante, usted continúa siendo un peligro para la comunidad y un riesgo para los vuelos. Esta decisión provisional se fundamenta en el análisis de su caso y el examen de la información que usted y su abogado presentaron a los funcionarios del ICE encargados del examen.

El Pacer da a conocer la orden de la jueza Cardone, emitida el 6 de abril de 2007, mediante la cual ordena formalmente la libertad bajo fianza al terrorista Luis Posada Carriles, con las siguientes condiciones:

1. Ha de pagar una fianza de 250,000 dólares.
2. Ha de haber una garantía de 100,000 dólares, firmada por su esposa e hijos.
3. Ha de existir custodia de la esposa e hijos de Posada sobre el favorecido.
4. Ha de estar bajo arresto domiciliario en su domicilio en Miami.
5. Ha de permanecer con un brazalete electrónico para controlar su movimiento.
6. Ha de permanecer en el condado de su domicilio, exceptuando sus obligaciones con la Corte.
7. Ha de evitar contacto con ningún testigo del caso.
8. Ha de reportarse al oficial encargado de su caso.

La maniobra para excarcelar a Posada estaba preparada: el abogado Arturo Hernández destacó que Posada Carriles contaba con el apoyo de decenas de personas en Miami y presentó una solicitud de excarcelación firmada por varios miembros de la selecta mafia terrorista miamense, entre las que se encontraban las firmas de Orlando Bosch, Rodolfo Frómeta, el Chino Aquit y varios integrantes de Alpha 66.

La mafia contrarrevolucionaria de Miami se movilizó de inmediato

para expresar su apoyo al detenido. La prensa mediática, capitaneada por *El Nuevo Herald*, contribuyó notablemente a este propósito. La audiencia dirigida por la jueza Kathleen Cardone vio desfilar a decenas de terroristas, dispuestos a manifestar su solidaridad con el famoso cómplice y a ejercer una fuerte presión sobre sus decisiones futuras y sobre la actuación de la Fiscalía. Más de treinta recalcitrantes contrarrevolucionarios de origen cubano, entre los que se encontraban representantes de la Brigada 2506, del CID, del Consejo del Presidio Político Cubano y otras. De manera personal, Félix Ismael Rodríguez Mendigutía se destacaba entre los presentes.

Finalmente, Posada Carriles salió en libertad el 19 de abril de 2007, y se dirigió a la casa de su esposa en Miami, tras pagar una fianza. Esta excarcelación del terrorista se convirtió en una de las más bochornosas componendas de la justicia y el Gobierno norteamericano a favor de los criminales extremistas de Miami y puso en evidencia el doble rasero de la concepción antiterrorista de Estados Unidos.

Apenas tres días después de que el vicepresidente del Gobierno panameño de Martín Torrijos Samuel Lewis, aseguraba, el 14 de agosto de 2008, que su país reclamaría la extradición de Luis Posada Carriles, la Corte de Apelación de Nueva Orleans dio carta verde a una solicitud de la Fiscalía por revisar la decisión de la jueza Cardone de dar la libertad bajo fianza, así como determinó el reinicio inmediato de las audiencias para un nuevo juicio de fraude migratorio contra Posada Carriles.

En un aparente cambio de estrategia y en espera de la realización del nuevo juicio a Posada Carriles, la Fiscalía ha ampliado los cargos presentados en El Paso en los primeros días de abril de 2009. Mientras tanto, la jueza Kathleen Cardone ha ordenado que Posada Carriles permanezca en libertad condicional en su casa y porte un dispositivo electrónico en el tobillo de manera permanente.

El 17 de abril de 2009, Posada Carriles fue informado por la benévola jueza Kathleen Cardone de los cargos que afronta en el nuevo juicio. Esta vez se le hizo mediante video conferencia.

Dos días después, completamente jubiloso, Posada visitó las oficinas de Alpha 66 en la Pequeña Habana. Allí fue recibido por

Reynol Rodríguez, jefe de esta organización terrorista, Henry Agüero y Sixto Reynaldo Aquit. No es, sin embargo, la primera vez que Posada Carriles visita estas oficinas. Allí se ha encontrado con otros de sus cómplices, Dionisio Suárez Esquivel, Virgilio Paz, Pedro Remón y Reynol Rodríguez.

La jueza Kathleen Cardone estableció que Posada Carriles debería asistir a una nueva audiencia en El Paso, Texas, el próximo 10 de agosto, en decisión emitida el 10 de abril de este año. Por estos días, la Fiscalía advirtió que tiene la intención de presentar una nueva causa, con más cargos. Lo sorprendente es que la moción de la Fiscalía no pide el encarcelamiento del acusado, a pesar de que reconoce que presentará cargos más graves contra él.

Lo más novedoso de este controvertido proceso es que el juicio a este terrorista fue pospuesto para marzo de 2010, en otra maniobra dilatoria de la justicia norteamericana.

Sólo en Estados Unidos es posible que un terrorista deambule libremente confraternizando con sus socios de correrías y llevando una vida pública abierta. Se le ha visto en cenas, exposiciones de pintura y otras actividades, en abierta afrenta a sus víctimas y los familiares de estas. Testigos de esta afrenta.

La libertad de que goza este terrorista, y el no ser certificado como tal, es una flagrante violación por parte de la administración de Estados Unidos de la resolución 1373/2001 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, además de varios tratados internacionales sobre terrorismo, tales como el Convenio Internacional para la Represión de los Atentados Terroristas Cometidos con Bombas, del 23 de mayo de 2001, así como el Convenio para la Represión de Actos Ilícitos contra la Seguridad de la Aviación Civil, en vigor desde el 26 de enero de 1973.



## **La suerte de los buenos**

## LA SUERTE DE LOS BUENOS

Cuando los sacaron de sus hogares de manera violenta aquel amanecer del 12 de septiembre de 1998, los agentes del FBI, seguidores de las órdenes del agente especial para Miami, Héctor Pesquera, realizaron un aparatoso e innecesario despliegue de fuerzas. Había, sin lugar a dudas, que complacer a sus nuevos socios de la FNCA y de la mafia terrorista de Miami. Esta acción era uno más de los favores que les hacía Pesquera, luego de que los ayudó a escamotear la justicia durante el proceso legal que se les siguió a varios terroristas, unos meses antes, en ocasión del frustrado atentado a Fidel en la Isla de Margarita.

En realidad, había poco de qué acusarlos, si no fuera por defender a su patria de los complots criminales fraguados por Alberto Hernández. Roberto Martín Pérez, Alfredo Domingo Otero y otros, convertidos por alianza ideológica y beneficios materiales en los nuevos protegidos del agente del FBI. Hoy se conoce que los Cinco contribuyeron a desarticular más de 70 planes contrarrevolucionarios contra el pueblo cubano en los que estuvieron involucrados Posada Carriles, Orlando Bosch y otros criminales de los que hemos analizado brevemente su rosario de culpas en este libro.

Como señaló Ricardo Alarcón de Quesada en un artículo titulado “La historia no contada de los V: ESPÍAS SIN ESPIAR”, aparecido en días recientes:

“La primera acta acusatoria, en septiembre de 1998, inculpaba a los cinco cubanos de ser agentes de Cuba no registrados y de otras violaciones menores. El Gobierno también acusó a tres de ellos -Gerardo, Ramón y Antonio- de “conspiración para cometer espionaje” (Cargo 2).

La verdad era sólo una: poco tenía en las manos el FBI para lograr una seria acusación contra Gerardo Hernández Nordelo, Ramón Labañino, Fernando González, René González Schweret y Antonio Guerrero Rodríguez. Esto lo confirma nuevamente Alarcón en el mismo artículo, cuando expresó:

La Fiscalía no acusó a ninguno de ellos de espionaje en sí por una razón muy simple: no existió nada semejante y por lo tanto nunca pudiera ser probado. Los fiscales fueron aún más lejos. En su declaración inicial advirtieron al jurado que no esperara que ellos revelaran ningún secreto ni nada por el estilo. Lo único que tenía que hacer la Fiscalía era “convencer” a los miembros del jurado que los acusados eran personas realmente malas capaces de concebir un intento de poner en peligro la Seguridad Nacional de los Estados Unidos en algún momento de un hipotético futuro. Y, argumentaron, que los acusados tenían que recibir el castigo más severo posible, porque eran unos tipos verdaderamente malos que perturbaban la paz y la tranquilidad de Miami.

No les quedaba más remedio a los representantes de la mafia de Miami que forzar las circunstancias, ejercer presiones indecibles sobre el FBI y sobre el sistema judicial de la Florida. Era la única posibilidad plausible para descargar sobre estas personas el odio irracional que sienten hacia la Revolución Cubana. Un aliado, desde luego, fue encontrado en la prensa mediática controlada por ellos.

Alarcón examina este momento crucial del proceso acusatorio contra los Cinco:

Para lograr ese objetivo los fiscales, a pesar de lo que su propia acusación decía, hicieron en el juicio declaraciones del tipo más violento, acusando a los Cinco de nada menos que tratar de “destruir a los Estados Unidos” y recordándoles a los atemorizados miembros del jurado que si no los condenaban estarían “traicionando a la comunidad.

La conspiración inicial contempló desvirtuar las razones de la existencia en Miami de la Red Avispa, crear un estado de opinión prejuiciado contra estos hombres, a la par que viciar y condicionar de antemano el futuro proceso legal. Al respecto, señaló en dicho artículo:

Los medios de comunicación se encargaron del resto. Ellos siempre han presentado a los Cinco Cubanos como “espías”, o como personas acusadas de ser “espías”. Los medios realmente se excedieron en el cumplimiento de su tarea. Siguieron repitiendo la misma cantinela, incluso después de que la Corte de Apelaciones en *banc* concluyó unánimemente en septiembre de 2008 que no había pruebas de que los acusados hubieran “obtenido o transmitido información secreta” o de que hubieran dañado la Seguridad Nacional de los Estados Unidos y por lo tanto decidió que las sentencias por el Cargo Dos (conspiración para cometer espionaje) eran erróneas, las anuló y decretó que Ramón y Antonio fueran resentenciados. (Undécimo Circuito de la Corte de Apelaciones, N° 01-17176, DC, Docket N° 98-00721-CR-JAL, páginas 70-81)... Sin embargo, a pesar de reconocer que el mismo procedimiento debía aplicarse a Gerardo, en un increíble acto de discriminación judicial, el tribunal se negó a hacerlo aduciendo que una cadena perpetua ya estaba pesando en su contra.

La parcialidad de la justicia norteamericana sufriría una prueba de fuego. Había que endilgarles a toda costa, a los cinco luchadores antiterroristas, el delito de ser un peligro para la Seguridad Nacional y de haber espiado dentro de instalaciones sensibles de tipo militar. La maniobra preconcebida por el Gobierno sería seriamente cuestionada durante el proceso judicial cuando varios expertos pusieron en duda la peligrosidad de los acusados con respecto a la Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Al respecto, analiza Alarcón:

*De hecho, era muy fácil darse cuenta de que en este caso no estaba involucrada ninguna información secreta o mili-*

*tar, y que la seguridad nacional de los EEUU. nunca estuvo afectada. Eso fue lo que dijo el Pentágono, en un lenguaje claro y sencillo antes de que comenzara el juicio. Ese fue el testimonio, bajo juramento, del almirante retirado Eugene Carroll (transcripciones oficiales, páginas 8196-8301), del general de Ejército retirado Edward Breed Atkeson (Idem páginas 11049-11199), del general y ex comandante del Comando Sur Charles Elliot Wilhelm (Idem páginas 11491-11547), y del teniente general retirado de la Fuerza Aérea James R. Clapper (Idem, páginas 13089-13235).*

Muchos casos juzgados en Estados Unidos antes, durante y después del proceso seguido contra los Cinco demuestran que el juicio contra ellos no tuvo en cuenta antecedentes legales existentes en Estados Unidos, al emitir las abultadas e injustas condenas contra ellos.

Un examen de diversos antecedentes judiciales de casos de personas que sí cometieron realmente el delito de espionaje contra Estados Unidos nos permite comprobar la inconsistencia de los argumentos esgrimidos por el Gobierno y la justicia norteamericanos para imponer sanciones tan exageradas, crueles e infames. No cabe duda de que a través de ellos se trató de castigar a Cuba y satisfacer a la mafia miamense. Ése fue el fin político de la Fiscalía y su arbitraria actuación durante el juicio.

Tal vez el caso más sonado de espionaje contra Estados Unidos por parte de un país aliado lo representó el de Jonathan Pollard. Analista de la Marina de Guerra norteamericana, vendió importantes secretos a Israel a cambio de grandes sumas de dinero.

Apenas fue capturado Pollard en noviembre de 1985, el Gobierno israelí pidió disculpas a la Casa Blanca. Usando el frágil e increíble argumento de que Pollard no era miembro del Mossad (el servicio de inteligencia de Israel) o de la inteligencia militar de este país, el primer ministro Shimon Peres adujo que el espía actuó imprudentemente, como parte de una unidad independiente de la inteligencia israelí, prometiendo desactivar a la misma y castigar a los infractores. Resuelto el asunto de manera dudosa, Pollard fue condenado a cadena perpetua.

Años después en 1998, el jefe de Gobierno israelí Benjamín Netanyahu reconoció, sin embargo, que Pollard era efectivamente un agente del Mossad. Queriendo ser presentado como un patriota e incapaz de dañar a los Estados Unidos, Pollard fue apoyado por el importante *lobby* judeo-norteamericano.

Al analizar el caso de Jonathan Pollard y su condena por la justicia norteamericana por el delito de espionaje, cabe preguntarnos: ¿Por qué imponer un mismo castigo a los Cinco Héroes cubanos, cuando en el caso de ellos no pudo probarse que realizaran actividad de espionaje contra la Seguridad Nacional de Estados Unidos, y a diferencia del agente israelí nunca fueron capturados in fraganti en estas actividades? ¿Por qué se les imputó falsamente el delito de conspiración para cometer espionaje, siendo juzgados como espías y recibiendo las máximas condenas por un delito no cometido? ¿No es esto, acaso, manipulación de la verdad y ensañamiento a partir de una mentira? Washington contó con abundantes pruebas documentales sobre el delito cometido por Pollard, mientras que en caso de los Cinco sólo se emplearon falsas presunciones.

Otro sonado caso de espionaje cometido contra Estados Unidos por el Mossad israelí lo representó la captura de 120 de sus agentes infiltrados en ese país en enero de 2002. Esta vasta red de espionaje diseminada en varias importantes ciudades norteamericanas como Los Ángeles, Miami, New Orleans, Chicago, Atlanta y Phoenix, bajo el manto de pertenecer a escuelas de arte, se dedicó a espiar a residentes árabes y a operativos de Al Qaeda.

Una investigación realizada por la revista especializada "Intelligence On line" demostró que esta red logró penetrar a los grupos terroristas árabes radicados en los EEUU y, sin embargo, nunca advirtió al Gobierno norteamericano de los macabros planes perpetrados el 11 de septiembre por Al Qaeda contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono.

Cabría preguntarse: ¿por qué las autoridades norteamericanas se limitaron a capturar a ese numeroso grupo de miembros del Mossad y a expulsarlos con posterioridad, sin tomar represalia alguna? ¿No estaban ellos, acaso, infiltrados como agentes no declarados de otro país en grupos terroristas ubicados en distintas ciudades norteamericanas?

ricanas? ¿Por qué a ellos sólo se les expulsó y a los Cinco Héroeos cubanos no, cuando aparentemente realizaban similares actividades contra grupos terroristas?

En este caso específico, el FBI actuó de manera diferente a como lo hizo en Miami en relación con los patriotas cubanos detenidos. El portavoz del Federal Bureau Of Investigation (FBI), Bill Carter, se limitó a declarar: “Este caso de la red de espionaje israelí no existe. Ningún israelí ha sido acusado por el FBI o el Departamento de Justicia”. ¿No es sospechoso, por supuesto, que Héctor Pesquera, en ese entonces jefe del FBI en Miami, “consultara” a enemigos de Cuba, como Ileana Ros Lethinen y Lincoln Díaz Balart, sobre cuál debía ser el proceder en este caso, antes que a sus superiores dentro de FBI?

Lo sorprendente de la actitud del Gobierno de Estados Unidos en el caso de los Cinco, en general, y de la actuación del FBI, en particular, es que han violado en este proceso una actitud de relativa coherencia en los casos de espías capturados in fraganti. Prueba de ello son los casos siguientes:

- Caso Aldrich Ames: Este alto funcionario de la CIA fue arrestado por el FBI el 24 de febrero de 1994. Miembro de la principal agencia de inteligencia de Estados Unidos desde 1963, fue reclutado, en 1985, por la KGB soviética y luego, ante la debacle del campo socialista, continuó prestando servicios como doble agente ante el SVR ruso. La motivación principal de Ames fue el dinero y, desde su puesto como responsable de la formación de futuros agentes de la CIA, facilitó amplia información sobre espías de esa agencia destinados a Rusia. Fue responsable de la captura y ejecución de varios de ellos. Fue condenado a cadena perpetua en el mismo año de su captura.
- Caso Harold J. Nicholson: Reclutado en 1980, luego de 16 años de servicio dentro de la CIA, Nicholson fue detenido el 12 de noviembre de 1996, acusado de vender información a la KGB y, posteriormente, al SVR ruso. Fue condenado a cadena perpetua luego de probarse que entregó amplia información sensible de Estados Unidos a servicios especiales extranjeros, a cambio de altas sumas de dinero. Recibió igual pena que Ames.
- Caso Edwin Pitts: Fue detenido en 1997, luego de trabajar por

más de nueve años, a cambio de dinero, para la KGB y el SVR ruso. Encargado por el FBI para espiar a diplomáticos soviéticos y luego a rusos acreditados ante la ONU, fue reclutado por estos a cambio de dinero. Recibió igual condena que los anteriores.

- Caso David Sheldon Boons: Miembro de la NAS, Agencia de Seguridad de los EEUU encargada del contraespionaje electrónico norteamericano, fue reclutado por el SVR ruso. Desde su alto puesto, ofreció valiosa información a cambio de dinero. Fue condenado a pena similar a la recibida por los anteriores agentes dobles mencionados.

Ricardo Alarcón expone otros hechos conocidos que ponen en tela de juicio la imparcialidad de la justicia norteamericana: *“Desde que los Cinco fueran condenados han tenido lugar otros casos, cuyos resultados contrastan claramente con el de ellos. Vamos a examinar muy brevemente algunos:*

Khaled Abdel-Latif Dumeisi, acusado de ser un agente no registrado del Gobierno de Saddam Hussein. Fue condenado en abril de 2004, en medio de la guerra de Estados Unidos contra Irak, a 3 años y 10 meses de prisión.

Leandro Aragoncillo fue hallado culpable en julio de 2007 de transmitir información secreta de defensa nacional de los Estados Unidos (alrededor de 800 documentos clasificados) obtenidos desde su oficina en la Casa Blanca, donde trabajaba como asistente militar de los vicepresidentes Al Gore y Dick Cheney. El Sr. Aragoncillo fue condenado a 10 años de prisión, mientras que su co-conspirador, Michael Ray Aquino, recibió una sentencia de 6 años y 4 meses.

Gregg W. Bergersen, un analista del Departamento de Defensa, fue hallado culpable en julio de 2008 de suministrar información de defensa nacional a personas no autorizadas a cambio de dinero y regalos, y fue sentenciado a 4 años y 9 meses de prisión.

Lawrence Anthony Franklin, un coronel de la reserva de la Fuerza Aérea de EEUU, que trabajaba en el Departamento

de Defensa, fue hallado culpable de entregar información clasificada y de defensa nacional, incluyendo secretos militares, a representantes de un Gobierno extranjero y fue sentenciado a 12 años y 7 meses de prisión. Sin embargo, nunca entró a una prisión federal. Estaba en libertad mientras apelaba y en mayo pasado el Departamento de Justicia retiró los cargos que sustentaban su caso.

Está de más decir que ninguno de los casos referidos anteriormente fue juzgado en el sur de la Florida, ni involucraba ningún intento de frustrar planes criminales.

Para apuntalar su esclarecimiento de tamaña injusticia, Alarcón expresó:

*Los Cinco recibieron, en conjunto, cuatro cadenas perpetuas más 77 años. Ellos no trabajaban en la Casa Blanca, ni en el Pentágono, ni en el Departamento de Estado. Nunca tuvieron ni trataron de tener acceso a información secreta alguna. Pero hicieron algo imperdonable. Lucharon contra el terrorismo anticubano y lo hicieron en Miami.*

Basta conocer el contenido de sus alegatos para evaluar la condición humana y la fortaleza ideológica de estos hombres, su capacidad de resistencia durante estos largos once años de prisión y su confianza de que algún día serán realmente reivindicados.

Ramón Labañino, más alto que su propia estatura, expresó en su alegato:

No es Cuba la que ha venido aquí a los Estados Unidos a invadir, a agredir o cometer actos terroristas de todo tipo; es todo lo contrario, y Cuba tiene simplemente el elemental derecho de defenderse, y es eso todo lo que hemos hecho, sin dañar a nadie ni a nada.

Con la misma fuerza de convicción, sin temer la suerte que les deparaba un juicio injusto, también Gerardo Hernández Nordelo,

sobre quien recayó la mayor e injusta de las condenas, René González Schweret, Antonio Guerrero Rodríguez y Fernando González Llorc hablaron por su pueblo y denunciaron el terrorismo contra Cuba.

En una de las cartas que ha enviado Antonio Guerrero, fechada en octubre de 2003, me expuso su total convicción en la victoria definitiva de la verdad sobre el terrorismo y su acólitos, cuando señaló:

*(...) Al final habrá una victoria definitiva, que será el regreso a la Patria, al hogar, a la familia, a lo que llaman libertad, pero yo les he explicado a mi madre y a mi hijo en sus visitas, que la victoria ya se logró en la corte, al decir en el corazón de la Mafia la verdad sobre el terrorismo contra el pueblo cubano, al sentar en el banquillo de los "acusados" a los terroristas y desenmascararlos; y que la victoria se logra todos los días al poder tener nuestra situación como un ejemplo del doble rasero de la política del Imperio, y al poder sumar a hermanos de todo el mundo a una causa justa.*

Hoy, cuando aparentemente la justicia norteamericana le cierra nuevas puertas a la verdad, luego de que la Corte Suprema de los Estados Unidos se abstuviera de revisar su caso, y Ramón Labañino, Antonio Guerrero y Fernando González se encuentran desde hace dos semanas confinados en el Centro de Detención Federal de Miami, esperando la revisión de sus sentencias el próximo 13 de octubre de 2009, mientras se excluye a Gerardo y a René del proceso de resentencia de manera arbitraria, los Cinco saben de sobra que a la aparente "mala" suerte de los buenos la compensa la suerte de representar lo mejor de todo su pueblo.



**Reflexiones finales**

## REFLEXIONES FINALES

**E**scribir sobre la vida de Luis Posada Carriles no ha sido fácil para mí, sobre todo si la vida nos enfrentó a ambos una vez, en esos avatares del destino que uno nunca puede ni llega a predecir. Él, urdiendo planes para destruir las cosas que yo más amaba, que no era otra cosa que destruir a Cuba y a sus hijos, y yo, soldado anónimo escogido para defenderla, ayudando a neutralizar sus planes de muerte a kilómetros de distancia de la tierra amada que vivía en mi alma. Fue, sin lugar a dudas, un momento difícil aquel en que lo tuve frente a mí. Aquel hombre alto y encorvado, canoso y casi anciano, en el que el paso de los años había dejado sus imborrables huellas, venía a enseñarme a matar sin misericordia, a hacer de mí un terrorista despiadado. No le vi en los ojos, entonces, un ápice de compasión. Ni le vi aflorar siquiera una sonrisa en el rostro ajado y sin vida. Era como la propia parca hablando de sí misma, alabándose, sintiéndose orgullosa.

No es fácil ensalzar algo en Posada Carriles, que poco tiene para ello, al escribir un libro sobre su vida. Tal vez lo único importante que se alcanza al desnudar a un antihéroe es la denuncia clara y sin tapujos sobre sus actos, el poder desenmascarar sus orígenes y sus episodios, decir quién usó sus habilidades para matar y para dañar a los demás y, sobre todo, saber a quiénes sirvió con la dudosa incondicionalidad que hay en hombres de su tipo. Sirve, sin lugar a dudas, para entender que toda la culpa y el odio que pueden merecer un hombre como él deben ser compartidos por quienes lo ayudaron a transformarse en monstruo, por quienes lo han protegido en callada complicidad y han sacado provecho de sus acciones.

Luis Posada Carriles surgió en un momento histórico específico, momento de profundas transformaciones para la tierra que lo vio nacer,

donde los hombres tenían la alternativa de apostar por el futuro promisorio, que anunciaba su advenimiento en la llegada de los barbudos a La Habana, o apostar por el pasado de vejaciones sufridas por el pueblo. Él, de manera particular, no se unió al clamor del campesino sin tierra y ahora esperanzado, al obrero soñador y ávido de edificar, al viejo mambí que por primera vez se sentía realmente victorioso o al joven que al fin contaba con el porvenir a su favor. Por el contrario, aunque mucho le valió su escasa falta de valores y su temperamento descarriado, apostó también a causa de su ideología por el pasado oscuro que iba a desaparecer.

Posada Carriles fue uno más de aquella pléyade de hombres asociados al batistato que no se conformaron con la pérdida de sus privilegios. Hijos de burgueses, represores, lumpens, inadaptados, delincuentes fabricados por el capitalismo, antisociales de todo tipo y traidorzuelos, a los que la repentina huída no los condujo a un tranquilo desarraigo sino a la revancha despiadada, al odio permanente y a los sombríos caminos de la guerra sucia. A todos ellos agrupó la CIA. Los preparó con esmero y dedicación, para usarlos en cada plan, en cada oscura conspiración y en sus propósitos por retrotraer y detener la marcha de la historia.

La CIA los aglutinó en las primeras conspiraciones para asesinar a Fidel, para sabotear las ahora fábricas del pueblo, cañaverales y centrales azucareras del pueblo, escuelas y cines del pueblo. La CIA empujó a muchos a las montañas y los integró en bandas contrarrevolucionarias, incitándolos a matar campesinos y jóvenes maestros, a sabotear granjas y a llenar de luto al campo cubano.

Después, la CIA los trajo a Girón y los vio derrotados y frustrados, los vio humillados entregar las armas con los que los proveyó. La CIA fue la partera innegable de tanto crimen y de tanto luto. Su mano estuvo presente en los 1 500 atentados, sabotajes y todo tipo de crímenes sufridos por los cubanos. La CIA también estuvo tras bambalinas en los más de 700 planes contra dirigentes cubanos, incluyendo 648 planes para asesinar a Fidel.

Por ello, nunca se podría hablar de Luis Posada Carriles sin hablar de sus indisolubles y permanentes lazos con la CIA. Hacerlo, sería cometer una imperdonable omisión y no nos permitiría evaluar las razones, las fuentes de financiamiento y logística, con las que contó para cometer sus fechorías.

Posada Carriles no fue sólo un soldado del diferendo impuesto a Cuba por los Estados Unidos, fue también un instrumento de la política hegemónica de la gran nación contra toda América Latina. Fue usado, como muchos otros, para reprimir y asesinar a centenares de revolucionarios en diversos países del continente. Fue, sin lugar a dudas, uno de los prominentes soldados de la Agencia en el Plan Cóndor. Es por eso que la deuda de Posada Carriles y sus socios no es solamente con Cuba, sino también con Venezuela, Guyana, Argentina, Paraguay, Uruguay, México, El Salvador, Honduras, Guatemala, Chile, Bolivia, Colombia, Panamá, Argentina, Brasil, Costa Rica, Nicaragua, Canadá, Corea del Norte, Estados Unidos, Jamaica, Bahamas, Perú y muchas naciones del mundo. Si muchos de los atentados planeados por él hubiesen cristalizado, como el de Tropicana en 1994, por citar un ejemplo, sus acciones hubieran enlutado hogares de todos los continentes.

Tampoco se puede hablar de Posada Carriles sin tener en cuenta a los Gobiernos de ultraderecha de muchas naciones del continente, sin contar con sus militares corruptos y represores, con los que estableció alianzas a cambio de protección e impunidad para sus actos. Fue para ellos un aliado incondicional, usado para la represión selectiva y para mantener el *status quo* imperante. En sus cárceles y oscuros cuarteles fraguó criminales componendas y ensangrentó sus manos, lapidó y lastimó sin piedad, torturó y asesinó a muchos de los mejores hijos de esas naciones.

Posada no fue sólo un instrumento de la guerra sucia, fue también cómplice de otros detestables delitos como el narcotráfico y el contrabando internacional de armamento. La CIA y los militares de América Latina lo usaron para esos fines y él lucró con ellos desde Venezuela e Ilopango, desde Panamá y otras naciones del continente. Su propensión al delito, su espíritu aventurero y su bajo nivel de valores humanos hicieron de este ser animalizado una carta de triunfo del vicio y la muerte.

Su obsesión por asesinar a Fidel se convirtió en una desesperada cacería que lo llevó a decenas de países intentando lograr su ansiado fin. Nunca fue solo, es cierto, porque él no era hombre de andar en solitario para realizar su crimen. Como un lobo, siempre anduvo en manada para sentirse protegido, para compartir las culpas, para dañar

en grupo. Mucha ha sido su frustración al fracasar tras cada intento. En lugar de desistir, el desengaño siempre lo condujo a tramar un plan nuevo, una ocasión diferente, una oportunidad mejor. Hoy, desde su cómodo hogar en Miami, al hacer un recuento de sus fracasos, debe planear nuevos magnicidios y próximos intentos, sin lugar a dudas.

A pesar de sus tantos fracasos, tuvo algunos éxitos, y el mayor de ellos fue el crimen de Barbados. Siempre se pavoneó por la muerte de tanta gente inocente en aquella siniestrada aeronave de Cubana de Aviación. Como hizo Bosch muchas veces, trató de desfigurar su crimen bajo el argumento de que en ese avión no iban seres inocentes sino soldados y espías cubanos. El horror de su culpa merecía, para él, alguna exculpación.

Hoy por hoy, poco puede predecirse sobre el futuro de Luis Posada Carriles. Con 81 años de edad, padeciendo algunos achaques y enfermedades, mantiene intacto su odio irracional hacia Cuba y continúa siendo peligroso. La negativa de muchos países de albergarlo ante los intentos de Estados Unidos de quitarse de encima tan peligroso compromiso, cierra una parte de sus venideras opciones. Mientras tanto, las dilaciones frecuentes de la Fiscalía norteamericana en relación con el proceso migratorio que se le sigue en El Paso, Texas, así como el estancamiento del proceso iniciado en New Jersey, predicen que el Gobierno norteamericano está apostando por la opción natural, es decir, su deceso cualquier día de estos.

Como en muchas ocasiones, Posada Carriles se ha librado de la cárcel de diferentes maneras. Unas veces, la fuga propiciada por sus cómplices y la descarada anuencia de las autoridades lo han visto escapar impunemente del castigo. Otras, ha sido el descarado complot de la CIA y de una presidenta genuflexa y ambiciosa, quien le ha abierto las puertas de la prisión. Hoy no se sabe, aunque puede predecirse, la forma en que lo sacarán del atolladero. Podrían incluso, al viejo estilo del crimen organizado, eliminarlo sospechosamente de cualquier manera.

Sin lugar a dudas, Luis Posada Carriles es una página sucia más del tenebroso y abultado libro de desmanes y conspiraciones escrito por la CIA durante estas décadas. Si este libro sirvió de algo, como elemento de esclarecimiento y denuncia, mis horas de búsqueda e investigación habrán sido premiadas.



## **Anexos documentales**

**1) FICHAS DE LOS PRINCIPALES TERRORISTAS Y DOCUMENTOS ENTREGADOS AL BURÓ FEDERAL DE INVESTIGACIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA EN 1998.**

Ministerio del Interior de la República de Cuba  
Fichas de los principales terroristas de origen cubano involucrados en actividades contra Cuba

Nombres y Apellidos: **Francisco José Hernández Calvo**  
c/p: "Pepe" Hernández

Su padre fue el teniente coronel de la dictadura batistiana Francisco Hernández Leyva, quien fue condenado a muerte por un tribunal revolucionario (causa 1474/1959), por ser responsable de varios asesinatos. Pena ejecutada el 15 de abril de 1959.

En 1961 Hernández integró la brigada mercenaria, aunque se desconoce su participación directa en la acción, pues no fue detenido en nuestro país.

A finales de 1980 e inicios de 1990 realizó varios viajes por América Latina y Europa para ejercer influencia y desestimar las relaciones que mantenían algunos países con Cuba.

Durante el llamado "programa éxodo" que desarrolló a inicios de los años 90 la FNCA, que consistió en trasladar a EEUU a emigrados cubanos radicados en terceros países, se conoce que "Pepe" Hernández, con fines de lucro personal, cobró secretamente a familiares de los afectados en EEUU 5 mil dólares para obtener las visas correspondientes.

Hernández ha tenido una participación activa en los planes y acciones terroristas organizados por el grupo paramilitar de la FNCA contra Cuba, especialmente en lo referido al manejo de los fondos para esas actividades.